



D
2965

202-11-1-1

EL CRIMEN DE UN CLERIGO

NOVELA ESCRITA EN PORTUGUÉS

2
2965

POR

EÇA DE QUEIROS



TRADUCIDA POR UN EX-JESUITA

Atenas de Madrid

LEGADO M. DE LA FUENTE

MADRID:
IMPRESA DE JUAN INIESTA,
Calle de Mendizabal, núm. 22.

—
1882.

ADVERTENCIA.

Esta novela es pronunciadamente *naturalista*. Su estilo es con frecuencia exajerado, su lenguaje á veces caprichoso, pero contiene bellezas de primer órden y sobre todo se distingue por el colorido y por la verdad con que presenta las costumbres clericales.

El traductor.

I.

**De como conviene á los curas saber
equitacion.**

Estamos en Leiria. Comenzaba entonces á construirse la carretera de la Figueira. El pasadizo viejo sobre la ribera del Lis habia sido destruido y ya se pasaba sobre el puente nuevo, bajo, con dos arcos de piedra fuertes, macizos y anchos. Mas allá se removía aun el terreno, desbastábanse las malezas; se desmoronaban cerros de cascajo; de trecho en trecho erguíanse montones de grava; los camineros partían el chirrasco cubiertos con sus sombreros de alas anchas, y se veían los gruesos cilindros de piedra, que encaman y afirman el terreno, un poco hundidos en la tierra ennegrecida con las últimas lluvias de Mayo.

Sobre el puente el paisaje se dilata. Por el lado del interior, de donde viene el rio, elévan-

se colinas bajas, cubiertas con las ramas verdinegras de los pinos ó calvas de trecho en trecho, manchadas con amarillentos pedruscos. Abajo, en la espesura de la arboleda, están los caseríos. A veces en los claros que el sol ilumina se dibuja en la clara tranquilidad de las tardes alguna encalada pared, desvaneciéndose en el espacio el humo blanquecino de los hogares.

Del lado de la ciudad, que es tambien el del mar, hácia donde vá el rio entre dos hileras de sauces puntiagudos, extiéndose hasta los primeros arenales la campiña de Leiria, verde, fecundizada por abundantes aguas y alumbrada de luz difusa.

Apenas se ven de la ciudad algunos tejados negros, la cantería parda, pesada y jesuítica de la catedral y el muro del cementerio, vestido de parietarias, sobre el que se destacan las puntas agudas de los cipreses. En la cumbre del oscuro monte, revuelto y duro, erizado de vejetaciones rebeldes, están las ruinas del castillo, destacándose en negro, cuadradas, con aire de grandeza histórica.

Al extremo del puente una pequeña rampa descende hácia la alameda á orilla del rio. Hay añosos árboles, y el suelo bajo el abrigo de los vientos inquietos, tiene casi siempre una capa amarilla de hojas secas. Dos ruedas de molino allí olvidadas se ven cubiertas de verde musgo.

La alameda es corta y termina en un camino

estrecho surcado por las ruedas de los carros, que conduce á las haciendas distantes, angosto y casi escondido entre dos altos vallados.

Al otro lado del rio, enfrente de la alameda, hay campos cultivados, que llegan junto al agua. Apenas se distingue una vereda negra, húmeda, fangosa, con yerbas pobres, que agita la palpitation de la corriente junto al vallado que cierra los cultivos á lo largo del rio.

Por allí en Junio, una tarde temprano todavía, caminaban lentamente con paso poderoso y tranquilo dos vacas corpulentas. Guardábalas, con un varejon, una niña de diez años, esbelta, delgadita, pecosa. Tenía en la cabeza un pañuelo de donde caian mechones desmelenados y ásperos sobre sus hombros con protuberancias huesosas. Llevaba una sayita corta, y por ceñidor un coleteo descolorido.

El agua corria clara en una cinta delgada, relucian en seco montoncillos de arena, y el rio se arrastraba con un murmullo dulce, arrugándose con el rozamiento de los guijos.

No se movía el aire empapado en luz. En los campos veíanse á veces entre los maizales sombreros negros y camisas blancas, que se movían.

Los pájaros chirreaban, y las mariposas blancas revoloteaban en parejas palpitando sobre las madre selvas.

Oíase un tambor á lo lejos. La carretera estaba solitaria. Uno que otro hombre venía de

la ciudad montado en su yegua, derecho, la chaqueta al hombro, sujeto el callado entre la pierna y la albarda, cubierto con una piel de cabra, trotando con paso indolente para el lado de las parroquias. El cielo conservaba todavía el color de una antigua porcelana azul.

Habíanse parado las vacas con la cabeza erguida derramando en redor su tranquila mirada y la muchacha buscaba las moras que comenzaban á negrear en los vallados, cuando un zagal de once años, que venía por el callejon, se detuvo al borde del agua con un canasto de yerba en la cabeza, y unos calzones azúles largos que arrastraban.

—¡Oh! Farrusca, gritó: pasa acá con las vacas.

—Pasa tú, dijo la muchacha con una vocecita pausada y gangosa.

El rapáz se arremangó los calzones y haciendo gran ruido en el agua, salpicando con las piernas muy abiertas, principió á atravesar la corriente con los brazos estirados arriba para sujetar la canasta; mas con el ruido las vacas que iban á entrar en el rio á beber, volvieron hácia la vereda con un movimiento brusco, trémulas las carnes y temblándoles la papada.

—Deja beber las vacas, rapáz: gritó la muchacha con una voz acre y aguda.

—Eh.... ¡*Manchada!*

El rapáz volvió á la alameda, puso el canasto en el suelo y con los calzones arremangados,

dejando ver las canillas blancas y delgadas, las manos en los bolsillos y el gorro azul enterrado en la cabeza, la dice:

—Pues pasa tú Farrusca: vente por el vado, anda.

La pequeña gritó á las vacas que iban volviendo al agua y que con el pescuezo extendido bebían de ligero, con indolencia, sin ruido.

De vez en cuando erguían la cabeza pausadamente mirando con la tranquilidad pasiva de los seres hartos, é hilos de agua babosos, claros, brillantes con la luz, colgaban de los bordes del hocico.

Quedaban así mirando vagamente, daban otro paso perezoso buscando el hilo de la corriente con una pierna extendida; volvían á beber, y su sombra corpulenta temblaba en el rugoso y fino rizado del agua.

—Pasa para acá, continuaba diciendo el muchacho.

—Pasa tú.

—¡Vaya con la socarrona! ¿No vas á subir por la carretera?

—Sí.

—Pues ya te lo he dicho; vente por el vado.

—Pasa tú.

Volvió el muchacho á entrar en el agua, asegurando con las manos los calzones que se desarreglaban y caían. Mas con el ruido volvieron las vacas á retirarse otra vez despacio, con la cabeza baja, sacudiendo la cola.

—Deja beber las vacas, rapáz.

Y como él proseguía pateando y gruñendo.

—Deja beber las vacas, rapáz: gritó casi llorando la muchacha.

El rapáz se detuvo.

—Vaya si es testaruda, dijo. Y á pancadas con las piernas abiertas, saltó hácia la alameda, acomodó el canasto y se retiró por la cuesta taciturno.

—¡Oh! *Miriro*, espera, que yo voy para allá; gritaba la muchacha. Espérate *Miriro*.

—Adios, dice él sin detenerse subiendo la cuesta; y de cuando en cuando se volvía para murmurar. ¡Socarrona!

—¡Oh! *Miriro*, espera. Y muy afanosa acosaba las vacas. Espera, *Miriro*.

El rapáz bajó la canasta y esperó.

La chica había cogido las enaguas entre las rodillas y con sus piernas blancas y finas cortaba el agua poco profunda, despacito, hablando á las vacas.

Con la inclinacion del sol el agua perdía su claro espegismo y se agrandaban mas las sombras de los arcos del puente. Los pájaros chirreaban en todos los árboles, comenzaba á transitar por la carretera la gente de vuelta del trabajo. Entonces entró en la alameda un hombre á caballo saliendo del estrecho callejon.

Era gordo, de cuello corto, hombros subidos, rostro trigueño, carnosos y colorados y los labios gruesos. Parecía dormitar. Traía un sombrero

de alas tendidas, una chaqueta corta, y sus piés anchos, calzados con botas llenas de arrugas, de cañas rojas, se dejaban caer pesadamente en los estribos de madera.

La yegua era blanca con la crin cortada, corto el paso, y al entrar en la alameda relinchó fuertemente,

—¡Cho!... dijo el hombre despertando.

Las vacas, acosadas por la Farruca, se pararon casi al pié de la alameda. La chica gritaba.

—¡Eh! *Manchada*..... ¡eh!.....

Las vacas, deteniéndose, miraban.

—Espérate, espérate, dijo el muchacho: y con una piedra en la mano entró corriendo en el agua.

—No tires *Miriro*: Pero la piedra habia caido ya en el lomo de la *Manchada*, junto al pescuezo, bien de lleno.

Asustada la vaca huyó hácia la alameda á paso largo, manso y perezoso.

Miriro corrió para cerrarle el camino gritando, ¡Eh!... ¡Eh!...

Pero entonces la yegua que se acercaba retrocedió; dió un salto de rebote, el ginete perdió los estribos, osciló pesadamente y fué á caer con ruido sordo sobre las ruedas de molino, donde quedó boca abajo, aplanado con los brazos abiertos. Un hilo delgado de sangre oscura corría por la piedra y caia gota á gota en el suelo.

Corrió el pequeño á la carretera gritando.

Dos trabajadores que pasaban vinieron rápidamente.

—¿Qué hay? ¿qué hay?

Y uno de ellos, vigoroso y membrudo, levantó al hombre por debajo de los brazos. Quedó todo el cuerpo pendiente, desmadejado, y los hilos de sangre oscura le corrían por la cara.

—¡Quiéres ver tu! ¡A que es el señor párroco!

Fueron reuniéndose los trabajadores de la carretera y las mujeres que conducen el chirrasco. El capataz de las obras, un rubio de gorra de hule y antiparras azúles, amarró un pañuelo en torno de la frente del caído.

A poco llegó un viejo despavorido con una escalera corta, sobre la que extendieron una manta vieja y la tapadera de una canasta; y estiraron el cuerpo del párroco yerto, con su prominente abdomen, la camisa ensangrentada, el rostro amarillo con manchas rojas y los labios bañados de una espuma sanguinolenta. Cuando los dos hombres lo llevaban como en una camilla, colgaban sus dos brazos con las manos lívidas, gordas y belludas.

Declinaba la tarde y el poniente se teñía con grandes ráfagas escarlatas. Concluían los trabajos y al regresar aquella gente por la estrecha senda de los caseríos y de las aldeas con la chaqueta al hombro, el azadon á la espalda, las mujeres llevando la provision, iban exparciendo por las puertas la historia de la muerte del párroco.

Entre tanto habia sido conducido el cuerpo á la botica junto á la catedral.

—Ha sido una apoplegía, dijo Cárlos el boticario. Ha concluido.

Le arremangó la manga y aun le picó la vena con la lanceta; pero se formó una gota cuajada y oscura y la incision se ennegreció.

—¡Está muerto! agregó lacónicamente.

En la puerta, entre la gente que se reunió con asustada curiosidad, los trabajadores aterrados, sudorosos, daban explicaciones á una vieja llena de *ayes* que preguntaba encogiéndose en su pañolon negro, *quién lo habia matado*; ya era de noche cuando se oyó la campana grande tocar lentamente á difunto.

Así quedó vacante la parroquia de la catedral.

Poca gente fué al entierro del párroco, porque nadie en Leiria lo estimaba. Distinguíase por su voz ronca y plebeya y por su genio impetuoso y acre. Los pobres volvian siempre rabian-do y murmurando de su puerta cerrada. Temíanle las devotas y cuando iban con voz penitente á hablarle de pecados y de escrúpulos, murmuraba impaciente.

—Vuelva otra vez, santita, otra vez.

Habia sido maestro de latín hasta el 46, y los jóvenes recordaban las severidades tiránicas de su escuela y sus gritos ásperos cuando oia silabear á Virgilio.

Era pobre, vivia en una casa de su propiedad,

poco comfortable, junto al cuartel, con una criada vieja y su perro *Joli*. No tenia mas amigo que el chantre Valladares, que gobernaba entonces el obispado porque el señor Obispo Don Joaquin estaba gimiendo de reuma hacía algunos años en una quinta del Alto Miño.

El chantre quiso ir á aspergiarlo en la sepultura, y como proveia al párroco de rapé, dijo al canónigo Campos al echar sobre el ataúd, segun el ritual antiguo, un pequeño terron de tierra.

—Es el último polvo que le doy.

Los señores canónigos rien todavía en el átrio con esta gracia del señor gobernador del obispado. El canónigo Campos la contó aquella noche en el *té* del diputado Novaes, y las devotas maduras exaltaron las virtudes del chantre, afirmando que S. E. *tenía mucha chispa*.

Dos dias despues del entierro apareció vagando por la plaza y aullando el perro *Joli*. Súpose que la antigua criada habia entrado en el hospital con una fiebre; y como la casa quedó cerrada, el viejo can abandonado gemía su hambre por los portales. Era un faldero chico, de pelo cano extremadamente gordo, las piernas arqueadas y cortas, muy estropeado; y como tenia una llaga apestosa todo el mundo lo acosaba.

Con la costumbre de las sotanas y ávido de un dueño, *Joli*, siempre que veia un cura, empeñábase en seguirle arrastrándose y gruñen-

do sórdamente con su asma lastimosa; pero ninguno lo queria, le daban con los regatones de hierro de los paraguas, y *Joli*, como un pretendiente, se paraba aullando.

Una mañana amaneció muerto al pié de la Misericordia: estuvo allí dos dias pudriéndose, con un diluvio de moscas sobre la roja pustulacion de sus llagas, hasta que se lo llevó el carro de la basura.

Cuando el perro desapareció de la plaza donde dormia al sol y temblaba su vejéz, el párroco quedó olvidado definitivamente.

II.

Á cura muerto, cura puesto.

Dos meses despues se supo en Leiria que estaba elegido el párroco nuevo. Decíase que era extremadamente jóven, salido apenas del Seminario y se atribuía su eleccion á influencias políticas. El periódico *La Voz del Distrito* habló con énfasis, citando al Gólgota, del favoritismo de la córte y de la reaccion clerical. Al leer semejante artículo algunos clérigos se habian escandalizado delante del señor chantre, en los terrazos del palacio, despues del café.

—Sin duda el hombre tiene padrinos, dijo el chantre, paseando su pesada corpulencia con las solapas de su casaco de lienzo echadas completamente atras.

—Me ha escrito confirmando el hecho Brito Correa.

Brito Correa era á la sazón ministro de Justicia.

—El hombre tiene padrinos.

En la ciudad conocía al párroco nuevo solamente el señor canónigo Diaz, que fué en los primeros años de Seminario su maestro de moral.

Decía el canónigo que en aquel tiempo era un jóven delicadito, corcobado, encogido, ojeroso, la cara llena de barrillos, minucioso en los estudios y pasivo en la obediencia

—Parece que lo estoy viendo, decia en la botica de Cárlos, con una sotana muy raída y cara de lombrices. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo ha pasado!

El canónigo Diaz era un hombre redondo y bajo, con un abdomen saliente que le llenaba la sotana, piernas cortas y delgadas, descansando firmemente en unos piés aplanados, donde relucían las hebillas: su cara era floja y rellena, de un pálido súcio; los párpados carnosos, el lábio inferior grueso y colgante, cabellito corto y gris, y el conjunto de su figura hacía pensar en las antiguas anécdotas de frailes lascivos repletos de pecado.

El tio Patricio, apodado el *Antiguo*, negociante de la plaza, que fué de la revolucion del 20, y que cuando pasaba junto á los eclesiásticos gruñía como un perro viejo de pastor, decia siempre que lo veia atravesar por la plaza recostado en su paraguas, calmoso y rumiando la digestion.

—¡Qué pícaro! se parece á Don Juan VI.

Vivía el canónigo solo con su hermana doña

Josefa y una criada, á quien conocía todo el mundo, porque iba siempre envuelta en un chal castaño, arrastrando las zapatillas de orillo y recorriendo las negras cuentas de su rosario. El señor canónigo poseía propiedades que arrendaba, daba algunas veces convites y tenía reputacion su vino *Duque* de 1815.

Era á fines de Agosto y en algunas haciendas comenzaba ya á cogerse la aceituna. En ese dia las personas que por la tarde iban para los Marases habian oido al pasar por la carretera nueva repiques de campana. El señor párroco nuevo debia venir en la diligencia de Chao de Marans que traia el correo y llegaba despues de las siete. El canónigo Diaz y el coadjutor lo habian ido á esperar y se paseaban delante de la fuente.

En aquella hora la plaza, alumbrada con la parda claridad del crepúsculo, está palpitando: los dependientes sin sombrero esperan por la diligencia los encargos y los *Diarios de Noticias*; y los mozos de cordel se recuestan con tranquilidad sobre el muro del puente al acecho de baules y pasajeros, con las manos cruzadas atras, la gorra sobre los ojos, la cara macilenta, el aspecto avinado, rotos y chupando el cigarro.

En la fuente alborota el ruido de las criadas. El agua cae sonoramente; los cántaros se arrastran sobre la piedra; los soldados, con sus enormes botas tuertas, galantean por allí meneando la vara de junco; se oye el agudo gru-

ñir de las viejas con alboroto; y las criadas van de dos en dos con su cántaro panzudo de barro equilibrado sobre el rollo y meneando las caderas: algunas se paran y tienen con los mozos conversaciones á media voz. Las lavanderas pasan con sus lios blancos, y los oficiales del ejército ociosos, con el uniforme abierto sobre el estómago y recostados en sus bastones, conversan esperando á *ver quien viene*.

Entre tanto enfrente se iluminan una á una las ventanas del hospital con triste luz.

Habia ya anochecido cuando la diligencia, con las linternas encendidas y anunciándose con el retintín de las portezuelas de cristales, entró en el puente al trote largo de sus endebles caballos blancos y se vino á parar mas allá de la fuente cerca de la posada de la Cruz.

Quedó desde luego rodeada de gente. El mozo de la cuadra desengancha los caballos, el posadero, con la pipa negra á un lado de la boca, manda bajar los baules, maldiciendo con calma: voces impacientes piden los encargos, los periódicos; un cojo murmura *padres nuestros*, saltando sobre la muleta; y un hombre que venía en el pescante, cerca del mayoral, con manteo eclesiástico y paraguas, desciende con cautela agarrándose á las guardas de hierro de los asientos batiendo el suelo con los piés para desentumecerlos. Miró á todos lados.

—¡Oh, Amaro! exclamó el canónigo. ¡Oh! ¡Ladron!

—¡Oh, *padre maestro!* dijo el recién llegado con alegría.

Y se abrazaron; mientras el coadjutor completamente encorvado, tenía el birrete en la mano.

Era el párroco.

Poco despues, las personas que estaban en las tiendas vieron que atravesaba la plaza entre el corpachon pesado del canónigo Diaz y la tiesa figura del coadjutor, un hombre un poco encorvado con manteo eclesiástico y sombrero de copa alta. Juan Bicha llevaba delante un baul y una maleta y como á aquella hora estaba ya siempre ébrio, iba tarareando *el bendito*.

El párroco venía fatigado y encontraba triste la ciudad. Eran las nueve; ya anochecido. Las casas en rededor de la plaza, tenían cerradas las ventanas, y de las tiendas debajo de la arcada salia una luz ténue y soñolienta.

Se veian sobre los mostradores faroles mortecinos, y detras fisonomías de aspecto disgustado.

Entreveíanse las calles que salían á la plaza estrechas, tortuosas, ceñidas entre las altas casas, llenas de sombra; y de trecho en trecho una farola de cristal opaco hacía relucir vagamente en el suelo la humedad de las inmundicias.

En un rincon de la plaza estaba todavía abierta una taberna, donde se freia pescado, que exhalaba parda humareda. En medio de la puer-

ta de la botica destacábanse á la luz bultos con sombrero alto.

La campana de la catedral daba pausadamente el toque de ánimas.

El canónigo Diaz iba explicando al párroco los pormenores del alojamiento que le habia podido arreglar. Nada conveniente habia encontrado para vivir solo.

—Y despues criada, ropa, etc. Era el diablo para V.

Por todo esto creyó mas conveniente tomarle habitacion en casa de una viuda que recibia pupilos, la señora Augusta Caminha, natural de San Juan de la Friz, por lo que se le llamaba la *San Juanera*. El secretario general se habia hospedado allí, y el canónigo la presentaba como mujer temerosa de Dios, aseada, fiel, económica y muy condescendiente.

—Estará allí V. como en su casa. Buenas noches señor Vasco, continuó dirigiéndose á un hombre que pasaba con un chal-manta, sombrero ancho, y que al ver á un eclesiástico jóven se habia quedado vuelto para observar. Es nuestro recaudador, dijo el canónigo. Tiene V. cocido, principio..... y café.....

—¿Y el precio? ¡Eh! preguntó el párroco.

—Un cruzado. ¡Qué diablo! Tiene un cuarto, un gabinete..... ¿Hay gabinete ó ¿no? dijo volviéndose al coadjutor.

—Un gabinete precioso; respondió el coadjutor con voz de timbre envidioso.

—¿Y está la casa lejos de la catedral? preguntó Amaro.

—Dos pasos. Se puede decir misa en zapatillas. El coadjutor tosió.

—Además, prosiguió el canónigo con voz pausada, en la casa hay una chica, hija de la San Juanera, de 22 años y bonita. Tiene su geniecito.

Y prosiguió explicando las comodidades de la casa, que era bien ventilada, que no apestaba el caño de la cocina y que tenía cuadra.....

—Aquí es, dijo batiendo el aldabon de una puerta.

Estaba delante de una casa de dos pisos. En el primero había dos balcones de hierro de aspecto antiguo, saliente y con arbustos de romero que se redondeaban en cajones de madera: encima de los balcones pequeñas ventanas de pecho. La pared por sus irregularidades parecía una lata abollada.

La calle era estrecha, enlosada, con casas pobres.

Oíase un piar agudo.

Amaro atendió escuchando.

—¡Ah! son las lechuzas de la Misericordia. Y el canónigo señalaba con el paraguas hácia el fin de la calle las altas paredes de un viejo edificio construido en tiempo de Doña María I.

Abrieron la puerta. Una criada raquítica y asmática alumbraba con un quinqué de petróleo y Doña Augusta se destacaba con la luz vivamente sobre la pared.

Era una mujer gorda y blanca, sus ojos negros estaban rodeados de piel rugosa y macerada: abundaba en carnes blandas y tenía los cabellos crespos, ya un poco claros, y con hilos blancos en los rincones de la frente y en la carrerilla sujetos con una cinta escarlata.

—Ya tiene aquí la señora su huésped: dijo el canónigo subiendo.

—Tengo mucha honra en recibir al señor párroco, muchísima honra. Por fuerza vendrá muy cansado: dijo la San Juanera con su voz delgada cargando en las R. R.

En el gabinete esperaba Juan Bicha al lado del equipaje con la gorra en la mano, los ojos encogidos, harapiiento y desmelenado.

El párroco revolvió el bolsillo de los pantalones.

—Yo pagaré, señor párroco, yo pagaré; se apresuró á decir el canónigo.

Y los dos sacerdotes entraron en una sala pequeña pintada de amarillo. Un canapé de regilla estaba arrimado á la pared, y por cima en los rincones sobre la cal, á la altura de la cabeza, habian quedado los vestigios de la grasa de los cabellos. En medio de la pieza se abria una mesa forrada de bayeta verde con una cajita de conchas encima.

—Esta es su sala, dijo la San Juanera entrando. Para recibir, para esparcirse.

—Aquí, agregó abriendo una puerta, está su cuarto. Vea V. la cómoda, el guarda ropa. Y

abría las gabetas, elogiaba la cama, oprimiendo los elásticos colchones y ponía bien la almohada con funda guarnecida de encajes.

El párroco había colgado el capote de una percha.

—Aquí tiene V. la campanilla para llamar siempre que quiera... La llavecita de la cómoda... Si quiere almohadas mas altas.....

—Está bien, señora mía, está bien.

—No hay mas que pedir y cuenta con que lo hago de la mejor voluntad.

Y contra sus hábitos taciturnos y pasivos se deshacía en palabras, en cumplimientos.

—Considere V. que debe venir hambriento: interrumpió el canónigo.

—En un instante está la mesa puesta.

—Vaya V. á dar prisa á Russa, vaya V.

La San Juanera cruzó pesarosamente los brazos.

—¡Ah de eso estamos muy mal! De criados: es una tierra que no se pilla nunca uno regular.

Y salió subiendo por la escalera próxima.

—Anda, Russa, menéate. Y se oía en el corredor crujir sus zapatos al pisar fuertemente el suelo.

—Confórmese el señor, confórmese; es lo que se ha podido arreglar.

—Yo estoy bien de todas maneras, dijo el párroco poniéndose las zapatillas de orillo. Se acuerda V. del Seminario, agregó dirigiéndose al canónigo.

—¡Pues no me he de acordar! ¡qué caldo aquel!

—Es verdad, es verdad.

Y paseaban por la sala riendo.

Pero el padre Amaro se detuvo poniendo atención.

—¿Qué es eso?

Se oían cornetas en la plaza.

—El toque de retreta: son las nueve y media.

Amaro abrió los cristales y con las manos en los hierros del balcon miró. Al fin de la calle un farol se apagaba; la negra noche parecía dilatarse en un silencio cóncavo: de cuando en cuando el chirrido de una lechuza salía de las paredes de la Misericordia. El sonido de las cornetas cesó y el redoble lento de los tambores se alejaba; luego volvieron á sonar de nuevo las cornetas y un soldado pasó corriendo por debajo de las ventanas.

—¡Qué triste es esto! exclamó Amaro.

—Pueden Vds. subir, señor canónigo, dijo desde arriba la San Juanera.

—Anda, anda, que debes estar desmayado de hambre, Amaro.

Y hablando del viaje, iban subiendo. El canónigo se apoyaba en el pasamano con asmáticas fatigas. La criada alumbraba desde lo alto.

III.

La colacion.

En medio del comedor espacioso, forrado de papel oscuro, alegraba la claridad de la mesa. A la viva luz de un candelero con pantalla relucían el mantel blanco y frío, la loza de porcelana y los vasos. De la sopera se exhalaba vapor de caldo caliente, y una gorda gallina ahogada en arroz húmedo y blanco con salpicon colorado, comunicaba la sensacion confortable de un bien estar dilatado en esa vida succulenta y harta, que hace engordar.

En la sombra habia un armario de cristales donde se veian los claros reflejos de la loza; y en un rícon, al lado de la ventana, estaba un piano cubierto con una colcha de satin descolorido.

Oíase freir en la cocina.

El párroco se frontaba las manos con el contento de la comodidad.

—Hácia aquí, señor párroco, hácia aquí, decía la San Juanera. Ahí puede V. tener frio.

Y arrastraba la silla empujando junto á ella con la punta del zapato un cajon con arena para los esputos y los desperdicios de los cigarros.

Se habia sentado el canónigo exhalando un suspiro de satisfaccion.

—El señor canónigo tomará una copita, ¿no es verdad? dijo la San Juanera. Menéate muchacha.

—La tomaré para acompañar: respondió el canónigo desdoblado la servilleta y poniéndosela como un *babero*. La San Juanera le ató las dos puntas por detras.

—Si señor, si señor: decia el canónigo. Y miraba á Amaro.

El párroco, con la cabeza inclinada, sorbía su caldo en silencio y soplabá la cuchara.

Le daba la luz de lleno. De la collarina alta y apretada salía su pequeña cabeza con cabello negro, recortado; donde se destacaba la corona. Era pálido, de cútis fino, nariz aguileña y corta, y ojos negros y grandes con largas pestañas que suponían un temperamento sensible, inquieto y curioso.

El canónigo no lo habia visto desde el seminario, y lo encontraba mas fuerte y varonil.

—En otro tiempo era V. mas endeblito.

—El aire de la sierra, contestó el párroco con una pierna de gallina en la mano, me hizo bien.

Y refería al canónigo su estancia en una parroquia de la alta Beira, en las asperezas de la montaña. El canónigo le servía vino, echándolo desde alto para hacer espuma.

—Beba V., hombre.

Hablaron entonces del Seminario, de la escasez del refectorio y del maestro de música.

—¿Qué se habrá hecho de Costa? decía el canónigo.

—¿Y de Carocho?

Reían.

—¿Y el rector?..... ¿y el portero?

Y bebiendo, dilatados en la alegría de los recuerdos, contaban las olvidadas historias.

La San Juanera, sin comer, sentada, servía al párroco y daba prisa á Russa.

—Menéate, muchacha, menéate.

La criada corria con los platos un poco levantados, y de sus enaguas rápidamente sacudidas brotaba olor de indiana teñida y de agua de fregado.

Habiendo venido un plato hondo con manzanas asadas y aliño de azúcar, dijo el canónigo:

—¡Viva! en este entro yo también. Y se preparó limpiando su plato con la punta de la servilleta y haciendo brillar á la luz la porcelana.

No cesaba de elogiar á la San Juanera, que se levantó para traer una cuchara, y hablaba del aseo de su cocina y de su devoción.

La San Juanera se sonreía, enseñando sus dos dientes delanteros, grandes y empinados, y

golpeándole en la espalda con la mano gorda y carnosa.

—Es un santo, señor párroco, decía, es un santo. ¡Ah! débole muchos favores!

—Calle V, señora, calle V. Pero su aspecto denotaba gran satisfaccion.

La San Juanera fué al armario y trajo una botella de vino de Oporto con letrero escarlata.

—Sepa V. que la guardo desde el cumpleaños de Amelia; dijo levantando la pantalla y poniendo la botella á la luz para mostrar el color trasparente y opálico del vino.

—Bien, bien; dijo el canónigo. ¿Pero dónde está la pequeña?

—Fué al *Morenal* con doña María Aquillo. Sin duda habrán ido á casa de los Ganiosas á pasar la noche.

—Sepa V., amigo, que esta señora es propietaria; dijo el canónigo. El *Morenal* es como un condado; aquí donde V. la vé.

—No crea V. eso, señor párroco. Vá, es un ^{animal} rincon de tierra, y hablaba de las dificultades del cultivo y de lo recargado de las contribuciones.

Conversaron despues á este propósito sobre las cosechas, y el canónigo Diaz, como propietario, explicaba la produccion de las tierras, bebiendo su vino á sorbos.

—¡Sí, señor, buena gota!

Entretanto la criada esperaba contra la pared y á veces le venían las angustias de la tos.

—Vé á toser por allá dentro; dijo la San Juanera.

Russa salió tapándose la boca con el delantal, enteramente sofocada.

—Parece enferma ¡pobrecilla! dijo el párroco.

La San Juanera explicó que aquella criatura era su ahijada, huérfana; que estaba casi tísica y que la había recogido por compasión.

—Daba la casualidad de que mi criada había enfermado.

Hablaron entonces de enfermedades, de las intermitentes, de los aires de Leiria.

Y decía el padre Amaro:

—Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo, tengo ahora salud, la tengo. Y ponía un semblante modesto.

—¡Ay! Nuestro Señor se la conserve, que V. no sabe el bien que disfruta, exclamaba la San Juanera. Y refirió entonces que tenía una hermana idiota, de casi setenta años de edad, que hacía diez no salía de la cama y se iba consumiendo.

—Hace un rato, al fin de la tarde, tuvo un ataque de tos. Pensé que se iba. Ahora ha descansado un poco. ¡Considere V., señor párroco, con las medicinas tan caras! es una gran desgracia.

El canónigo habló entonces de las defunciones que había cada mes.

—Sepa que hay por esta parte buen rendimiento aquí: dijo al párroco; y los bautizos ade-

más, no hay que decir que producen bastante.

Y á este propósito los dos eclesiásticos conversaban sobre los productos de la parroquia, pago de congrua y demás gajes. Hablaban distraidamente. El canónigo á veces quedaba callado.

—Puede hacer aquí sus cuartos, si señor: dijo entre bostezos.

La San Juanera, con el gato en la falda, redondeaba con los dedos monotonamente bolitas de pan. Se le cargaba el rostro y comenzaba á bostezar tambien. La duracion de la noche iba ya pesando.

—Pues señor, ya es hora; dijo el canónigo.

El padre Amaro se levantó con los ojos bajos y las manos juntas, y dió las *gracias*.

El canónigo se desperezaba.

—¿Quiére V. mariposa, señor párroco? preguntó cuidadosamente la San Juanera.

—No, no, señora mia. Y dando las buenas noches fué bajando despacito, limpiándose los dientes.

La San Juanera alumbraba en la meseta con el reverbero. Pero en los primeros escalones se detuvo el párroco y con voz afectuosa dijo:

—Se me olvidaba decir á V., señora, que mañana es viérnes, y ayuno.

—¡Ah! no tenga V. cuidado, señor párroco.

—¡Ayunar! De ninguna manera, dijo el canónigo que colocaba en los hombros su larga capa de lustrinia. Mañana come V. conmigo. Yo

vengo por acá; recogemos al Chantre en la catedral y damos un paseo. Tengo calamares y sepa que es un milagro, porque el pescado escasea mucho aquí.

Al mismo tiempo la San Juanera tranquilizaba al párroco afirmándole que su casa era escrupulosa en los preceptos, que ella asistía á la iglesia asiduamente y era devota de San José.

—Lo he dicho, agregó el párroco, porque desgraciadamente en estos tiempos son muy pocos los que cumplen.....

—Tiene V. razon, le interrumpió ella; pero yo ¡qué!

Y ponderaba su temor á Dios, y la religiosidad de su hija.

—Bien lo sé, señora, bien lo sé. Y la elogiaba hablando de la salvacion, cuando la campanilla sonó fuertemente.

—Abre Russa, dijo la San Juanera. Ha de ser la pequeña.

Se movió la puerta con ímpetu. Oíanse voces delgadas, risas suaves.

—¿Eres tú, Amelia?

Una voz dijo, *adios, adios*; y una muchacha fuerte, alta, derecha, con el pecho bien formado, un pañolon blanco sobre la cabeza, y en la mano un ramo de romero, apareció subiendo casi á la carrera, con los vestidos un poco levantados por delante.

—Sube, hija; aquí está el señor párroco. Acaba de llegar ahora, á la prima noche.

Amelia se habia detenido en la meseta de la escalera un poco turbada, y miraba para los escalones de arriba, donde el párroco de pié, descansando en el pasamano, se destacaba en la luz. Respiraba la jóven con fuerza por haber corrido, estaba encendida y tenía el aspecto alegre y agradable, la boca rosada y un poco entreabierta: sus ojos negros brillaban de frescura y vivacidad.

—Repáre V. que es una mocetona, dijo el canónigo riendo.

El párroco bajó ciñéndose al pasamanos para dejarla pasar dando las *buenas noches*, con voz oscura, y baja la mirada.

El canónigo que venía detras, se colocó con alegre actitud en medio de la escalera, delante de la jóven.

—¿Pero qué hora es esta de venir... ..?

Ella se sonrió.

—Vé á encomendarte á Dios ahora mismo. Y le dió unos golpecitos en la megilla con su mano grande y carnosa.

Y envolviéndose en la capa, salió diciendo á la criada que levantara la palmatoria para alumbrar la escalera.

—Está bien, ya veo. No cojas frio, muchacha. Con que á las ocho está de pié, Amaro. Vete muchacha. Adios.

Y descendió lentamente.

El párroco habia cerrado la puerta de su cuarto. La ropa de la cama estaba un poco levanta-

da, fresca, blanca, con un olor agradable de hilo lavado; sobre la cabecera estaba colgada una imágen antigua de Cristo crucificado, dibujo sencillo.

Amaro abrió su breviario y se arrodilló á los piés de la cama en una alfombra descolorida. Persignóse; pero estaba fatigado de la jornada y con la piel ardorosa. Le venían grandes bostezos.

Además, encima de él, sobre el techo, entre las oraciones rituales sentía el *tic tic* de las botas de Amelia y el ruido que hacen las enaguas blancas almidonadas cuando se sacuden al quitarse.

IV.

Antecedentes. Amaro en el Seminario.

Amaro Vieira habia nacido en Lisboa en casa de la señora marquesa de Alegros: su padre, criado del marqués, habia sido su camarada: su madre fué doncella de la marquesa, casi una amiga. Conservaba Amaro un libro, *El niño de las selvas*, con grabados en color sencillo, que tenía escrito en el blanco de la primera página, «A mi muy amada Juana Vieira, verdadera amiga mia de siempre.—Marquesa de Alegros.»

Conservaba tambien un retrato en miniatura de su madre, un poco borrado, pero que dejaba ver sus cejas unidas y la boca bastante grande, sensualmente abierta. El pintor habia dado á la piel un color trigueño y ardiente.

El padre de Amaro habia muerto de apoplejía, y la madre, aunque robusta y saludable,

sucumbió al año de una tísis inesperada. Amaro tenía entonces seis años y quedó en casa de la señora marquesa, que vivía retirada en su quinta de Bemfica. Una hermana suya de doce años, vivía desde pequeña en Coimbra con su abuelo.

La señora marquesa había quedado viuda á los 33 años; era modesta, indolente, de una bondad pasiva. Dedicada á las sensibilidades ámplias de la religion, tenía capilla en su casa, recibía á los padres de San Luis, y sentía gran interés por los asuntos de la iglesia. Educó á sus dos hijas en la devocion y en la suntuosidad al mismo tiempo; y las hizo devotas con pormenores aristocráticos, pues que hablaban de la humildad y de los sacrificios del cristiano, encarceladas en ricos y elegantes trajes. Un periódico de aquel tiempo había dicho de ellas que pensaban todos los dias en la *toilette* con que habían de entrar en el paraíso.

En el aislamiento de Bemfica, en aquel lugar de apacibles alamedas, altos sáuces recordados y árboles aristocráticos, y donde gritaban sin cesar pavos reales, las dos niñas se aburrían. La religion y la caridad se convertían para ellas en entretenimientos, en intereses aprovechados, pues cosían vestidos para los pobres de la feligresía, bordaban frontales para las iglesias, y recordaban los pecadillos que habían olvidado en el invierno.

Careciendo de visitas amenas, procuraban la

conversacion de los curas, y así acumulaban devocion para el invierno como en una alcancía.

Leían entonces los libros místicos y dulces. Dios era como un lujo de verano.

La señora marquesa habia decidido desde luego que Amaro abrazase la vida eclesiástica, fundándose en que su fisonomía tímida, amarillenta y asustadiza, pedía aquel recogimiento.

Tenía entonces nueve años, era muy aficionado á las cosas de la capilla y temía mucho al infierno y á los cuartos oscuros.

Su encanto consistía en estar siempre al lado de las mujeres, pegado á sus enaguas y oyendo hablar de curas, de santos y de cosas de iglesia. La señora marquesa quiso mandarlo al colegio porque temía la impiedad de los tiempos, los contactos callejeros, las relaciones inmorales y sobre todo que aprendiese palabras obscenas.

El capellan de la casa le enseñaba latin; y su hija mayor, la señorita Juana, alta, derecha, nariz corva y pecho hundido, le daba lecciones de francés y geografía.

Amaro no jugaba. Por la tarde acompañaba á la marquesa por las alamedas de la quinta, cuando iba del brazo con el padre Liret ó con el respetable procurador Freitas; pero caminaba despacio, quieto, encogido y ocupado en retorcer el forro de los bolsillos. Así se habia hecho medroso y afeminado.

Dormía con luz cerca de una vieja criada, y el

contacto continuo con las mujeres, los consejos mimosos, las largas oraciones obligatorias y el recogimiento, le habia debilitado el carácter. Además las criadas lo afeminaban mas cada dia. Viéndolo bonito lo tenían entre ellas, le pasaban la mano por el cuello riendo con mimo, le daban besos, le hacían cosquillas, y él rodaba por entre las enaguas, cerca de los cuerpos, chillando bajo, con grititos.

Algunas veces, cuando la marquesa salía, lo vestían de mujer con grandes risas, y él se abandonaba con ademanes indolentes y lánguidos, los ojos amortecidos y una roseta como de fiebre en las mejillas.

Además de esto, las criadas le hacían intervenir en sus reyertas, en sus intrigas y vino á ser el *soplón*, haciéndose enredador, ladino y solapado.

A los once años era ya un complemento del capellan: ayudaba misa, y los sábados limpiaba la capilla encerrándose dentro de ella como en un dominio glorioso. Calocaba los santos á la claridad encima de una mesa, hablaba con ellos y los besaba con devotas ternuras y satisfacciones golosas.

Cuando algunas imágenes estaban súcias de picadas de mosca, restregaba y pulía los dorados con la punta de un pañuelo mojado en agua, pensando que Dios se lo debía agradecer. Revolvía todos los altares, quitaba la polilla de los vestidos de los santos, barnizaba el sagra-

rio, y con yeso y un trapo limpiaba las aureolas de plata.

Un dia lo encontró el mayordomo abrazado á una imágen de la Vírgen, de aspecto agradable, cubriéndola de besos.

El mayordomo se rió mucho.

Entretanto crecía y su constitucion era endeble y su color amarillo. Nunca expedía una carcajada. Llevaba siempre las manos en los bolsillos é iba á los cuartos de las criadas para doblar los trajes y limpiar las botas.

Preparaba los algodones para los postizos y los rellenaba. Era tan indolente que por la mañana costaba mucho trabajo arrancarlo de una cierta soñolencia en que caía enteramente rebujado en los cobertores y abrazado á la almohada.

Todos los de la casa lo nombraban ya el *curita*.

Inesperadamente, una mañana la señora marquesa murió de una apoplegía, dejando un legado en su testamento para que Amaro, el hijo de su criada Juana, entrase á los quince años en el Seminario y se ordenase. El padre Liret quedaba encargado de cumplir esta disposicion piadosa.

Amaro tenia entonces doce años, y mientras cumplia los quince fué para casa de un tio suyo que era almacenero en el barrio de la Estrella.

Las hijas de la marquesa habian dejado á

Bemfica y estaban en Lisboa en casa de la señora doña Bárbara de Noronha, su tía paterna.

El tío de Amaro era un palurdo grandable y grosero. Estaba casado con la hija de un empleado público que lo había aceptado por salir de la casa de su padre donde se la trataba con rigor, se la daba poco de comer y tenía que hacer las camas. Pero aborrecía á su marido, y no hacía mas en todo el día que leer los periódicos y las revistas de teatros sentada en la sala.

Su marido la adoraba como lo mas delicado y superior de su vida, como su blason y su hijo: la compraba vestidos y la pedia en cambio amor abundante.

De modo que Amaro no encontró allí el elemento femenino en que había estado calorosamente honesto. Su tía casi no reparaba en él; el almacenero lo aprovechaba como una utilidad imprevista; y como tenía un solo dependiente, puso á Amaro en el mostrador.

Hacía que se levantara á las cinco de la mañana temblando en su chaqueta de paño azul, y apenas le dejaba tiempo para mojar en café un mendrugo de pan en el borde de la mesa de la cocina. A cada momento le gritaba ásperamente y le daba con una regla en la cabeza. Andaba quince días con la misma camisa. Con esta existencia se fué poniendo mas delgado y todas las noches lloraba.

Amaro sabía que á los quince años debía ir al

Seminario; pero su tío todos los días se lo recordaba.

—No pienses que vas á estar aquí toda la vida en la vagancia, no. En teniendo quince años te marchas al Seminario: no tengo obligacion de cargar con tigo, ¿entiendes?

Y Amaro deseaba el Seminario, la vida eclesiástica, como un medio de libertad. Por separado se habia acostumbrado á la idea de aquel destino.

Nunca habia consultado nadie sus inclinaciones, ni se habian tenido en cuenta los impulsos de su temperamento. Le imponian la sobrepelliz de cura, y su naturaleza pasiva, domizable y flexible, la aceptaba como habria aceptado el uniforme de soldado, porque cada vez era mas inerte y servil. Tenia aire de quietismo lánguido, se encorvaba y lo que permanecía mas entero en su carácter era la astucia y la sutileza para las intrigas.

Además no tenia mas remedio que ser cura pues el legado de la señora marquesa, que era su único recurso de educacion, habia determinado forzosamente aquel destino. A mayor abundamiento la vida eclesiástica agradaba á su carácter pasivo, no porque tuviese los impulsos religiosos de una naturaleza meditativa, pues desde que habia salido de las perpétuas devociones de la quinta de Bemfica habia tomado las costumbres de sus tíos, que no iban á la iglesia, ni se arrodillaban para rezar. Pero

cuando pensaba en que sería sacerdote se acordaba de aquellos que tantas veces habia visto en casa de la señora marquesa, blancos, bien tratados, que comían al lado de las hidalgas en porcelana, que tomaban rapé en caja de oro y decían agudezas: y entonces el estado de cura le convenia como una profesion en que se dicen misas, se comen dulces delicados y se habla bajito con las mujeres, viviendo entre ellas, cuchicheando y sintiendo su calor penetrante.

Un año antes de entrar en el Seminario le puso su tio un maestro para afirmararlo en el latin; y este año vivió mas tranquilo, porque estaba dispensado de estar en el mostrador vendiendo.

Por la primera vez de su vida habia sentido intensas melancolías y como una exuberancia de vitalidad.

Su hora triste sobre todas era la del anocheecer cuando volvia de la clase, y los domingos despues de haber ido á pasear con el dependiente al jardin de la Estrella.

Vivia en un cuarto del último piso, en la bohardilla, con grandes maderos negros y un diluvio de ratones.

Se recostaba cerca de la ventana abierta á los tejados, y al anocheecer veia desde allí parte de la ciudad baja, que poco á poco se iluminaba de gas. Parecíale recibir, viniendo de allí, el largo rumor indefinido de una vida que no conocía, pero que juzgaba radiante, con cafés

abrasados de luz y con mujeres saltando con un rumor de seda del estribo de los carruajes al peristilo de los teatros. Estas ideas lo sumergian en un delirio insondable en cuyo fondo se movian en actitudes bagarosas, pechos femeninos y brazos blancos.

Pero abajo, en la cocina, la criada comenzaba á lavar la loza cantando. Era una muchachona abultada y robusta, de caderas fuertes. Amaro entraba con frecuencia en la cocina y la llamaba, solo por el gusto de verla andar, y al ver sus movimientos le venian impresiones, deseos incoherentes y se acordaba de mujeres que había vista en las callejuelas al volver de la clase con enaguas almidonadas y ruidosas, paseando destocadas con botas altas. De la profundidad de su temperamento brotaban angustias, languidez y un deseo como de abrazar á alguien, de no estar solo.

La melancolía de su cuarto lo abrumaba. Desesperábase, se creia infeliz y aun pensaba en el suicidio.

Pero entonces su tio le gritaba desde abajo:
—¿No estudias, bribon?

Y rápidamente, como si lo sorprendieran, revolvía el diccionario hasta que, despues, cabeceaba el sueño sobre el Tito Livio, bostezando y rozando las piernas unas con otras.

Por este tiempo comenzó á sentir aversion hácia la vida de cura porque no podia casarse.

A escondidas fumaba cigarros; y como las

compañías de la escuela iban introduciendo en su naturaleza inferior y afeminada curiosidades y corrupciones, se ponía cada vez mas delgado y estaba mas amarillo.

Entró por fin en el Seminario.

Desde los primeros dias le produjeron una melancolía, un abatimiento insondable los largos corredores de piedra un poco húmedos, las lámparas fúnebres, los cuartos estrechos y gradeados, las sotanas negras, el silencio reglamentario, el toque de las señales y el abatimiento de todas las fisonomías.

Pero entró luego en intimidad con algunos compañeros. Su rostro pensativo y pálido agradaba á los mocetones sanguíneos y plebeyos.

Lo fueron enterando de las costumbres del Seminario, de las pequeñas intrigas canónicas; le contaban historias picantes de los profesores y le ponderaban la melancolía de la clausura.

En algunos momentos las lamentaciones eran interminables: casi todos hablaban con dolor de las existencias libres que abandonaban, uno recordando su aldea iluminada por el sol y las veredas llenas de cantares y de abrazos; otro las calles tortuosas y tranquilas de su pueblo donde galanteaba á las vecinas, y todos tomaban para relatar aventuras el tiempo en que estudiaban latin.

Pero lo que echaban mas de menos aquellas naturalezas difícilmente domadas, eran las calles y los campos espaciosos, las libertades de

la noche, y envidiaban con dolor la vida del arriero que veían pasar por el camino pegando á sus machos, la del carrero que cantaba acompañado del áspero chirrido de las ruedas, y hasta la del mendigo errante que pasaba apoyado en un palo y con su alforja negra en el hombro.

Casi todos tenían recuerdos agradables de las comidas de familia, porque el refectorio era escaso y les cansaba la perpétua hortaliza y la falta de vino.

Aunque Amaro no dejaba cosas queridas, pues había vivido en aquel frío almacén baldosado y tenía muy presentes la dureza hostil de su tío y el rostro indigesto de su tía, con todo, principió insensiblemente á tener recuerdos agradables de sus paseos del domingo, del ruido de los carruajes, de la claridad del gas, y de cuando al regresar de la clase con los libros en una correa se recostaba en los escaparates de los establecimientos contemplando la desnudez de las muñecas.

Sin embargo de estas memorias, como tenía una naturaleza sin carácter, se fué lentamente amoldando á las pausadas melancolías de aquella existencia. Estudiaba con rutinaria regularidad y ejecutaba los servicios como una máquina, porque la regla del Seminario lo había vencido y doblado como si fuera un papel inerte. Era exacto, regular, obediente, y tenía buenas notas. Sobre todo era linfático.

Algunas veces, cuando conversaba en la in-

timidad á las horas de descanso, sentia aun rugir sus deseos en lo profundo. En estas conversaciones íntimas, cada cual mostraba su ambicion como una arma prohibida. Unos querian ser confidentes del obispo y levantar las cortinas de damasco en las espaciosas salas del palacio episcopal: otros deseaban vivir en las ciudades despues de ordenados, servir una iglesia aristocrática y cantar los oficios con voz sonora delante de las beatas ricas que crujen con el *fru fru* de la seda; otros mas modestos, se contentaban con una parroquia de aldea, una mesa provista de pavo y una criada gorda.

Algunos tambien pensaban todavía en destinos fuera de la iglesia: los sanguinarios y los vanidosos querian ser militares para arrastrar sobre las baldosas el *tin tin* de sus sables: otros deseaban la vida repleta del labrador y trotar por los caminos desde la madrugada bien montados, con un sombrero de alas espaciosas, y dar luego órdenes en las ámplias eras batidas por el sol, para venir á apearse por último á la puerta de la bodega. Pero todos, deseando el sacerdocio ó prefiriendo destinos seculares, querian perder de vista el Seminario estrecho para vivir á sus anchas, ganar dinero y divertirse.

Amaro nada deseaba.

—Todo me es indiferente decia.

Si embargo lo perturbaban ciertas conversaciones, porque algunos mas nerviosos al hablar

de los goces de la existencia libre, se exaltaban, discurrían proyectos y pensaban en huir, llegando hasta á calcular la altura de las ventanas. Imaginaban las peripicias todas de la aventura. Sería de noche: tomarían por las espesuras los caminos mas tenebrosos y apartados, entrarían en las ciudades; irían luego á beber y de seguida á sumergirse en la explosión de los delirios amorosos en el misterio de barrios apartados.

Con el recuerdo de estas conversaciones, sentía Amaro aspiraciones indefinidas, se revolcaba en el catre sin dormir y se persignaba.

En aquel tiempo tenía ya veinte años.

En su celda había una imágen de la Virgen que pisaba la serpiente, coronada de estrellas y descansando sobre el globo, con la mirada errante en la luz inmortal.

¡Cuántas veces había oído al maestro de historia sagrada en los sermones del domingo, hablar con ronca voz del pecado comparándolo á la serpiente; y luego con palabras llenas de unción y gestos majestuosos, derramar con pausa la pompa melíflua de sus frases y aconsejar á los seminaristas que imitando á la santísima Virgen humillaran al dañino reptil!

Pero Amaro sentía debajo de sus débiles piés que la serpiente engordaba, crecía, se arqueaba; la sentía subir por su espalda y apoderarse de él. Y viendo la rubia cabellera de la imágen y su rostro hechicero, como un resplandor, lo

inundaba un amor físico, material, y acariciaba el cristal del cuadro con sus dedos trémulos.

Su maestro de teología le hablaba, sorbiendo rapé, de la obligación de humillar á la naturaleza; y un dia, citando á San Juan Damasceno, San Juan Crisóstomo y San Cipriano, le explicó los anatemas que habian fulminado los santos contra la mujer á quien llamaba, segun las expresiones místicas, serpiente, dardo, hija de la mentira, puerta del infierno, cabeza del crimen, escorpion.....

—Y como dice nuestro padre San Jerónimo— se sonaba con extruendo—camino de iniquidades, *iniquitatis via*.

En aquel tiempo, Amaro pensaba mas que antes en el pecado. La regla del Seminario pugna en valde por vencer la inmoral naturaleza. Los estudios difíciles, el monotonó recitado de las lecciones, los continuos rezos, los ayunos, las penitencias y la vigilancia, vencian y debilitaban el cuerpo; pero en el interior ardían vivamente las pasiones. La natural flaqueza, la falta de sueño, lo escaso de la alimentacion, le producian fiebre vaga, aturdimiento incoherente, delirios, sutileza de voluntad y suspiros incesantes.

Además veia en los seminaristas la rebelion de la naturaleza; el mayor número de ellos procedía de las aldeas; eran fuertes, sanguíneos, plebeyos, y sus muñecas morenas y abultadas apenas cabían en los puños de la camisa. Cuan-

do estaban solos en los cuartos deseaban ejercitar la fuerza, dilatar el temperamento, dar ensanche á la vida muscular, y luchaban revolcándose sobre las camas, sofocando gritos de alegría; diciendo obscenidades y abrazándose furiosa y desordenadamente.

La severidad del régimen incitaba á los pequeños vicios: jugaban con una baraja grasienta y borrosa que escondian bajo la peana de un santo; se proporcionaban despues de largas intrigas medio cuartillo de vino y muchos, conquistando al marido de la lavandera, recibian cigarros, los escondian debajo del colchon y fumaban en el silencio de la noche, chupando con delicia hasta papel, satisfechos de su fortuna.

Algunos, vencidos por la regla mónica, se habian resignado, estudiaban cuidadosamente y tomaban notas en la librería. Estos tenian la espina dorsal encorvada, tomaban rapé, estaban pálidos y eran hipócritas.

Otros sucumbian á esta existencia anti natural y se ponían tísicos. El vicio amarilleaba los semblantes: y habia pocos que no estuviesen enamorados en secreto de la lavandera, mujer de cincuenta años, gruesa y musculosa, que era la única hembra á quien alguna vez entreveían en la sacristía cuando repasaba las sobrepellices, anunciándose al llegar con el golpeo de sus pesados zapatos de madera sobre las losas que cubrian las sepulturas.

V.

El cura de Aldea.

Amaro se ordenó por las Témporas de San Mateo y poco tiempo despues, recibió, aún en el Seminario, esta carta del padre Liret.

«Mi querido hijo y nuevo colega:

Ahora que ya está ordenado, creo en mi conciencia que le debo dar razon del estado de sus negocios, pues quiero cumplir hasta el fin la tarea con que cargó mis débiles hombros nuestra llorada marquesa, otorgándome la honra de administrar el legado que os dejó. Porque aunque los bienes mundanos deben importar poco á un alma dedicada al sacerdocio, las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

Sabreis, pues, mi querido hijo, que hace poco conocí que el legado de la querida marquesa, para quien debe haber en vuestra alma eterna gratitud, está enteramente consumido.

Aprovecho esta ocasion para decirle que despues de la muerte de vuestro tio, vuestra tia, habiendo liquidado el establecimiento, se dedicó á una vida, que el respeto me impide calificar, cayó en el imperio de las pasiones; y habiéndose unido ilegítimamente á un hombre, vió sus bienes perdidos al mismo tiempo que su pureza; y hoy tiene una casa de huéspedes en la calle de los Calafates. Si hablo de todas estas impurezas que no debia de conocer un jóven sacerdote como mi querido hijo, es solo porque quiero darle exacta relacion de su respetable familia.

Su hermana, como sabrá, se casó en Coimbra con un rico; y aunque en el casamiento no es el oro lo que debemos apreciar, importa sin embargo, para las eventualidades futuras que mi querido hijo tenga conocimiento de esta circunstancia.

De lo que me escribió nuestro querido doctor sobre mandaros para la feligresia de Feixao, en Grallera, voy á hablar con algunas personas importantes que tienen la extrema bondad de atender á un sacerdote, que solo pide á Dios misericordia. Espero obtenerla.

Persevera mi querido hijo en el camino de la virtud, de la que sé que su buena alma está llena; y erea que se encuentra la dicha en nuestro ministerio cuando sabemos comprender el bálsamo que derrama en el pecho y el consuelo que dá el servicio de Dios.

Adios, mi querido hijo y nuevo colega. Creed que siempre mi pensamiento ha estado con el pupilo de nuestra querida marquesa, que, ciertamente desde el cielo, á donde la habrán llevado sus virtudes, pide á la Vírgen, á quien ella tanto sirvió y amó, la felicidad de su querido pupilo.

LIRET.

El apellido del marido de vuestra hermana, es Trigoso.»

Dos meses despues, Amaro fué elegido y confirmado párroco de Feixao, en la Grallera, que es una sierra de Beira Alta. Estuvo allí desde Octubre hasta Abril del año siguiente.

Feixao es una miserable aldea de pastores, casi deshabitada; de modo que Amaro pasó aquel tiempo casi ocioso, rumiando su tedio al lado de la chimenea, y oyendo al invierno rugir y bramar en la montaña.

Durante la primavera habian quedado vacantes los distritos de Santaren y Leiria, parroquias populosas, dotadas de cóngruas ricas y en poblaciones bellas.

Amaro escribió á su hermana hablándole de su pobreza, y recibió de ella *doce monedas* para que se trasladara á Lisboa con el objeto de pretender.

Aunque al salir Amaro de Feixao nada moralmente habia ganado, en aquel saludable y duro aislamiento de la sierra, los aires puros y

vivos y la influencia de los pinares, le habian fortificado la sangre y volvia mas robusto y musculoso, de mejor color y sin sudores ni cansancios.

Ya en Lisba, fué de seguida á la calle de los Calafates en casa de su tia, á quien encontró vieja, con un vestido negro, escurrido, el moño colgando, y como siempre la arrugada piel cubierta de polvos de arroz. Como se habia hecho devota y frecuentaba las iglesias, no hay que decir que abrió á Amaro los brazos y lo estrechó con piadosa alegría.

—¡Qué bonito estás de cura! dijo.

Y admiraba su manteo, su ámplia corona y compostura eclesiástica. Y hablándole de la salvacion y de los negocios de la casa, lo llevó á un cuarto del tercer piso, que daba al almizcate.

—Aquí estarás como un canónigo, le dijo.

Amaro procuró ver en San Luis al padre Li-ret; pero supo que habia ido á Francia.

Se acordó entonces de la hija mas pequeña de la marquesa de Alegros, Doña Juana, casada con el conde de Riba-mar, senador y de grande influencia. Habia pertenecido desde 1851 al partido llamado regenerador; y aunque no habia querido aceptar la cartera de Estado en el último ministerio, disfrutaba mucha influencia política.

Luego que Amaro elevó su solicitud, fué por consejo de su tia una mañana á casa de la con-

desa de Riba-maren en el barrio de Buenos Aires.

A la puerta vió un cupé enganchado.

—La señora condesa va á salir, le dijo un criado de corbata blanca.

En este momento salió una señora vestida de claro por una puerta con mampara verde que habia sobre un escalon de piedra, al fondo del patio baldosado.

Era esbelta, delgada, rubia, con pequeños cabellos rizados sobre la frente, rostro seco y nariz larga y afilada. Llevaba quevedos de oro y lucía en la barba un lunar de sedosos cabellos.

—La señora condesa no me conoce ya: dijo Amaro descubierta é inclinándose.

Y despues de un instante de silencio, agregó:

—Soy Amaro.

—¿Amaro?..... dijo la condesa extrañando el nombre. Pero prosiguió ¡Ah! ¡Buen Jesús! ¡Bueno es! Está hecho un hombre. Sí, sí; ¡Ah! ¡Qué tiempos!...

Amaro se sonreia enseñando sus blancos dientes.

—¡Quién podia esperar!..... continuó ella admirada: ¿Vive V. ahora en Lisboa?

Amaro le refirió su nombramiento para Feixao y la pobreza de la comarca.

—¿De manera, que viene á pretender?

La condesa lo escuchaba teniendo las manos apoyadas en una sombrilla de cabo largo; y Amaro sentía venir de aquella rubia y elegante persona un perfume delicado, una frescura de

seda y encajes, y cierta sensacion aromática que no comprendía.

—Pierda V. cuidado, mi marido hablará; yo me encargo de eso. Vuelva V. por acá, veamos;..... y con un dedo puesto en los lábios prosiguió: oiga, mañana estoy fuera de casa: el domingo..... no, lo mas seguro es de aquí á quince dias; eso es, de aquí á quince dias por la mañana. No se me olvidará.

Y se rió con semblante rubicundo enseñando sus frescos dientes.

—Me parece que lo estoy viendo traducir á Chateaubriand con mi hermana Luisa..... ¡Oh qué tiempos.

—¿Y está buena la señora, su herman?

—Sí, buena. Vive en una quinta de Santaren.

—Con que el domingo..... ¿Sí?

Y le alargó la mano cubierta con piel verdosa de Suecia, le dió un apretón sacudido y sus brazaletes crugieron.

Amaro la vió subir al cupé esbelta, ligera, con un movimiento que descubrió sus enaguas blancas.

Tuvo que esperar Amaro. Era el rigor del verano y los dias sin fin y fastidiosos. Decía misa en Santo Domingo y despues regresaba á arrastrar el fastidio por su cuarto, de zapatillas y blusa, y en el sofá del comedor. Las ventanas estaban cerradas, el suelo regado y en la penumbra se percibía el monotonó zumbido de las moscas.

En la calle el sol era ardiente, el suelo estaba lleno de polvo, y el calor producía mucha incomodidad en la piel.

A las puestas del sol salía y paseaba vagabundo por el Rocio. Las noches eran sofocantes, había gran concurso y en todas las esquinas se pregonaba agua fresca.

Las luces de los cafés se extendían en ráfagas brillantes sobre las losas de los paseos; los carruajes vacíos giraban despacio; los cristales de las tiendas relucían al rededor de la plaza; familias tranquilas, descubiertas, paseaban con lentitud, y los viejos dormitaban por los bancos, apoyados en los puños de sus bastones, junto á los desarrapados, que, tendidos, dormían á pïerna suelta. A cada momento sentía Amaro el roce de las enaguas engomadas y ruidosas de mujeres que pasaban con actitud provocativa ofreciéndose brutalmente.

Se encontraba aislado en medio de aquella animación; la atmósfera caliente le producía hastío, y se iba para su casa fastidiado sintiéndose completamente solo, rendido, con deseos de suspirar. Entonces le asaltaban ambiciones confusas, incoherentes, como la de ser obispo y pasear por la ciudad echando bendiciones, al trote de su mula, y llevando consigo, aunque escondida, una de aquellas mujeres que paseaban balanceando su ondulada cola.

Pasados los quince días fué á casa de la señora condesa.

—No está: le dijo un criado de la caballeriza.

Al día siguiente volvió palpitante y como asustado. Halló el patio desierto y el carro del agua en un rincón con los varaes caídos en el suelo. Una voz gruesa que refunfuñaba sordamente, se dejaba oír detrás de una puerta azul cerrada. La mampara verde estaba abierta, y Amaro se atrevió á subir pisando trémulamente una larga alfombra roja, sujeta con varillas de metal. De una alta claraboya caía luz abundante. Un criado dormía, al parecer, sobre una banqueta de marroquí escarlata, con la cabeza colgando, el lábio caído y recostado contra la pared blanca y brillante.

Hacia mucho calor, y aquel silencio aristocrático aterraba á Amaro. Estuvo un instante indeciso sosteniendo el quitasol en el dedo meñique; pero decidióse á levantar un *portier*, que pendía frente á la escalera y entrevió á la media luz de las ventanas cerradas, un salón tapizado con telas sombrías, donde un espejo brillaba vagamente: y en la sombra las arañas de cristal brillante despedían resplandores luminosos.

Amaro, embarazado, tosía quedito, y sudaba á raíz de los cabellos. Estuvo para retirarse, pero su interés lo dominaba; pensó en despertar al criado que dormía profundamente, pero le pareció terrible con sus patillas negras y los galones de oro. Entonces oyó pasos y la risa de un hombre detrás de un *portier* lateral, y deci-

dido, sacudió suavemente con el pañuelo el polvo blanquecino de los zapatos, se estiró los puños y entró con resolución en un gabinete pequeño con el suelo cubierto de hule, taburetes de marroquí y perchas de metal fijas al rededor en listones barnizados.

Mas adelante se veia una sala con balcon, en cuyo hueco se destacaban tres hombres de pié; y al traves de las cortinas de seda amarilla y entre sus figuras vestidas de negro, se destacaban los árboles del jardin en el fondo de una luz ténue y fresca.

Amaro se adelantó un poco inclinado.

—No sé si molesto, dijo.

Un hombre de buena estatura se volvió con el cigarro un poco levantado sobre el bigote gris, gafas de oro y las manos en los bolsillos con señales de satisfaccion. Era el señor conde.

—Soy Amaro.....

—¡Ah! dijo el otro. El señor padre Amaro, Bien venido sea. Mi señora me ha hablado de V.

Y dirigiéndose á un hombre alto y grueso, casi calvo, con el bigote y pera puntiagudos y pantalon blanco con franjas,

—Es la persona que le he recomendado. Y volviéndose para Amaro, ¡El señor ministro!

Amaro se inclinó restregando toscamente la alfombra con el pié.

—El señor padre Amaro, continuó el conde de Riba-mar fué criado en casa de mi suegra; creo que nació allí.

—Ciertamente, dijo Amaro, que permanecía en pié un poco embarazado con el quitasol en la mano.

—Mi suegra, que era muy devota y una señora magnánima como no las hay, lo hizo sacerdote; y hasta creo que le dejó un pequeño legado. En fin, aquí lo tenemos hecho párroco de..... de..... ¿de dónde es?

—De Feixao, señor excelentísimo.

—¿Feixao? dijo el ministro con extrañeza.

—En la sierra de la Grallera, dijo el otro hombre que allí estaba, que era un sugeto estirado, metido en un cuello descomunal, con corbata de seda y los cabellos lustrosos y abundantes, separados por en medio con una raya hasta la nuca, que los repartía en dos bucles á los lados de la cabeza.

—En fin, resumió el conde; ¡un horror! En la sierra..... pobre..... sin distracciones.

—Bien, bien; dijo el ministro.

—Yo he formado ya una solicitud, señor; se atrevió á decir Amaro tímidamente.

—Bien, bien, afirmó el ministro: ya se arreglará. Y mascaba su cigarro.

—Aparte de la justicia es una necesidad. Los jóvenes y activos deben estar en las parroquias difíciles, en las ciudades, pero sucede al contrario..... por ejemplo, allá al pié de mi quinta en Alcobaza, hay un viejo gotoso, un padre maestro antiguo..... Así se pierde la fé; decia enco-
giendo los hombros.

—Perdone V., repuso el ministro; pero las colocaciones en las buenas parroquias deben servir para recompensar buenos servicios. Es necesario que haya estímulo.

El sujeto de las negras patillas hizo un gesto de negacion.

—¿No es V. de mi opinion? añadió el ministro.

—Respeto mucho la opinion de V. E., pero si me permite.... le diré que los párrocos nos prestan un gran servicio en las crisis electorales.

—Es verdad..... pero.....

—Oiga V. E., prosiguió el de las patillas accionando con exajeracion: ¿Por qué perdimos en Thomar? Por la indolencia de los párrocos, nada mas que por su indolencia.

El conde se interpuso, y dijo:

—Dispénse V., pero no deben suceder cosas semejantes: la religion, el clero no son agentes electorales.

El hombre de las patillas quiso interrumpir. El conde hizo un gesto.

—La religion puede, es más, debe auxiliar á los gobiernos, obrando por decirlo así, como freno.....

—Justamente, justamente; murmuró el ministro.

—Pero descender á las intrigas, á los enredos, perdone mi querido amigo, no es propio de un cristiano.

—Pues yo lo soy, señor conde; dijo gravemente el hombre de las abundantes patillas; pe-

ro tambien soy liberal, y creo que en el gobierno representativo... Sí, digo yo, con las garantías.....

—Oiga V., dijo el ministro. ¿Sabe V. lo que se consigue con semejante conducta? Solo desacreditar al clero y desacreditar á la política.

—Pero el principio de las mayorías ¿és ó nó un principio sagrado? gritaba rojo el de las patillas espesas.

—Es un principio respetable.

—¡Ya, ya! señor excelentísimo.

El padre Amaro, estaba inmóvil escuchando.

—Mi esposa ha de querer verlo: le dijo el conde.

Y dirigiéndose á un portier, que levantó.

—Entre V., agregó.

—Es el señor padre Amaro, Luisa.

Amaro entró con su quitasol en la mano, en una sala pequeña tapizada de cachemira blanca. No mas que la alfombra, blanca tambien, que tenia dibujos de un verde pálido. Las ventanas de pecho, estaban cerradas, y las cortinas descendian hasta el suelo, y estaban adornadas con cenefas de seda, cuyas puntas caian sobre la alfombra.

En los ángulos de la habitacion habia unos arbustos pequeños, sin flor, que erguian airoosamente su fino follaje. Butacas y sillas pequeñas, de espaldar barnizado de blanco, arqueaban su asiento elástico y muelle.

A los lados de dos espejos venecianos ovala-

dos, de delicada moldura, lucian candelabros de relieve antiguo, de plata tambien, con velas de cera fina. Del techo pendía un globo oscuro suspendido de una delgada cadena de acero.

Una luz vaga desvanecia los semblantes, y se percibia un perfume delicado.

En el espaldar de una silla, asido en firme á la jaula con su garra negra y cerrada, un papagayo movia la verde cabeza, haciendo contracciones.

Amaro vió á la condesa en el fondo de la sala sentada negligentemente en uno de los ángulos del sofá; teniendo algo extendido el traje como un abanico mal abierto.

Cabellos rubios y rizados le cubrian con gracia la frente: brillaban los aros de oro de sus quevedos. Un jovencito grueso, de cara roja y rellena, con bozo castaño, estaba casi delante de ella, y le hablaba inclinado teniendo los codos sobre las piernas abiertas y haciendo balancear entre ellas como un péndulo unos quevedos de concha.

Estaba vestido de azul.

La condesa lo escuchaba; y á sus piés tenia un falderillo mimado que bajo la abundante lana de sus orejas caidas enseñaba su rosado hocico.

La señora condesa le peinaba la lana con su mano delgada y fina, llena de venas, y que salía de un puño bordado con frescos encajes.

—¿Cómo está el señor Amaro?

La perrita ladró.

—¡Quieta, Reina! Sabrá V. que ya he hablado de su negocio.

—¡Quieta, Reina! El ministro está ahí.

—Lo he visto, señora; dijo Amaro.

—Siéntese V. aquí.

Amaro iba á sentarse, pero se irguió de pronto haciendo una ligera cortesía al reparar que cerca del piano habia una señora de pié en conversacion con un jóven rubio que estaba sentado en un taburete de cachemira blanca.

—Y dígame V., señor Amaro, ¿qué se ha hecho de su hermana?

—Se casó y está en Coimbra.

—¡Ah! dijo la condesa, abandonada por completo á la elasticidad del sofá y haciendo girar sus tirabuzones.

Hubo un rato de silencio.

Amaro, con el quitasol entre las piernas, tenia bajos los ojos y pasaba sus dedos por los lábios con un movimiento embarazado y distraido.

—El padre Liret está fuera; dijo la condesa.

—Ha ido á Nantes, donde tenia una hermana en peligro de muerte. Siempre el mismo; amable, cariñoso, su alma un modelo de virtudes....

—Pues yo prefiero en absoluto al padre Félix: interrumpió el mozalvete rechoncho, estirando las piernas y cerrando los quevedos.

—No digais semejante cosa, primo. ¡Jesús, válgame Dios. Vaya! El padre Liret tan respetable.....

—¡Ah! pero.....

—Y despues..... otras maneras...

—Bien.....

—Y además un modo de decir ciertas cosas... con una bondad..... y un corazon tan bueno; y por último su pulcritud ¡unas manos tan blancas!

—Si; pero.....

—Qué, no digais eso. El padre Félix es una persona de mucha virtud; pero el padre Liret... tiene otra clase de religion mas..... Y con un gesto daba á entender que buscaba la palabra, mas fina, mas..... en fin, vive con la gente.

Y volviéndose hácia Amaro.

—¿No lo cree V. así? le preguntó.

Amaro no conocia al padre Félix, y se acordaba poco de las conferencias de Bemfica y de la figura del padre Liret.

—Ya debe ser viejo, dijo.

—¡Viejo! exclamó la condesa. Pero está muy bien conservado. Sus cabellos, aunque blancos, son preciosos.

Y volviéndose hácia la señora que estaba junto al piano.

—¿No es verdad, Teresa? le preguntó.

—Sí, señora; respondió maquinalmente la interrogada.

VI.

Distracciones aristocráticas.

Teresa tenía una estatura arrogante. Mirada de perfil presentaba voluptuosas y magníficas las líneas del cuello, del seno y del vestido. Sus cabellos negros, un poco ondeados, se destacaban sobre un rostro aguileño de corte borbónico, parecido al perfil altanero que dan los grabados antiguos al rostro real de María Antonieta; su cuello era fuerte, lleno, torneado, con cierto matiz lácteo y, encarnación aun tiempo firme y suave.

Su vestido negro de seda tenía un escote cuadrado que dejaba ver el cuello, y los brazos cubiertos con una gasa transparente, á cuyo traves aparecía la piel blanca como un torneado mármol.

Amaro, absorto, derecho, con el quitasol entre las piernas y los piés debajo de la silla, hu-

millado y sudando á raíz de los cabellos, sentía como un zumbido de abejas, y un deseo vago de tocar siquiera con la punta de un dedo aquellos brazos, y sentir su electricidad, oyéndola en confesion ruborizada, y exhalando perfumes de celestial encanto.

Teresa hablaba despacio, en voz baja y sonriendo, en un idioma áspero que Amaro no entendía, moviendo sin cesar su abanico negro; y el jóven rubio que la escuchaba sentado, con los ojos levantados hácia ella, y una de las manos olvidada sobre las teclas de márfil del piano, atento, risueño, decía solo de vez en cuando como maquinalmente.

— *Yes, Yes.*

Era rubio, y su cabello anillado y lustroso, se dividía por en medio; tenía el perfil recto y un poco afeminado, aunque grave; el bigote negro, delgado y retorcido: llevaba un cuello alto, blanquísimo, dobladas las puntas y una corbata ampulosa de satin oscuro. Parecía airoso y vestía una ajustada levita azul con bolsillos sobre el pecho, de donde salía un pañuelo de seda con guarnicion escarlata.

— ¿Había mucha devocion en su parroquia, señor Amaro? preguntó en tanto la condesa.

— Mucha, señora. Aquella es gente muy sencilla.

— Solo en las aldeas se conserva aun la fé.

Y lamentando las costumbres de las ciudades y la tiranía del lujo, deseaba vivir siempre en

su quinta de Bemfica, rezar en su capillita modesta.....

El rapaz rechoncho dijo que preferia las iglesias suntuosas entre las que citó á la Magdalena y á San Roque, de París. No pedia soportar una fiesta religiosa sin buenos cantantes.

—En efecto el canto distrae, dijo Amaro.

Y á este propósito la condesa recordó la señora que habia cantado la Semana Santa en la fiesta de Pasion.

—La Ribeiro, tenia buena voz, pero mal educada.

—¿Se acuerda V. de aquel tenor.....? ¿Cómo se llamaba?..... á ver á ver..... ¿Vidalti..... sí, Vidalti, el Jueves Santo en los Inglesitos? ¡Qué *tantum ergo* aquel!

—Pues yo lo prefiero en el *Baile de Máscaras*.

—Segun, segun, primo.

En esto se levantó el jóven rubio: y al verlo Amaro de pié, esbelto, con mirada triste y algo sombría, los puños de la camisa blancos y lustrosos cayendo sobre los guantes claros, lo encontró como el tipo perfecto de una existencia en que los amores abrasan por vehementes y hacen que se vaya triste en el fondo de los cupés sobre la arena de los parques.

El jóven apretó la mano de la condesa, saludó sonriente y cuando se dirigia á la puerta con paso airoso, se le cayó un guante. Amaro se abalanzó precipitadamente, casi corriendo y se lo dió con genuflexiones de criado. El jóven se



sonrió y le dió las gracias. Tambien Teresa le dirigió una mirada de gratitud.

Amaro volvió á sentarse y Teresa, se acercó indolentemente á una ventana, tocó como distraída el follaje de los arbustos con suavidad, y cuando el cupé rodó ligero sobre el *mac-adan* lanzó por entre las entornadas puertas una mirada intensa, negra, vehemente, perseguidora y apoyó en los lábios su abanico.

Despues, arrancando una ramita, que enrolló en los dedos, se vino á sentar en una *canseusá* con un abandono que ponía de relieve sus contornos estatuarios.

A poco dijo con indolencia:

—¿Nos vamos, Juan?

—Cuando quieras, hija. Y el jovencito rechoncho continuó hablando á la condesa de una historia de cartas perdidas, en la que á cada momento mezclaba nombres aristocráticos.

—De manera que el baron lo puso en ridiculo. ¡Imagínese V.!

La condesa se dirigió á Teresa.

—¿Sabes que el padre Amaro casi se crió conmigo en Bemfica?

Amaro se puso encendido cuando vió que aquella mujer espléndida, vestida de negro, Teresa, posaba sobre él sus bellos ojos peninsulares de un negro húmedo y triste, como satin cubierto de agua.

—¿Vive V. ahora en provincia? le preguntó Teresa.

—Señora mia, sí; desde hace poco.

—¿En una aldea? agregó la jóven abriendo y cerrando indolentemente el abanico, recostada y con la barba sobre el pecho.

—En la sierra, respondió Amaro.

—Imagina tú, agregó la condesa, que hay allí siempre nieve y que la iglesia no tiene tejado: ¡una desgracia! Me he empeñado con Correa. Empéñate tú también.

—¿Para qué?

Entonces la condesa relató la pretension de Amaro, dijo que habia vacantes buenas parroquias y enlazó el recuerdo de su madre y el afecto que tuvo á su protegido.

—¡Se moria por él!

Amaro se enrojeció.

—¿Cómo era el nombre que á V. le daba? ¿No se acuerda? Era..... era.....

—No recuerdo, respondió Amaro sorprendido.

—¡Ah! ¡Ya!..... Fray *Calentúriente*. ¡Tiene gracia! ¡Como era V. entonces tan amarillo y estaba siempre en la capilla!.....

—¡Buenos tiempos! dijo Amaro.

—Dígame V. una cosa, señor Amaro, exclamó Teresa con voz perezosa y distraida, moviendo lentamente el abanico.

Amaro se inclinó hácia ella.

—Pues señor, se me fué..... No me acuerdo de lo que iba á decir.

La condesa insistió en que se empeñara con el ministro.

Teresa se incorporó, y dirigiendo la voz á la otra sala.

—¡Oh! señor Correa, dijo.

—Mucho cuidado, agregó la condesa. No se lo diga V. desde luego porque parecería combinación.

Y bajando la voz, agregó riéndose:

—Tendría mucha gracia decirle que el señor Amaro es ahora confesor de Luisa.

El jóven de las megillas rellenas soltó una aguda carcajada.

—De manera que el ministro.....

—Como siempre. Por su parte Luisa habla sin cesar de su alma, de la salvacion, del infierno, de Dios.

Teresa encogió los hombros.

—Así es que el pobre Correa me preguntó hace poco en Cintra muy formal: «¿quién es el confesor de esta señora?» ¡Ah! tendria mucha gracia decirle que lo era el padre Amaro.

—Conformes, dijo Teresa. ¡Oh, señor Correa! gritó.

—No lo llames todavía, no seas tonta; le interrumpió la condesa levantándose.

—De manera que Luisa..... agregó el jóven rechoncho.

—Lo ha atrapado sin duda. Y como Correa parece tan entregado á las devociones....

—Habla ella de las penas del purgatorio.

—No creo semejante cosa, interrumpió Teresa como escandalizada.

—Pues es cierto, así consiga yo la gloria. Vamos, no sabes los puntos que calza Luisa. Pero volvamos á nuestros negocios: dirás á Correa que el padre Amaro es el confesor de Luisa.

—¡Déjame ahora! exclamó Teresa fastidiada.

—Pues entonces..... agregó la condesa con seriedad.

Hubo un corto silencio.

—¡Ah! dijo Teresa volviéndose hácia su amiga. ¿Sabes á quién se parece este señor?

El jóven rechoncho lo miró con el lente.

—¿No se parece á aquel pianista del año pasado? continuó Teresa. Vaya no recuerdo el nombre.....

—¡Ah! sí..... dijo la condesa. Pero no es cabal la semejanza. Por ejemplo en el cabello.

—Es verdad, agregó Teresa: el otro no tenía corona.

Y se levantó con movimiento ondulante.

Amaro se sentia anonadado de humillacion.

Teresa se habia dirigido hácia el piano.

—¿Sabe V. música? preguntó al clérigo.

—Se enseña en el Seminario; dijo Amaro.

La jóven corrió su pálida mano sobre las teclas sonoras y tocó aquella frase del *Rigoletto*, estilo de Mozart que canta Francisco I despidiéndose de la señora de Crecy en el sarao del primer acto, frase cuyo desolado ritmo tiene la abandonada tristeza de los amores que acaban en el adulterio, porque es cadenciosa y espi-

rante como unos brazos trémulos que se desenlazan en suprema despedida.

Amaro estaba suspenso. Aquellos muelles asientos; la cancion apasionada, de una tristeza adúltera; los hombros de Teresa firmes y pálidos bajo la oscura transparencia de la gasa; sus largas trenzas, que debian ser al tacto pesadas y deliciosas: todo esto derramaba en los nervios de Amaro un contentamiento indefinible, comprimido y dulce; y se encontraba como el mendigo que prueba un dia la delicada crema y alarga el placer aspirando el olor de la vainilla y pensando que va á volver á los mendrugos secos y á la polvareda de los caminos.

Las notas del piano se iban amorteciendo tenuemente con la espirante melodía de un pecho amoroso que desmaya.

VII.

Un ministro entre dos hermosuras.

—Bravo, bravo, dijo el ministro de la Justicia apareciendo en la puerta con el sombrero en la mano. ¡Muy bien, muy bien! ¡delicioso!

—Tengo que pedir á V. una cosa, señor Correa, dijo Teresa levantándose y pasándose á la *causseuse*. Siéntese V. aquí.

El ministro se sentó con galante apresuramiento.

—¿De qué se trata, señora mia?

El conde y el estirado sugeto de las patillas espesas habian entrado tambien.

—Juana y yo tenemos que pedir á V. una gracia, agregó Teresa.

—Yo ya se la he pedido.

—¡Pero amigas mias, tan grave cosa es! dijo el ministro arrellenándose con las piernas algo

separadas y el ala del sombrero sobre una rodilla. Me dispongo á obedecer, ¡Dios mio!

—Está bien, dijo Teresa haciendo con la mano una señal de pausa. ¿Cuál es el mejor destino vacante?

—La mejor parroquia, tonta; interrumpió la condesa.

—¡Ah! La mejor parroquia es..... respondió el ministro mirando á Amaro que se encorvó enrojecido.

—¿Cuál es la mejor, señor Correa?

El hombre de las patillas que estaba de pié haciendo saltar con circunspeccion los colgantes de su cadena, se adelantó y dijo:

—La mejor vacante, es la de Leiria, capital del distrito y sede episcopal.

—¿Leiria? dijo Teresa. ¿Es donde hay unas ruinas?

—Un castillo, señora, edificado por Don Dionisio, respondió gravemente el hombre de las patillas.

—Justamente, dijo la condesa; Leiria me parece bien.

—¿Conviene á V. esta parroquia? preguntó Teresa á Amaro.

—Yo..... señora mia..... y miraba al ministro con ansiedad y miedo.

—Pero perdone V..... señora, dijo el ministro. Leiria es una ciudad populosa, sede episcopal..... Este señor es tan jóven.....

—Vamos, señor Correa, dijo Teresa con una

risita sonora y metálica. ¿No es V. jóven también?

—Ayuda tú, dijo la condesa á su marido que se reía.

—Yo digo que está derrotado el señor Correa, porque Teresa lo ha llamado jóven.

—¡Ah señor Correa, le han llamado á V. jóven! exclamó la condesa.

—¡Señor Correa le han llamado á V. jóven! agregó el jóven relleno con una risita aguda y nécia.

—Pero dispensen Vds. dijo el ministro: tampoco soy viejo.

—¡Oh desgraciado! ¿No te acuerdas de que ya conspirabas en 1845? gritó el conde.

—¡Cuando..... cuando.....! dijo el ministro perplejo.

—Está bien, señor Correa. Es usted jóven, un muchacho; pero ha de hacer usted lo que le pido.

—Pero señora; ¡si he prometido á Coello esa parroquia!

—¡Y qué le hemos de hacer! exclamó Teresa cruzando los brazos.

—Es verdad..... pero...

—Señor Correa, dijo la condesa: por mi parte desde ahora llamo al señor Amaro, párroco de Leiria.

—Está bien, me someto, dijo al fin el ministro con aire resignado. ¿Pero y la confirmacion?

—Eso lo arreglaré yo, dijo la condesa: e

Chantre de Leiria encargado del obispado, señor Valladares, es amigo mio.

—Está concluido, dijo Teresa.

—Conforme, agregó el ministro; aunque por medio de la tiranía.

— *Thank you*, dijo Teresa tendiéndole la mano.

—Amiga mia, la desconozco á V.

—Estoy muy contenta, replicó Teresa riendo.

—Pero de repente se tornó seria, miró al suelo distraida, se golpeó suavemente en el vestido de seda y levantándose con un movimiento brusco se fué á sentar al piano.

El ária del *Rigoletto* volvió á sonar otra vez en el teclado tristemente.

El conde se habia acercado á Amaro, que se levantó.

—Es negocio concluido, le dijo. Yo escribiré al Chantre, que es de mi confianza, y puede V. estar descuidado.

Amaro hizo una genuflexion, é inclinándose fué á decir á la Condesa:

—Doy á V. infinitas gracias, señora.

—Agradézcalo á Teresa, que segun parece quiere ganar indulgencias.

—Señora mia, dijo Amaro dirigiéndose á Teresa.

—Téngame presente en sus oraciones, señor padre Amaro, respondió la jóven.

Y continuó tocando aquella música melan-
cólica.

Amaro salió.

Una semana despues recibió su despacho; pero partía triste, porque no dejaba de la memoria aquella mañana que pasó en casa de la señora Condesa.

Siempre tenia delante de los ojos aquella mujer magnífica, Teresa, y sus brazos blancos cubiertos de gasa negra, y el jóven rubio que decía *yes*. Y le cantaba en el oido, como un coro de sensaciones amorosas, aquel ária tristísima de *Rigoletto*.

¡Sobre todo, los brazos, aquellos brazos de Teresa! Los veia desnudos, con la esplendidez de los mármoles, caidos á lo largo del cuerpo magnífico, destacándose sobre satin negro, que se arqueaban con movimientos blandos, suaves y tiernos y se enlazaban lentamente al cuello de aquel jóven rubio, pesados, amorosos, redondos, frescos, suaves al contacto como el barniz de una porcelana. Y veia tambien que el cuerpo del jóven desfallecía con una pesadez sublime en el letargo de un amor profundo como la muerte y que su seno se henchía de suspiros...

Una mañana partió para Santa Apolonia con un mozo que le llevaba el baul.

Venía la madrugada y azuleaba una claridad naciente y fría: la ciudad estaba silenciosa y bañada de pardo color. Las farolas se apagaban. De vez en cuando pasaba un carruaje estremeciendo el pavimento: las calles parecían

más anchas é interminables, todas desiertas: se veían algunos hombres con los cuellos del gaban levantados, de fisonomía amarillenta y fatigada, viniendo del juego ó de las casas públicas: los *saloyos* comenzaban á llegar montados en sus burros, balanceando las piernas cubiertas de altas botas enlodadas: en una ó en otra calle alguna voz aislada pregonaba los periódicos, y los mozos de los teatros corrían con el puchero del engrudo pegando los carteles en las esquinas.

Amaro iba triste. Sin saber por qué, le acudía la memoria de aquella vida, aún muerta, que debía despertar más tarde, al medio día, y alborotar con su ruido lleno de luz, de música, del rumor de besos, mientras él iría en un *wagon* de 2.^a clase, encogido en su capote, con el ojo en su maleta, solo, murmurando por lo bajo el precio de su billete.

Al volver una esquina un *coupé* con dos criados, de casaca blanca y sombrero de hule, casi lo derribó.

—¡Eh! gritó el cochero.

Y á la claridad naciente, Amaro creyó reconocer en el fondo del carruaje, envuelto en su paletot, con el sombrero caído sobre los ojos, y el cigarro encendido, al hermoso jóven rubio que en casa de la señora Condesa decía *yes*. Amaro quedó mirando el *coupé* que rodaba rápidamente. Y aquel hombre tan lindo, feliz en aquella hora de la madrugada, dióle idea de

una vida llena, amada, rica, lujosa; y lo veía enlazado estrechamente por aquellos dos brazos blancos cubiertos de gasa negra.

Entretanto clareaba; las golondrinas cantaban en los tejados, y al pié de Santa Apolonia el río se extendía blanco, inmóvil, cuajado, rizada la corriente, de color de acero sin brillo. La vela de alguna falúa pasaba silenciosa y lenta. Amaro iba repasando por lo bajo sus oraciones de la mañana.

VIII.

Las beatas se divierten.

Se hablaba al día siguiente con curiosidad en la población de la llegada del párroco nuevo, y todo el mundo sabía ya que había traído un baul de latón, que era delgado y que llamaba Padre Maestro al canónigo Díaz.

—¡Pero es tan joven! se murmuraba.

Porque, en fin, era una parroquia difícil en la sede misma del obispado.

—¡Nada menos que en Leiria! agregaban con orgullo ridículo.

Al contrario, otros hallaban peores los párrocos viejos, sin los ardores de la primera edad, torpes, con achaques y egoismos y exclusivamente ocupados de intrigas.

—Veremos, veremos; se decía en resúmen.

Las amigas de la San Juanera, sus antiguas relaciones, la señora doña María de la Asuncion

y la señora Gansozo habian ido por la mañana á su casa para *ponerse al corriente*. Eran las nueve: Amelia estaba aun con la redecilla de dormir en la cabeza, de chambra y en enaguas blancas. Un rayo de sol entraba por la ventana, y en el corral, alegres con la luz, cantaban los gallos. La San Juanera estaba radiante, limpiaba la loza, arreglaba el armario, todo con vivacidad, hablando de su párroco, de la dulzura de sus gestos, de la suavidad de su voz. Fué enseñando á sus amigas los arreglos que habia hecho, les dijo que habia cedido al párroco su propio cuarto, abajo, con el gabinete, y que ella dormia en el suelo en un colchon, junto á Amelia.

—Se dice que es hijo de una noble, dijo doña María de la Asuncion que descendia de un juez de provincia.

—¿Le conoce V.? dijo la San Juanera.

—Pero vengan acá, vengan ustedes acá abajo. Y fué á enseñarles la habitacion del párroco.

Amaro habia salido á las ocho con el canónigo Diaz.

—Está muy bien, muy bien, decian las viejas. Y recorrian el cuarto indolentemente como si estuvieran en un templo, hojeando el breviario y manoseando el sombrero alto, forrado de hule.

—¡Qué rica capa! dijo la señora doña Joaquina Gansozo, palpando el lienzo de las anchas

bandas que pendian á lo largo de la percha. Es prenda de un par de *libras*.

—¡Y buena ropa blanca! dijo la San Juanera levantando la tapa del baul. El grupo de las viejas se inclinó con admiracion.

—¡Oh! decian.

—Vean ustedes, pues, que sabe lo bastante para ser párroco, con ser tan jóven, dijo la señora doña María de la Asuncion.

—Pero la señora doña Joaquina Gansozo opinaba que solamente las cabezas calvas tienen gravedad católica.

—No diga eso, hija, exclamó doña María de la Asuncion; al que mas y al que menos le gusta siempre ver caras frescas.

—No sé la causa, pero durante misa, por ejemplo...

—Sí, y durante confesion: acercarse una y encontrar la gota del rapé, y la baba, como sucedia con el Raposo. De ninguna manera: Dios me mate con gente jóven.

—Jóven es él, dijo Amelia, y no mala figura. ¡Y unos ojos!

—Y sus cepillos de dientes, dijo la señora doña Joaquina Gansozo.

—¡Y polvos! ¡Y todo lo necesario! ¡Y todo lo necesario! Y besando á la San Juanera, la felicitaban, porque adquiria, hospedando al párroco, una autoridad inesperada, casi eclesiástica.

—Ustedes vendrán esta noche, dijo ella desde lo alto de la escalera.

—Sí, sí, y con un murmullo de voces cascadas, salieron, cruzando sus manteletas.

Al medio día fué el Sr. Libaniño, un beato, y subiendo á la carrera los escalones, gritaba con su atiplada voz:

—¡Oh! San Juanera.

—Suba V. Libaniño, suba V.

—Estaba preparando para la noche el reverbero grande de petróleo.

—Esto quiere decir que ha venido el señor párroco, dijo Libaniño con sacudimientos de cintura. ¡Qué tal, qué tal!

La San Juanera comenzó á glorificar al párroco nuevo. Hablaba de su juventud, de su poca barba, de su celo por los preceptos y de su semblante descolorido.

—¡Pobrecito, pobrecito! decia Libaniño con hipócrita admiracion.

Pero no podia detenerse porque iba para la oficina.

—Adios, hija, adios, dijo poniendo la mano en el hombro de la San Juanera. Estás cada vez mas gordita. Ayer recé la Salve Reina que me pediste, ingrata.

La criada entró.

—Adios, Russa. Estás delgadita: acércate á la señora madre de los hombres, hija.

Y apresurado, bullicioso, balanceándose, con un pequeño ronquido, bajó la escalera precipitadamente, gritando.

—¡Adios, adios, pequeñas!

Amaro, despues de comer en casa del canónigo Diaz, íué á pasear con él por la carretera de los Marrases. Estaba contento: el Sr. Chantre le habia golpeado en el hombro con afabilidad.

—Conocí mucho al señor conde de Riva-Mar en Oporto el 46, le dijo. Si señor, somos antiguos amigos. Yo era cura de S. Ildefonso: ¡vea pues! Y hablando de su tiempo contaba anécdotas, curiosidades eclesiásticas: recordó á Manuel Passos, paseando en la plaza Nueva, con su largo casaco pardo y su sombrero de alas anchas, diciendo: *ánimo, patriotas, ánimo: Xavier se anima*. Todos se habian reido.

—Esta imitacion me sale bien; agregaba con modestia.

La especialidad de su excelencia era imitar voces y el zumbido de las moscas.

Amaro comió bien en casa del canónigo Diaz, bebió vino de Oporto y habia sentido dilatar su vida, como en el túbio consuelo de un baño. La tarde era apacible: el paisaje se extendia en dilatados valles, y los pinares, saliendo de las colinas, se destacaban, atravesados de luz, en el aire claro: blanquecinas humaredas salian de los caseríos y se escuchaba el cencerreo del ganado que se recogía.

Amaro caminaba distraido, respirando ampliamente, con el cuerpo satisfecho, y decia mirando en torno:

—Pues, señores, me parece que me ha de ir bien aquí.

La gente volvía del trabajo: traían las mujeres sus grandes manojos de hierba; los hombres, con su chaqueta al hombro y el azadón á la espalda, pasaban dando las buenas tardes. Entretanto, en el convento de San Francisco, macizo y bajo, donde está la cárcel, se habían encendido ya las luces y una claridad macilenta y mortuoria salía por entre las rejas.

—Ya es hora de irnos acercando, dijo el canónigo Diaz.

Y volvieron callados, en la penumbra de la noche, hácia la casa de la San Juanera.

Eran las ocho. Todas las viejas amigas estaban ya en el corredor. Se había arrimado la mesa junto á la pared; un reverbero de petróleo alumbraba bajo un *abat-jour* con rosas verdes en relieve; y la línea de las sillas cubiertas de vestidos, corría en redor formando arco. Cerca de la luz Amelia cosía aislada.

Se había adornado la señora doña María de la Asuncion como para una fiesta: su *chinó*, de un rubio rojizo, aparecía sobre la cabeza arrugada, bajo el encaje de un *enfeite* negro, sus ojos azules colocados encima de una nariz aguda, delgada y saliente, se destacaban en su rostro de un blanco amarillento, como el marfil antiguo. Cuando reía enseñaba enormes dientes, clavados en las encías como uñas. Las manos gruesas calzadas con mitones de seda negra, relucían de anillos. La ancha cintura destacaba la tiesa rigidez del corsé, y una gruesa

cadena de oro, con pasadores labrados, caía, desde el broche que tenía al cuello, hasta el cinturón de seda negra con abalorios. Era viuda y rica, se decía noble, y tenía la costumbre de estar sorbiendo siempre por la nariz con un ruido inmundo.

—Aquí tiene V. al señor párroco nuevo, doña María, dijo la San Juanera.

Ella se levantó rígida, é hizo una cortesía, moviendo las caderas conmovida. Pero una perrita lanuda, que tenía enroscada en el extremo del vestido, perturbada en su sueño, gruñó, y la señora doña María de la Asunción dijo tocándola blandamente con el abanico:

—Quieta, amor mio, quieta.

—Estas son las señoras Gansozos, de quienes tendrá V. noticia, dijo al párroco la San Juanera.

Amaro cumplimentó tímidamente. Eran dos hermanas y pasaban por tener algún dinero, aunque acostumbraban á recibir huéspedes á 15.000 reis al mes. La mayor, doña Joaquina, era enjuta, con una frente enorme, ancha, abaulada, donde se extendían, arriba, las bandadas aplastadas de un cabello castaño; los ojos pequeños, vivos y encovachados, la nariz porrona y las quijadas aplastadas se acumulaban casi juntas, en un espacio pequeño, en la parte inferior del rostro. Rebutada en su chal, derecha, con los brazos cruzados, hablaba perpétuamente, con una voz dominante y aguda, diciendo su

parecer sobre todas las cosas. Decía mal de los hombres, y leía versos: últimamente se había dedicado á la iglesia; pero llevó á la devoción la impertinencia de discutir, porque era casuista, sutil, y leía libros de teología.

La hermana menor, doña Ana, era extremadamente sorda, nunca hablaba, y con los dedos cruzados sobre la falda y los ojos bajos, hacía girar tranquilamente los pulgares. Flaca, siempre con un vestido negro de rayas amarillas, al cuello una gola de armiño, solo de vez en cuando daba señales de su presencia con fuertes y agudos suspiros. Se decía que tenía una funesta pasión por el recaudador del correo. Todos la compadecían y admiraban su habilidad en recortar papeles para cajas de dulces.

Estaba allí también la hermana del canónigo Diaz, á la que llamaban la *castaña pilonga*. Enjuta, arrugada, huesosa, aguda, lívida, hablaba siempre con voz de sibila, y su temperamento áspero, intrigante, subterráneo, le daba maneras bruscas y un gran calor de palabra. Era beata indigesta.

—¿Ha paseado mucho el señor párroco? preguntó enderezándose.

—Fuimos casi hasta el fin de la carretera de los Marrases, dijo el canónigo sentándose pesadamente detrás de la San Juanera y sacudiendo el polvo de los zapatos con la punta de la capa.

—¿Y qué tal, señor párroco? dijo doña Joaquina Gansozo.

—Muy bien, señora.

Hablaron entonces de los paisajes de Leiria. La hermana del canónigo gustaba mucho del paseo junto al río y hasta había oído decir que no lo había igual en Lisboa; pero doña María de la Asunción prefería las alturas de la iglesia de la Encarnación.

—Se disfruta mucho desde allí, agregó pomposamente.

Entonces dijo Amelia:

—A mí me gusta el sitio que hay junto al puente, debajo de los sauces;—y cortando con los dientes el hilo de la costura:—¡es tan triste! agregó.

Amaro la miró. Tenía un vestido azul, que le modelaba el contorno redondo y dulce del seno; su garganta blanca, llena de luz, salía derecha, firme, suave, tierna, del cuello vuelto, blanco, que la rodeaba: la luz hacía que se destacasen sus labios rojos y frescos; con la respiración se agitaban las delgadas ventanillas de su nariz y el bozo señalaba en su labio una sombra sutil y dulce.

Hubo un corto silencio.

—¿Qué se habrá hecho del padre Brito? dijo doña María de la Asunción.

—Tal vez tenga la jaqueca el santo varón, observó piadosamente la hermana del canónigo.

Entonces un rapaz que silencioso estaba sentado junto al aparador, en frente de Amelia, dijo con voz simpática:

—Yo lo he visto á caballo hoy hácia la Barrosa.

—Hombre, exclamó con voz amarga la hermana del canónigo, es milagro que el señor haya reparado.

—¿Por qué? Señora mia, replicó el jóven riéndose y levantándose.

Era alto, todo vestido de negro, el cabello negro tambien y lustroso; y sobre su rostro blanco y un poco fatigado, se destacaba un bigote pequeño, negro y caido por las puntas, que acostumbraba á morder con los dientes.

—¡Y lo pregunta! exclamó la señora doña Joaquina Gansozo. ¡El señor, que ni le quita el sombrero!

—¿Yo?

—Si señor, continuaba aquella: ¡Ah! señor párroco; bien puede llamar á este señor, al señor Juan Eduardo, á buen camino.

—Pero me parece que yo no ando por el malo, dijo él riendo, con las manos en los bolsillos y mirando á Amelia á cada momento.

—¡Es una gracia! comenzó á decir con semblante afable la señora doña Joaquina Gansozo. Pues con lo que V. ha dicho hoy en casa, sobre la Santa de Arregana, no ha de ganar el cielo, no. Y se rió hostilmente.

—¡Está bien! gritó la hermana del canónigo, volviéndose para Juan Eduardo, que estaba detras; y descubrió, entre su toca negra y el vestido de lana oscuro, un cuello arrugado y

seco y el agudo perfil de su nariz. Vamos, ¿qué tiene el señor que decir de la Santa? ¿Cree quizás que es una impostora, eh?

—¡Jesús! dijo doña María de la Asuncion levantando las manos contra el pecho y fijándose en Juan Eduardo con espanto compasivo. ¿Pues había de decir eso? ¡Jesús!

—No, el señor Juan Eduardo—afirmó gravemente el canónigo, desdoblado su pañuelo colorado,—no es capaz de decir semejante cosa.

Amaro que estaba sentado junto á la mesa se inclinó, y con su voz pausada:

—¿Pero quién es esa persona? Soy recién venido.....

—¡Jesús! ¿Pues no ha oído hablar de esto vuestra señoría? preguntó con admiración doña María de la Asuncion.

—¡Oh, señores! exclamaba doña Josefa Diaz; pues si dicen que los diarios de Lisboa vienen llenos del particular.

—Es, con efecto, una cosa bien extraordinaria, ponderó el canónigo con entonación profunda.

La San Juanera suspendió la media, y quitándose las gafas:

—¡Ah! no puede V. imaginarse, señor párroco: es un milagro de los milagros.

—Sí lo es, sí lo es, dijeron los demás.

Todos callaron.

—Contadlo, dijo el párroco con curiosidad. Y miraba á los circunstantes.

Amelia cosía y la luz formaba en sus cabellos negros, reflejos metálicos y ásperos.

—Oiga, señor párroco; la Santa, principió á contar la señora doña Joaquina Gansozo irguiéndose con autoridad, es una mujer que hay en una parroquia próxima y que está en cama hace veinte años.....

—Veinte y cinco, interrumpió doña María de la Asuncion, tocándole con el abanico en el brazo.

—¿Veinte y cinco? Pues yo he oido decir veinte al señor chantre.

—Veinte y cinco, veinte y cinco, afirmaba la San Juanera y la hermana del canónigo.

—Está, hace veinte y cinco años, en cama, concluyó el canónigo.

—¡Buena es! dijo Amaro.

—Está paralítica completamente, señor párroco, dijo la hermana del canónigo con grandes gestos. Parece una almita de Dios, los bracitos son así, y mostraba el dedo pequeño. Para oirla es necesario poner la oreja encima de la boca.

—¡Como que se sustenta con la gracia de Dios! dijo lastimeramente doña Maria de la Asuncion. ¡Pobrecita. Con recordarlo la gente..!

Sus palabras indicaban una piedad plañidera.

Hubo entre las viejas un silencio conmovido. Oíase hervir allá dentro el chocolatero del té.

—Pero, ¿por qué está así...? dijo el párroco.

—Mire V., la causa es ésta; interrumpió Juan Eduardo impaciente. Los médicos dicen que padece una enfermedad nerviosa...

Estalló gran clamoreo, todos reclamaban, doña María de la Asuncion se habia persignado...

—Por amor de Dios, gritaba doña Josefa Diaz, no diga V. eso en mi presencia.

—Ni en la mia, señor Juan Eduardo, dijo la San Juanera despechada.

—¡Ay! ¡Ay! prorrumpe absorta doña María.

—El señor es un hombre sin religion, exclamó doña Josefa Diaz. Y volviéndose para el lado de Amelia, con voz acre y el cuerpo en una actitud hosti:—Yo no le daba mi hija. Sépalo.

Amelia se coloreó. El señor Juan Eduardo, colorado tambien, se inclinó sarcásticamente.

—Yo digo lo que dicen los médicos. Por lo demás, observe que no tengo pretensiones de casarme con V. señora doña Josefa, sépalo tambien.

Algunos rieron.

—¡Atrás, diablo! ¡mira la cruz! gritó ella.

Estaba colérica: la piel contraída, irritada, y presentíase la ira de sus ojos bajo las antiparras azules.

—Atrás, atrás, repeta.

—Pero ¿qué hace esa santa? preguntó el padre Amaro.

—Mire V., señor párroco, dijo doña Joaquina Gansozo, está en cama siempre: sabe oraciones para todo: la persona por quien ella reza tiene

la gracia del Señor, y la gente que á ella se arrima se cura de todos los males. Y despues, cuando comulga, comienza á subir, á subir, y queda con todo el cuerpo en el aire, con los ojos levantados al cielo, que causa terror.

En este momento dijo una voz á la puerta de la sala:

—Bueno, ¡viva la sociedad! Hoy está esto á las mil maravillas.

*El traductor
es
anual-*

IX.

Prosigue la misma materia.

Entró un jóven extremadamente alto, con chaqueta corta y el sombrero de alas anchas en la mano; amarillo de rostro, con las mejillas hundidas, rizadas las melenas y el bigote arqueado y torcido, haciendo mas visible la delgadez de la cara: cuando reia enseñaba una boca sombría, porque le faltaban casi todos los dientes de delante: sus ojos hundidos, con grandes ojeras, de una ternura imbécil, miraban siempre melancólicamente. Traia una guitarra y parecia pobre y mal lavado. Cumplimentaba riéndose y golpeando en el hombro de las viejas.

—¿Cómo vá? ¿Cómo vá? le preguntaron.

—Siempre con el dolor en el pecho y la tosecita... respondió con voz triste, sentándose.

Le aconsejaron que experimentase el aceite de hígado de bacalao.

—Un viaje á la Madera: eso sí que serviría, eso sí que serviría, dijo doña Joaquina Gansozo.

El se sonrió dolorosamente.

—¡Ya! decía, un pobre amanuense de administración con diez y ocho *veintens* por día, mujer y cuatro hijos.

—¡Y cómo está ella, la Juanita?

—Pobrecilla, así va. Tiene salud á Dios gracias. Gruesa, robusta, siempre con buen apetito. En cuanto á los pequeños, los dos mayores están malos: además, ha caído también ahora en cama la criada. ¡Es el dianche! Y encogía los hombros.

La señora doña Joaquina Gansozo refería por lo bajo al párroco, que aquel jóven, Arturo Conceiro, tenía mucha gracia y una voz hermosa. Era la mejor de la ciudad para canciones.

La Russa había entrado con el té: se arrastraban las sillas.

—Acérquense, acérquense, decía la San Juana llenando la taza desde alto con gran ruido. Se agitaban junto á la mesa. Arturo ofrecía azúcar con su gracejo de siempre, sonriéndose.

—Si está agrio échenle mas sal.

Las viejas sorbian pequeñas gotas en los platicillos, y de vez en cuando limpiaban con los pañuelos que tenían en la falda los bordes de la boca, relucientes con la manteca.

—Aquí hay unos dulcecillos muy frescos, dijo la San Juanera.

Cada cual se servía, y ponía el dulce al lado de la taza, sobre la servilleta, guardándolo para el fin como lo más regalado. La señora doña Joaquina Gansozo se había reservado dos en el bolsillo para su ahijadito. Doña María de la Asuncion los dió á probar á la perra.

Se oían sorbidos récios y la masticacion húmeda y rumiada de las desdentadas mandíbulas. Y con regüeldos ligeros, cada uno hacía la silla un poco atrás, sacudiendo de la falda las migas de pan y recostándose. Cruzados los brazos, se limpiaban los dientes con la lengua, ó arremangados los lábios se sacaban con las uñas pedacitos de pan.

Cuando iba el Sr. Arturo, solía cantar después del té. Se había abierto el viejo piano, y una vela alumbraba el antiguo cuaderno de música, enteramente amarillo, copiado á mano.

La San Juanera fué á buscar una almohada para que Amelia estuviese más alta al piano; y esta, un poco encorvada, sonriéndose y murmurando con cierto mimo, corrió sobre el desgastado teclado sus dedos ineptos.

Entonces Arturo, después de haber conferenciado con Amelia por lo bajo sobre el compás, con entonacion temblorosa levantó su voz arrastrada de una ternura enfática, desolada y ligeramente nasal:

«Adios, ángel mio, voy á partir sin tí.»

Era una canción de los románticos tiempos del 51: el ¡Adios! Hablaba de la suprema despedida, de los bosques, cuando el otoño palidece y deshoja, de la muerte, de los corazones descreídos, de los hombres solitarios y malditos, que inspiran un amor funesto, y de la tumba olvidada en remotos valles.

—¡Muy bonito, muy bonito!

Y la melodía, ardiente y vulgar, desmayada, con vehemencia infeliz, llevaba la letra poética como la ondulacion de la marea lleva los destrozos de un barco.

Arturo cantaba poseído, vaga la mirada, y en los intervalos, durante el acompañamiento, sonreía á todos lados, dejando ver en su boca llena de sombras los restos de los podridos dientes. Russa reía en la puerta, pasmada. El padre Amaro, junto á la ventana, veía á Amelia de perfil y la miraba instintivamente embebido en aquella música: el perfil delicado de la jóven recibía de la opuesta luz una línea luminosa; se destacaba armoniosamente la curva de su pecho y él veía sus párpados, con grandes pestañas, que subían y bajaban del teclado á la música, con movimiento dulce, y los bordes de su boca bañados de una sombrita lasciva.

A veces vacilaba Amelia, suspendía un instante el acompañamiento y pestañeando se afirmaba con la cabeza extendida. Había entonces un breve silencio y se oía allá la angustiosa tos de la idiota, y ciertos gemidos.

Pero el acompañamiento volvía á sonar y los versos sentimentales iban derramando la sonoridad de las rimas.

Cuando se levantó Amelia todos elogiaron su talento, y Amaro, conmovido, desde una de las ventanas la siguió con los ojos.

Vestía un traje de lana azul, ceñido, que dejaba ver la redondez de sus brazos y el contorno de su garganta.

Llegó la hora de la lotería y cada cual tomó sus cartones; rodeáronse á la mesa y principió el ruido de los números en el saquillo.

—Aquí tiene V. un sitio, señor párraco, dijo Amelia. Era á su lado. Amaro vaciló, pero el sitio estaba abierto, y un poco turbado vino á introducir su silla junto á Amelia que aplastaba el almidon del vestido.

Solo Juan Eduardo habia quedado en pié. Recostado en la ventana, desplegabá la cortina; la claridad de la luna blanqueaba, el cielo y la línea negra de las casas se destacaba bruscamente. Se sentía algo triste: descontento, pues se le figuraba que la atención de Amelia era artificial, y viéndose solo, de pié, excluido de la mesa, pensó en que esto era una representación de su destino.

Era hijo de un antiguo empleado del gobierno civil. Cuando murió su padre, se encontró solo con una hermana, sin amparo, sin empleo, teniendo que vender los muebles de la sala y los últimos cubiertos de plata. Pero tuvo energía.

Se colocó de escribiente en casa del escribano Palcao; y su hermana, casi siempre enferma, entró por intervencion de un antiguo amigo de la familia en el asilo de Jesús; destino melancólico, pero cómodo. Juan Eduardo era un joven sério, casto y digno. De dia trabajaba en la oficina con unos manguitos de brillantina, para no rozar su gaban; y de noche estudiaba la flauta en su cuarto, sólo porque tenia flaquezas de temperamento que le consolaba la música.

Se decía que componia versos, pero sus palabras eran simples y sus aspiraciones triviales. Por lo demás, amaba á Amelia mucho, profundamente, como su único destino.

La veia desde la ventana, junto á Amaro atenta al juego, inclinada sobre los cartones, y como era la mesa estrecha, la manga azul de su vestido rozaba á veces con el brazo del clérigo. Reinaba silencio y el canónigo decía los números con voz soñolienta, agitando de vez en cuando el saquillo. D.^a Ana Gansozo, que no jugaba, dormia y con la boca entreabierta roncaba ligeramente.

A veces, en el silencio, se levantaba una voz monotoná.

—¡Hace falta el 36! Menee esos números, señor canónigo.

Con el *abat-jour* quedaban todas las cabezas en la sombra y caia una luz intensa sobre la mesa, donde se destacaban los cartones enteramente ennegrecidos con el uso y las manos

secas de las viejas, encorvadas con el deseo de la ganancia. Sobre el piano abierto se derretía la vela con una llama viva y rogiza.

—¿No juega V., Sr. Juan Eduardo? dijo Amelia mirándole.

—¿Donde está?

Salió Juan Eduardo de la sombra de la ventana.

—Tome V. este carton, ande, juegue.

—Y recoja las entradas, ya que está de pié, agregó la San Juanera.

Juan Eduardo dió la vuelta con el platillo de porcelana, pero á lo último le faltaban diez reis.

—Yo pagué, yo pagué, decian todos.

El escribiente habia visto que la hermana del canónigo no tocó á su dinero.

—¡Ah! Sí, dijo al fin ella sonriéndose, se me olvidó.

Y por lo bajo agregaba á su vecina D.^a María de la Asuncion:

—Quería ver si se le escapaba al pícaro. Esta gente que no tiene religion tampoco tiene escrúpulos.

La otra vieja aprobó.

—Solo el señor párroco no tiene fortuna, dijeron.

Amaro se sonrió, estaba algo distraido. Sentia el calor del cuerpo de Amelia y además un cierto olor femenino que no conocia. Tenia Amelia el vestido ligeramente descotado: en lo alto

del seno y sobre la piel blanca, de suaves tintas, se destacaba una cruz de azabache.

A veces Amaro no se acordaba de marcar y ella decia sonriéndose:

—¡Que se le ha olvidado apuntar!

Habian apostado dos ternos: ganó ella y todos rieron.

Faltó despues á ambos para hacer lotería el número 36.

Los demás repararon en esto.

—Vamos á ver si ganan los dos, dijo doña María de la Asuncion con su risa, retraida en que se destacaban los grandes dientes.

Pero el 36 no salia. Habia otras cuaternas en los cartones próximos. Amelia recelaba que hiciese lotería la señora Gansozo; Amaro, que tenia dos cuaternas, reia interesado.

El canónigo sacaba los números lentamente.

—Ande, ande; le decian. Todos estaban atentos.

Amelia inclinada, con los ojos vivos, animados, encendida, esperaba.

—No sé lo que daría porque saliese el 36.

—¡Treinta y seis! cantó el canónigo.

—¡Hicimos lotería! exclamó la jóven triunfante, riendo y colorada como una amapola. Y tomando el carton del párroco, mostraba los dos, orgullosa, para confrontar.

—Dios os bendiga, dijo el canónigo riendo y vaciándole el plato lleno de monedas de diez reis. Los demás reian tambien.

—Parece milagro, decia doña María de la Asuncion con su voz pausada.

Entretanto habian dado las once. Las viejas principiaron á rebujarse en los pañolones y algunas se asomaban á la ventana para ver cómo estaba la noche: cada cual contaba sus ganancias. Amelia sentada al piano, corria los dedos sobre las teclas, rápidamente, nerviosa.

—¿Vienes acá, mañana? dijo en voz baja y sin levantar los ojos á Juan Eduardo.

—No; respondió él secamente.

Ella prosiguió hiriendo las teclas con impaciencia; pero la Sra. D.^a Josefa Diaz, abrigada con un pañolon rameado por la cabeza, vino y la besó.

Russa alumbraba. El murmullo de las voces llenaba las escaleras y al bajar se repetian los *adios*. El Sr. Arturo arpeggiaba en la guitarra, tarareando el *Descreido*.

En la calle ya, en la puerta, se oian aun las voces que se despedian y hablaban de la noche, y el susurro de la guitarra, y los chanclos del criado que habia traído las linternas, golpeando en el pavimento.

X.

El fuego junto á la estopa.

Amaro se retiró á su habitacion fatigado, confuso, y aun levemente arrepentido porque habiendo llegado la víspera, ya habia pasado una noche jugando á la lotería, oyendo música, riendo y en contacto con mujeres.

—¡Malo, malo! exclamaba.

Debia pasar sus horas rezando, en lecturas cristianas ó en consuelos. Pero el canónigo, su maestro de moral, habia estado tambien allí, como en una situacion natural y legítima. Luego la vida eclesiástica no era la áspera supresion del placer.

—Está claro, está claro, murmuraba.

Y recordando las fisonomías de las viejas, sus dientes podridos, encontraba á Amelia muy atractiva y *buena muchacha*. Parado en el

cuarto, fijos los ojos en la luz, veía su peinado, sus manos pequeñas, con los dedos algo trigueños picados de aguja, y sobre todo veía también la suavidad de su cutis al lado del cuello, debajo de la oreja. Oyó las doce y no había rezado todavía. Se quitó la levita rápidamente y abrió el breviario.

—¡Buena está! exclamó.

No había agua en el cuarto y teniendo costumbre de beber de noche, no podía quedarse sin un vaso á la cabecera.

Pensó llamar á la criada; pero estaría acostada seguramente, porque no se oía ruido. Se acordó de que el cántaro estaba en el comedor con un vasito azul vidriado encima del tapon de barro. Entonces se calzó las babuchas, tomó la palmatoria y subió despacio.

Había luz en el comedor.

La cortina estaba corrida, la levantó, pero se detuvo porque sonó dentro un pequeño grito. Vió en este momento á Amelia en camisa y enaguas blancas, que de pié, junto á la luz, estaba repasando unas botinas.

¡Huyó la jóven corriendo para el cuarto mientras él quedó inmóvil, abstraído, con sudor á raíz de los cabellos.

¡Podría ofenderse! ¡lo expulsaría! oiría palabras de indignacion al través de la cortina que aún se balanceaba agitada! Pero la voz de Amelia tranquila preguntó:

—¿Qué quiere V., señor párroco?

—Venia á buscar agua, respondió con voz trémula y seca la boca.

—¡Aquella Russa! ¡Aquella descuidada! Perdone V., señor párroco, perdone V. Ahí está el cántaro junto á la mesa. ¿Lo encontró?

—Lo encontré, lo encontré.

Y bajó despacio; le temblaba el vaso lleno y le corria el agua por los dedos abajo.

Soltó la palmatoria, y quedó mirando la luz junto á la mesa. Con los dedos enrrollaba maquinalmente la estearina reblandecida.

La jóven estaba en camisa; no la vió con detencion... pero vió, si, algo que blanqueaba vagamente... un hombro, un brazo, la camisa cayéndose, un poco escotada y con una randa estrecha.

Se distinguia la redondez firme, llena, del seno...

Y con los ojos fijos, dilatada la nariz, Amaro se sentia aturdido y como caer y perderse en alguna cosa insondable, deliciosa y terrible.

Se acostó sin rezar, se tapó, y cuando se quedó dormido cantaban ya los gallos.

Amelia, arriba en su cuarto, tampoco dormía. Habia apagado la luz, y de espaldas, con las manos cruzadas por detrás de la cabeza, se entregaba á viva concentracion de ideas, memorias, planes y sensaciones.

El cuarto era pequeño: su madre habia cedido á Amaro la habitacion de abajo y dormia junto á ella en un colchon en el suelo, sobre un

ancho cojin, colocado en unas esteras..... Encima de la cómoda, dentro de una palangana, estaba la lamparilla de noche, y á su luz monotoná y velada, relucía un lado del espejo con tintas metálicas.

El cuarto de la idiota estaba cerca, y detrás de la puerta cerrada, Amelia oía su acatarrado ronquido y la fuerte tos que la atacaba durmiendo, y que terminaba en un jadear prolongado y con cansancios. La lamparilla se extinguía y estaba el cuarto en una penumbra ahogada y espesa. Se destacaban las enaguas blancas caidas en el suelo; el espejo despedía un vago resplandor lívido, y la San Juanera, con su pañuelo blanco en la cabeza, hacia un gran bulto en la cama.

Pequeño era el cuarto, y con la respiracion el aire se espesaba: estaba esparcido un vago olor de pavesa de aceite: los muebles, las ropas, las enaguas y vestidos colgados producían calor y ahogaban.

Amelia no podía dormir. Su madre roncaba junto á ella. La jóven miraba distraida un resplandor redondo que temblaba violentamente en el techo encima de la lamparilla. El gato, que algunas veces se quedaba en la habitacion, andaba con pisadas lentas y fofas, y dejaba ver en la oscuridad del suelo sus ojos brillantes con un resplandor fosfórico y verdoso.

En tanto, en la casa vecina, un niño lloraba sin cesar, y se sentía á la madre mecer la gi-

miente cuna, cantándole bajo, y con pausa, una tonada triste, doliente, llorosa.

—¡Duerme, duerme niño mio!—y en los intervalos del canto, el ruido acompasado del movimiento de la cuna, era sumamente triste.

Amelia conocía aquel canto como un ruido solitario, recuerdo de su infancia. Cuando tenía siete años oía á su madre cantar aquella música en las largas noches del invierno á su hermanito Juan, que había muerto de sarampion, teniendo un año.

Ella dormía al pié de la cuna del niño, y cuando escuchaba aquella música lenta, escondía la cabeza bajo la ropa, sintiendo dentro abundantes lágrimas y la necesidad de dejar el mundo y perderse en aquella tristeza insondable que la dominaba. Porque desde pequeña, había sido de temperamento impresionable, sensual, pronta á las lágrimas, débil y de corazón asustadizo, como pájaro en cautiverio.

XI.

Infancia de Amelia.

Se acordaba bien; vivían entónces en otra casa, y la ventana de su cuarto caía á un jardín: hasta ella llegaba un limonero, y á veces su madre colgaba de las ramas resplandecientes y metálicas los pañales de Juan para secarlos al sol.

No había conocido á su padre; pero su madre le había dicho que fué militar y que murió jóven: le elogiaba su hermosa figura vestida con el uniforme.

En aquel tiempo vivía la madre sola con sus dos hijos y una criada, Asuncion, que Amelia conservaba en la memoria, con el pañuelo de la cabeza siempre hasta la boca tapando la barba; y las enaguas de coco, recogidas, sugetas por detras, dejando ver el refajo de lana encarnada de Aveiro; era hija de un *marnoto*.

A los ocho años fué Amelia al colegio. La maestra era una viejecita redonda y gruesa, con boca de pez, en cuyo borde había un lunar peludo: tenía la mirada recelosa, la barba partida, y un pañuelo blanco cruzado sobre el pecho. Era soltera y se había educado en un convento.

Amelia se deleitaba oyéndola contar las largas y pintorescas historias del claustro, la maestra con sus espejuelos redondos corría junto á la ventana, y empujando con agilidad la aguja recordaba el convento, sus terrores, sus encantos, y lo terrible y extraordinario que era ver la claridad de la luna al anochecer extenderse con lentitud en el silencio de los espacios corredores; el miedo que de noche causaba la lámpara que había frente á un Cristo de madera en el fondo del dormitorio; la terquedad de la secretaria, siempre con el dedo en la nariz, ó escarvando los dientes picados, y que golpeaba á cada momento con su ancho pié en las losas, dejando oír su voz aguda y vehemente: la madre tornera, dormilona, perezosa y pacata, con una pronunciación gallega, trocando la V, con la B y diciendo á cada instante, *baya, baya*.

Describía á la maestra de canto llano, admiradora de Bocage, con su pescuezo enjuto y un manojo de músculos, relatando sus noblezas, como descendiente de los Tavoras, y contando minuciosamente la ejecución de aquella familia

en Bølen, y no se olvidaba de que el hijo mayor, jóven, rubio, tenia unas medias de seda, color de perla, que valian dos *piezas*.

Contaba despues las leyendas amorosas del convento, de una monja que huyó saltando la cerca con una escala de cuerda; de otra que murió de amor y cuya alma recorría aun en ciertas noches los corredores, lanzando gemidos dolorosos y llamando: *¡Augusto, Augusto!*; de otra que se volvió loca y tomando á Cristo por su difunto amante, estuvo largo tiempo al pié de la cruz dirigiendo al Crucificado palabras de amor profano y mirándolo fijamente durante horas en una contemplacion imponderable y lúgubre.

Amelia escuchaba aquellas historias sorprendida y comenzó á sentirse agitada: le acometian calambres y entorpecimientos. Desde entonces comenzó á inclinarse á las cosas de la iglesia. Hasta los 14 años aquel sentimiento creció en su pecho penetrando y formando su carácter; así como una flor se abre dentro de un vaso y lo llena.

La casa de su madre era frecuentada por eclesiásticos. El señor chantre Valladares, hombre viejo y robusto, que soplabá al subir la escalera y que tenia una perrita lanuda y una voz delgadita y nasal, venia diariamente. Era el amigo de la casa. Amelia lo llamaba *padriño*. Venia siempre por la mañana cuando ella iba para el colegio, se quedaba, y algunas ve-

ces, cuando volvía para comer, lo encontraba allí todavía, con la sotana desabrochada dejando ver el largo chaleco de terciopelo negro. El manteo estaba colgado en la percha, teniendo encima el bonete.

El chantre le hacía preguntas sobre las lecciones, sobre el catecismo, la tabla y los verbos. Ella iba después al cuarto de su madre á dejar los libros y el sombrero: se quitaba las botinas, y se calzaba unas viejas botas de su madre, ladeadas. Entonces reparaba en la cama dos almohadillas: una era de su madre, pero y la otra...? Un día preguntó por qué había dos cabecezas.

—¿Qué tienes que ver con eso, chismosa? No te metas donde no te llamen!

Pero el chantre dió una carcajada estrepitosa, la llamó y colocándola entre las rodillas.

—Con que hay bastante con una almohada...! ¡Está buena, está buena! Y reía enrojecido.

Amelia se acordaba bien del chantre: le parecía que lo estaba viendo, con su barba récia, bien raída, la cara azulada, y con grandes orejas, con dos mechones de pelo entrecano. La madre cosía cerca y estaba aquel día con una flor escarlata en el cabello: su hermanito roncaba sobre un montón de ropa.

No se le podía olvidar el lance de la almohada y sentía placer y como tranquilidad recordando aque llos tiempos.

Se acordaba también de las grandes devo-

ciones que la dominaban. Su madre la obligaba á rezar las tercias por la mañana y por la noche. La criada venia y monotonamente con voz perezosa y soñolienta, á la moribunda luz del reverbero, iba recitanndo el Ave-María. La criada bostezaba, y Amelia soñolienta, cabeceaba repitiendo *ora pro nobis, ora pro nobis*, y cuando quería despabilarse, abriendo mucho los ojos, veia en la pared la sombra de su madre, de perfil, con una nariz enorme que se prolongaba fantásticamente.

A la prima noche el chantre volvia, y venian despues el padre Valiente, el canónigo Cruz y un viejecito calvo, de perfil puntiagudo y cortante, con antiparras azules, que habia sido fraile franciscano y á quien llamaban fray Andres. Venian tambien las amigas de su madre. Doña María de la Asuncion y las Gansozos, que traian sus medias. Algunas veces tambien venia un capitan de cazadores, Conceiro, rubio, alto, delgado, con un gran baston de caña de Indias y los dedos ennegrecidos del cigarro. El asistente le traia la guitarra.

Pero á las nueve la mandaban á acostar: por las rendijas del cuarto veia la luz y oia de cuando en cuando grandes risotadas. Callábanse despues, y el capitan, tocando la guitarra, cantaba á media voz el *guerrillero y la vivandera*. Amelia se sentaba en la cama y los estaba escuchando hasta que los oia bajar la escalera con gran ruido y así que llegaban á la ac-

lle se pronlogaba el rumor sonoramente. Quedaba despues su madre reuniendo los cartones de la lotería, mientras que la criada se despertaba aturdida de su sueño junto al brasero de la cocina, arreglaba las sillas empujándolas, pesadamente. Despues la madre le daba las órdenes para la compra del otro dia; bostezando y aflojándose mientras el vestido.

De este modo vivió siempre entre eclesiásticos. El padre Valiente, su mejor amigo, era extremadamente gordo, con un birrete de seda y tenia las manos gruesas, fofas, blandas morenas, y con pequeñas uñas. Sentia asco cuando le pasaba la mano por la cara, despacito, con un contacto húmedo y grasiento. Hablaba bajo, y al venir por la noche traian el plato de las tostadas y no podia quitar Amelia los ojos del padre Valiente, que comia con la cabeza encima de la taza y chupándose los dedos, mientras la manteca le goteaba de los lábios. La llamaba siempre, y le agradaba tenerla entre las rodillas, retorciéndola distraidamente la oreja y ahogándola con su aliento impregnado de tabaco.

El canónigo Cruz era mas simpático á Amelia con su fisonomía enjuta, delgada, el cabello blanco, la gola aseada, y relucientes las hebillas de los zapatos. Al entrar le tomaba el paraguas para ponerlo en un ricon. El canónigo Cruz andaba muy despacio; era ceremonioso, y al hablar destacaba las ss. Era muy respetado;

y todos así que entraba se ponian de pié. «Pronto será obispo» decian hablando de él.

Contaba anécdotas de Lisboa, y hablaba de marquesas.

Amelia lo consideraba extraordinariamente y dijo un dia «que habia de ser un lindo obispo.» Todos celebraron la ocurrencia; y cuando repitieron la expresion al canónigo Cruz, la dió un beso galantemente en la mano, que la habia conmovido; y como se sintiera orgullosa, no quiso lavarse en mucho tiempo el sitio del beso.

De este modo vivió siempre en una atmósfera eclesiástica. Le habian enseñado el catecismo, la doctrina, y le hablaban de los castigos del cielo; de tal suerte, que Dios se le aparecia como un ser bárbaro y violento; que da el dolor y la muerte, y al que es necesario ablandar con rezos y ayunos, oyendo novenas, amando á los curas y al Santísimo, rezando las tercias y oyendo sermones. Por esta razon era rígida y escrupulosa; y á veces, al acostarse, sentia remordimientos por habersele olvidado una *salve-reina*, y hacia penitencia por temor de que Dios le mandara calenturas, ó hiciera que se resbalase y se cayese en la escalera.

Por aquel tiempo principió á recibir lecciones de música. Su madre tenia en un rincon del comedor un piano viejísimo, cubierto con un paño verde, desafinado, inútil, que servia de aparador y tenia encima un rintero de platos y bote-

llas. Amelia tenia una voz casta, fina, fresca, y las amigas de la madre dijeronle: «Tu tienes ahí un piano; ¿por qué no mandas enseñar á la muchacha?... Siempre es un adorno... á veces suele servir de mucho.» El chantre era del mismo parecer y le agradaba la idea de tener mas tarde quien le tocase el piano despues de la comida, cuando se recreaba en la ventana con el puro en la boca, en el sopor espeso de la digestion.

El chantre conocia á un maestro, antiguo organista de la catedral en Evora; un viudo infeliz, cuya hija única se habia escapado con un alferéz á Lisboa sin que se supiera mas de ella: una vez le dijo un negociante de Leiria que la habia encontrado con vestido hueco, cocas postizas, *garibaldina* roja y echada de bruces en un balcon con persianas.

El anciano vino á una gran miseria y por lástima lo habian colocado en el archivo del convento de la Encarnacion. Amelia simpatizó con él desde luego que vió su figura alta, seca y encorvada, sus largos cabellos blancos y su boca desdentada. Vestía casaca verdosa, corbata de seda agrietada, que descubria su interior de papel, y un capote corto, color de vino, que se le unia á la cintura con un ceñidor de terciopelo negro. Le llamaban el tio Cigüeña por su elevada estatura, su delgadez y su aire melancólico y solitario. Un dia lo llamó Amelia tio Cigüeña maquinalmente, pero recapacitó y que-

dó turbada, con los ojos bajos y en actitud de vergüenza.

El viejo se sonrió.

—¡Ay! llámame, niña mia, llámame tío Cigüeña. ¡Qué tiene eso de raro! Yo soy cigüeña y bien cigüeña.

Era entonces por el invierno, cuando los días lluviosos y la áspera estación oprimen á los pobres. Se veían aquel año familias hambrientas que iban á pedir pan al ayuntamiento. El tío Cigüeña venía siempre al mediodía: chorreaba su paraguas azul dejando un reguero en la escalera: traía el capote empapado, y cuando se sentaba, escondía, con vergüenza de viejo, las encharcadas botas con la suela abierta. Sentíale Amelia las manos yertas y se quejaba el viejo de que el frío le impedía dar lección, herir con precisión el teclado, y que además no le dejaba escribir en el archivo: «se me embotan las manos,—decía—en fin, Dios sabe lo que se hace.» Pero cuando Amelia le entregó el precio de las lecciones de la primera semana, en un papel, vino el anciano muy contento al otro día, trayendo en las manos unos gruesos guantes de lana.

—Ah! tío Cigüeña, que frío ha tenido V. hoy!

—No he tenido, frío si no tu dinero, niña mia. Ya compré estos guantes; ahora voy á juntar para unas medias de lana: ¡Dios la bendiga, niña mia; Dios la bendiga, pobrecita!

Y se le habian arrasado los ojos en lágrimas.

Hacia ya confidencias á Amelia, le contaba sus necesidades y la larga prueba porque habia pasado. Evocaba la triste memoria de su hija y sus triunfos en la catedral de Evora, cuando tocaba el solemne *Te-Deum* delante del señor arzobispo con su vistosa sobrepelliz escarlata.

Amelia no se olvidó de las medias de lana del tío Cigüeña y le pidió unas al chantre.

—¡Buena está! ¿para quién? ¿para tí....?

—Para mi, si señor.

—No haga V. caso, pero démelas V. ¿si? Y arrojándole los brazos al cuello comenzó á rozarle su carita mimosa por la barba, llamándole tiernamente, *querido amiguito*.

—¡Qué sirena! decia el chantre riendo ¡qué esperanzas! ha de ser el diablo... Pues sí, toma! Y le dió *dos pintos* para unas medias de lana.

Al dia siguiente las tenia liadas en un papel con un letrero que decia en letras garrafales y tuertas: «A mi buen amigo tío Cigüeña, su discípula.»

El tío Cigüeña experimentó una gran alegría al tener sus medias de lana. Como ordinariamente venia á las diez, habia aún en el aparador restos del almuerzo, pedazos de pan con manteca, y si el chantre comia en casa de la San Juanera quedaba carne de membrillo, alguna media copa de licor y queso de la sierra.

Amelia habia observado muchas veces que el tío Cigüeña miraba durante la leccion al aparador

dor: un dia lo vió mas amarillo, mas chupado.

—¿Qué ha almorzado hoy, tio Cigüeña? le dijo de repente. Pero luego, para enmendar la pregunta, agregó.

—¿Cuánto le dan en el archivo?

El anciano se enrojeció.

—Niña... ¿qué me han de dar? Una bagatela... Cuatro *vintens* por dia. Pero agregan á veces alguna cosa... hortalizas, coles, frutas.

—¿Y le alcanzan cuatro *vintens*?

—¡Vaya! cómo han de alcanzar para almuerzo... comida, ropa limpia... que siempre cuestan aunque sea poco.

Callóse Amelia y continuó batiendo el teclado; mas de repente se levantó, fué al armario y trajo un platito de carne de membrillo.

—¡Estoy con una hambre, tio Cigüeña! Este no respondió. Amelia puso la mermelada y pan sobre el piano.

—¡Vamos á hacer una merienda, tio Cigüeña!

—¡Ah! yo no, niña; gracias!

—¡Malo! entonces, tampoco quiero yo: un bocadito no mas...

Y cortó con el cuchillo una lasca de carne de membrillo dura, blanca, bien seca y la levantó en el aire.

—A ¡uí vá para el tio Cigüeña. ¡Vamos, abra V. la boca!

—¡Déjame, niña!....

—¡Malo, malo! Entonces vamos á reñir. Y riéndose obligó al viejo á comer.

—¡Vaya, vaya! Y levantándose paso á paso, llenó una copa de vino: y poniéndose el dedo en la boca: ¡chito, ni resollar! Quien manda aquí, soy yo.

Bebió el anciano satisfecho. Pero se oyeron los pasos de la madre, y Amelia, tomando una actitud grave, comenzó á solfear alto con aire de atencion y de celo.

De esta manera se estableció intimidad entre Amelia y el maestro de piano.

Cuando entraba le cogia el sombrero; si llovía, quitábale el capote; siempre tenia alguna golosina para él y concluyó por inclinar á su madre á que le diese de almorzar los dias de leccion. Le habia arreglado un casaco de paño, del chantre; y de este modo cercaba á aquel viejo infeliz de bienestar y de consuelos. El tio Cigüeña, que vivia en la concentracion del aislamiento, comenzaba á hallar en Amelia un afecto inexperado que admitia como una comodidad. Encontraba en la jóven aquel elemento femenino que aman los ancianos, cariñoso, suave, delicado; ella era la única admiradora de su música y la encontraba siempre atenta á los recuerdos elesiásticos de la vieja catedral de Evora. El anciano amaba á Evora; y al oir hablar de edificios, de procesiones ó de fiestas religiosas, exclamaba siempre: ¡Para eso Evora! ¡En Evora si que eso es bueno!

Entretanto Amelia se aplicaba al piano como la mas buena y delicada ocupacion de su vida

tocaba ya una contradanza y árias de los compositores antiguos. Doña María de la Asuncion extrañaba que el maestro no la enseñase el *Trovador*, cosa mas linda, segun decia.

El tio Cigüeña solo conocia la música clásica, las antiguas árias ingenuas y dulces de Lully, de Gruck: interpretaba con simplicidad piadosa en el piano las músicas religiosas, y Amelia gustaba de aprenderlas. Cierta mañana cuando vino el tio Cigüeña á darla leccion encontró á Amelia pálida y mústia. Habia estado enferma la víspera. El dia estaba nublado, eléctrico, oscuro; soplabá un viento frío. Quiso marcharse el anciano.

—No, no, tio Cigüeña, toque V. alguna cosa para distraerme.

Entonces soltó el capote, se sentó y tocó un ária muy sencilla, pero infinitamente triste.

—¡Qué lindo! ¡qué lindo es eso! decia Amelia de pié junto al piano. Y cuando el viejo dió las últimas notas desanimadas,

—¿Quién ha compuesto esa música? preguntó.

El tio Cigüeña le dijo que la habia compuesto un fraile amigo suyo.

—¡Pobre! agregó: ¡cuánto sufrió en su vida!

Amelia quiso conocer aquella historia, y sentándose en el taburete del piano, envuelta en su pañolon.

—¡Cuéntemela V., tio Cigüeña, cuéntemela V.! Y le golpeaba dulcemente con la mano en la rodilla.

El tío Cigüeña refirió que aquel hombre había tenido en su juventud gran pasión por una monja, y que de tristeza y de dolor se había hecho fraile franciscano.

—Mira, niña, me parece que lo estoy viendo...

—¿Era bonito?

—¡Precioso! Un joven en la flor de su vida, rico... Un día vino á buscarme al órgano. Oiga usted lo que he hecho, me dijo.

Traía un papel de música que principiaba en *re* menor. Y se puso á tocar, á tocar... Ay ¡niña mía, qué música!

Y el anciano, conmovido, poniéndose al piano, tocó las notas plañideras de la clave en *re* menor.

Amelia estuvo pensando en esta historia durante todo el día. A la noche se sintió más enferma, porque le había asaltado una excitación febril y nerviosa, y la pasó toda en un sueño pesado, incoherente, con visiones del fraile franciscano, destacándose en la sombra del órgano de la catedral de Evora.

Veía sus ojos profundos, sus dientes blancos.

Una pasión le había arrastrado al profundo dolor, á la amargura del convento.

Se le figuraba ver á la monja pálida, blanca y triste, apoyada en las negras rejas del encierro. Después en el largo claustro la fila de frailes franciscanos caminaba hácia el coro sombrío, y el enamorado iba el último, despacio, con la capucha sobre el rostro. Lo veía después



en su celda, triste, á la luz de la lámpara pendiente de un pernio de hierro, que alumbraba un santo, escribiendo en un papel de música.

El amor lo tenía en aquella aflicción insondable. Y Amelia vislumbraba el amor como una cosa sublime y dulce que separa y mata: creía que los que aman no pueden encontrarse nunca, y que el amor era inaccesible y dulce como la palpitation de las estrellas.

Al otro día estaba buena, pero siempre aquella soñada alucinación le quedó en la memoria como una boya en las ondulaciones del agua.

XII.

Los primeros amores.

Por aquel tiempo murió el chantre, de repente, de una apoplejía, lo que produjo una consternación inesperada. Durante dos días la San Juanera, desgredada y en ropas ligeras, lloró por las habitaciones; y á veces, echada de bruces sobre la cama, con el rostro entre la ropa y los cabellos exparcidos en torno, sollozaba con lamentos desconsolados. Doña María de la Asuncion y las Ganzoso, vinieron aquel día á templar su dolor con palabras vacías, y doña Josefa Ganzoso resumió los consuelos generales diciendo con su voz melosa: «deja, hija, que no ha de faltar quien te ampare.»

Comenzaba Setiembre, y doña María de la Asuncion, que tenia una casa en la playa de Vieira, quiso llevar á la San Juanera y á Amelia durante la estacion de baños, para que con

los aires saludables y el cambio de lugar arrojase aquel dolor acumulado.

—Dios se lo pague, habia dicho la San Juane-ra. Siempre me acuerdo de que era allí donde ponía el paraguas, allí donde se sentaba á verme coser.

—Está bien, está bien; déjate de eso. Come y bebe, toma tus baños y el que se vá, se vá. Mira que tenía bien sus sesenta.

—¡Ah! querida mia; la amistad no envejece.

Tenía entonces Amelia catorce años, pero era alta y de formas pronunciadas.

Deleitóse mucho durante la temporada de baños.

La vista del mar le produjo una sensación inefable. No se cansaba de estar sentada en la arena mirando el agua monotoná y cadenciosa. Los días estaban apacibles, llenos de Sol; la brillante arena relucía inundada de una luz viva y seca, y penetrada de calor. Parecía como desprenderse de la arena una vida palpitante y exparcirse en el espacio. La jóven se dejaba caer en la arena y permanecía allí impregnada de vida y de salud, con el vestido empapado como una esponja, y aspirando el olor acre de las algas verdinegras. En aquel tiempo engordó, se puso colorada y su cabello se fortaleció y oscureció.

Se levantaba por la mañana temprano, é iba al baño: las barracas de lona estaban alineadas á lo largo de la playa; las señoras sentadas

en frente, en sillas pequeñas de madera, envueltas en capas, abiertas las sombrillas, miraban al mar: los hombres con zapatos blancos, tendidos en las esteras, revolviendo la arena con las manos.

La jóven salía de una barraca con su peina-dor de lana azul y la tohalla en el brazo: deteníase á hablar del frio, se persignaba á escondidas, y despues, trémula, dando la mano al moreno y mojado bañero, seguia con pasos asustados; y resbalando en la arena, entraba en el agua despacito, rompiendo con esfuerzo el mar de agua verdosa que hervía en redor. Venia una ola rodando, Amelia zambullía y desde la playa reian viéndola saltar y llevar la mano al rostro y al cabello, nerviosa y con sacudidos movimientos; de allí á poco volvía para la tienda con la tohalla por la cabeza, encorvándose fatigada, sonriendo y levantando por delante el extremo del pesado vestido que escurría, y con los zapatos llenos de arena mojada.

Despues del baño, se retiraban las familias pausadamente, cubiertas las cabezas con pañuelos blancos, las faldas escurridas y las sombrillas abiertas.

Por la tarde se dirigian los paseos á la orilla del mar para coger conchas.

Los espectáculos consistian en ver salir los barcos, recoger las redes y en la perspectiva del mar, cubierto de mugientes olas bajo un

cielo azul inflamado de ráfagas doradas al ponerse el sol.

Por la noche se reunían y jugaban á la lotería.

Doña María de la Asuncion habia sido visitada á los pocos dias por un jóven, hijo de un tal Sr. Brito de Alcobaza, que era su pariente. Llamábase Agustin, y estudiaba derecho en la Universidad. Era un jóven bajo, de bigote castaño, con una pera pequeñita, el cabello largo echado atrás, y quevedos. Usaba un gran sombrero de alas anchas y traía siempre sobre el vestido claro, un chal-manta oscuro. El señor Agustin tenía un aire simpático, recitaba versos, sabia tocar la guitarra, contaba anécdotas de estudiantes novatos, hacia *partidas*, relataba hazañas y tenía fama en Vieira entre los otros hombres, de saber conversar con señoras.

El bribon Agustin, decia el recaudador de Alcobaza, tiene chanzas para una..... chanzas para otra..... atrevimiento para todas.....

Desde los primeros dias observó Amelia que los ojos del Sr. Agustin Brito se fijaban en ella en actitud victoriosa.

Se coloreaba un poco, temblaba, se agitaba en la silla y concluía por mirar hácia él, atraída, contra su voluntad y sojuzgada. Agustin retorcia su pera, orgulloso. Le pidieron un dia que declamase.

—No es propio de este lugar, señoras mias, contestó.

—¡Buena es! no se haga rogar. Mire, que no le digo aquello: dijo la mujer del escribano de Alcobaza.

—Bien, bien; no nos hemos de enojar por eso.

—*Las bodas del sepulcro*, Brito, dijo el escribano que estaba recostado contra el quicio de una puerta chupando su cigarro.

—¡Qué sepulcro ni qué bodas! respondió: pero cantaré la *Morena*; y miró para Amelia.

Eso es, eso es; exclamaron.

Y yo os acompaño; dijo un sargento del 6 de cazadores, tomando la guitarra.

Todos callaron. Oíase el viento y el vago rumor del mar. Se levantó el Sr. Agustín, y con voz grave, echando atrás el cabello y afirmando el lente.

—*A la Morena!* dijo:

Eres morena, lo sé
y morena de mi gusto
te requemó el sol de.....

—Ustedes dispensen, dijo el escribano; la señora no está buena.

Se refería á que la hija del recaudador de Alcobaza que habia palidecido y se desmayaba lentamente en la silla, con los brazos caidos y el rostro sobre el pecho. Su padre, afligido, exclamaba; ¡Juliana, Juliana!

La llevaron al cuarto de Amelia, y cuando le aflojaron el vestido y le hicieron respirar agua de colonia salió del desvanecimiento, miró en

redor, principiaron á temblarle los brazos y rompió á llorar. Los hombres que formaban grupos fuera, hacian comentarios.

—Eso es por causa del calor: dijo el sargento de cazadores.

El Sr. Agustin, silencioso, retorció el bigote con semblante contrariado. Por fin se despidieron todos, y algunas señoras fueron á acompañar á su casa á Juliana,

—Doña María de la Asuncion y la San Juanera, envueltas en su pañolones, salieron tambien. La noche estaba oscura y con viento. Un criado alumbraba con una linterna y todos caminaban silenciosos.

—Esto te conviene; dijo doña María de la Asuncion á la San Juanera.

—¡Qué me conviene?

—Sí, ¿pues no lo has comprendido? Juliana fué hace tiempo en Alcobaza novia de Agustin. Pero ahora anda el rapaz con la baba caída por Amelia, ¿entiendes? La muchacha lo ha comprendido al ver que cuando recitaba aquellos versos miraba para ella, y pataplun.

—¡Ay! entonces...

—Déjala, Agustin tiene un par de mil cruzados que le dejan sus tias, que están muertas por él: es un gran partido. ¡Amelia le corresponde; yo te lo digo.

—Ya, yo sospechaba...

—Deja: Dios escribe derecho por líneas torcidas.

Habían llegado á la puerta del comedor y todas abrazaron á Juliana con grandes demostraciones de cariño. Algunas la recomendaban una taza de té bien caliente, ó un baño de piés con mostaza.

Al otro dia á la hora del baño, la *San Juana* se vestía en su barraca y Amelia la aguardaba sentada en la arena.

—¡Solita! dijo una voz por detrás.

Volvióse Amelia sobresaltada. Era el señor Agustín. La jóven, en silencio, comenzó á rayar la arena con su paraguas. El señor Agustín pasó el pié sobre la arena para alisarla y escribió *Amelia*. Esta quiso borrar el nombre con la mano.

—¿Por qué lo borra V.? dijo él, é inclinándose; es el nombre de la *Morena*, agregó.

Amelia sonrió y dijo:

—¡Vaya V. con Dios! que hizo ayer que Juliana se desmayase.

—Estoy harto hasta los ojos de aquel estafermo. ¿Qué quiere V.? Nada me importa ya, pero hay una persona por quien todo lo daría... Yo sé...

—¿Quién es? ¿Es doña Bernarda?

Era esta una vieja viuda de un coronel.

—¡Eso es! respondió él riéndose. Justamente ando apasionado por doña Bernarda.

—¡Ah! con que el señor anda apasionado! dijo Amelia pausadamente, con los ojos bajos y arañando siempre la arena.

—Dígame V., niña, ¿se está V. bromeando conmigo? dijo Agustin cogiendo una silla pequeña y sentándose junto á la jóven.

Amelia se levantó.

—¿No quiere V. que me siente?

—Es que me cansa estar sentada.

Callaron un momento.

—¿Se ha bañado V. ya? preguntó Amelia.

—Ya; respondió Agustin chupando el cigarro.

—Estaba hoy el baño frio.

—Lo estaba.

Las palabras de Brito eran secas, cortas, fastidiadas.

—¿Se ha enojado? dijo ella acercándose.

Agustin levantó los ojos, y viendo el rostro de Amelia fresco, apetitoso, envuelto en la nube de lana blanca, dijo:

—Enojado no, pero estoy menos loco...

—¡Silencio! interrumpió Amelia.

Su madre salia de la barraca, envuelta en su capa, con un pañuelo amarrado en la cabeza y la capucha por cima.

—¡Vaya, viene V. mas fresquita! ¡eh!

—¿Estaba V. por aquí? dijo la San Juanera acomodándose la capa.

—Ahora, á almorzar, dijo Agustin.

—¡Si gusta...!

Y las dos se alejaron en direccion á su casa. Desde entonces Agustin siguió siempre á Amelia, por la mañana, en el baño; por la tarde, á orillas del mar. Le cogia conchas, cara-

coles, y le habia hecho unos versos, que la jóven guardaba con gran conmocion y que repetia de noche, sola y suspirando.

Concluía Setiembre. Una noche habia habido gran ruido en la playa: los barcos que por la tarde salieron con la mar tranquila, habian tenido que volver, porque se preparaba un temporal del lado del Nordeste. Habia gran oscuridad y viento duro.

El mar crecía: los barcos de poco fondo estaban en la rompiente y el mar los cogia, los golpeaba y los hacía pedazos; las tripulaciones querian ponerlos en seco y trabajaban con angustia, desesperadamente. Gritaban los hombres y las mujeres exparcian por la playa sus confusos lamentos: habia carreras, confusion, el viento aumentaba con violencia, crecia el mar y se escuchaban golpes secos y duros contra los costados de las embarcaciones.

Los bañistas habian venido por curiosidad á presenciar aquel desastre. Los hombres arropados en sus paletóts y retirados, fumaban tranquilamente calculando los destrozos.

—Aquel barco de allá, está perdido.

—No, el otro si que no se escapa; tiene ya averías.

Entre las mujeres estaba Amelia. Agustin se habia acercado á la jóven en la oscuridad, y en la confusion de los grupos le habia dicho por lo bajo:

—Acaso tenga que irme mañana fuera.

—¿Qué, te vas?

—Es probable, aunque no lo sé todavía.

—¿Y á dónde...? murmuró Amelia.

Quedaron callados.

Agustin la cogió el brazo y ella se abandonó. Se fueron alejando en la oscuridad. Habia á distancia un barco viejo, inútil, con el fondo para arriba, formando como una gruta de madera. Se sentaron allí.

—Escríbeme, dijo Agustin.

—¿Pero me escribirás tú? preguntó Amelia.

Agustin le rodeó el brazo á la cintura, y atrayéndola fuertemente, la llenó de besos la cara, los hombros, los cabellos.

—¡Déjame, déjame! dijo Amelia.

Pero Agustin la sintió doblarse en sus brazos.

Pasó un grupo, que regresaba á su casa, y sobresaltada Amelia echó á correr hácia donde estaba su madre. Al dia siguiente partió Agustin. Cayeron las primeras lluvias; y poco despues Amelia, su madre y doña María de la Asuncion regresaron á Leiria.

Meses despues, doña María de la Asuncion dió parte de que su sobrino Agustin, segun le escribia de Alcobaza, tenia ajustado su casamiento con la señorita de Simeiro.

—¡Cáspita! habia dicho doña Joaquina Ganzo, pilla nada menos que sus treinta millones de reis! ¡Mire el cuco!

Y allí mismo, delante de todos, Amelia co-

menzó á llorar, y cuando estuvo en su cuarto, sola, en frente de aquella terrible desgracia, se acordó del fraile de quien le habia hablado el tio Cigüeña, que por un amor imposible se fué á esconder en el convento como en el olvido de un sepulcro.

XIII.

La religion en lugar de un novio pérfido.

Amelia amaba á Agustin ciegamente, sin discernimiento, por instinto: lo encontraba hermoso, lo admiraba cantando, conversando, y se le figuraba verlo aún envuelto en su chal, apoyado en el baston, con sus largos cabellos y el rostro reposado.

Además aquellos besos que le dió de noche debajo del barco, le habian introducido en la sangre impaciencias, excitaciones á las que se abandonaba con satisfaccion, como se sumerge un cuerpo deliciosamente en el calor de un baño. Repasaba con frecuencia un billete que le habia escrito, se retorcia pronunciando su nombre, y perdia las carnes y el saludable color que le habia dado la influencia del mar. No se le quitaba de la memoria sobre todo que Agustin se iba á casar.

Desde entónces se consideró Amelia desgraciada irremediablemente; nunca estaba contenta y la vida se le representó como un vaso vacío. Nada esperaba de bueno, y la memoria de Fray Jerónimo influía en sus determinaciones. No podía ser monja, pero se absorbía en Dios y en los rezos. Estuvo llorando durante dos días, y despues se puso el vestido negro que se habia hecho para el luto del chantre. Comenzó á pasar largas horas en la iglesia, se arrodillaba delante del altar, ora rezando, ora sumergiéndose en toda clase de pensamientos extravagantes; volvía despues á rezar hasta que se levantaba, y envolviéndose en el pañolon, salía con aire melancólico.

Su madre le regañaba por la tardanza: ella suspiraba por lo bajo, se encerraba en su habitacion y se entregaba allí á la lectura de ciertos libros piadosos que estaban en un armario y que dejó allí un sacerdote, á quien había conocido.

A veces abandonaba la lectura, se acercaba al espejo, se arreglaba el peinado, se ajustaba el cuellecito, pero despues reflexionaba que la cuadraba mejor estar severa y triste, y volvía, bostezando un poco, hácia el libro de las devociones. Había comprado santos que pegaba por las paredes, rezaba todas las noches y creyendo lo que le decían los curas sobre la gerarquía celestial, rezaba mas á San Pedro que á San Lorenzo, y mas á la vírgen de la Encarnacion

que á la de la Merced. A veces, cuando estaba el dia bueno, y cantaban alegremente los gallos en el corral, se la sorprendia tarareando animada con el pecho dilatado de satisfaccion; pero se detenia, dominaba su contento, y hacia caer sobre el rostro, como un velo oscuro, el semblante de desdichas. Oia misa diariamente, comulgaba todas las semanas, é iba á arrodillarse á menudo en confesion á los piés de los canónigos de la catedral.

Al cabo de tiempo se le habia desvanecido la memoria de Agustin, y ya no se acordaba con exactitud de su fisonomía; pero en su alma vacía se habian afirmado la devocion y el amor á la Iglesia. Por aquel tiempo comenzaron á frecuentar la casa de la San Juanera el canónigo Diaz y su hermana doña Josefa. A poco, el canónigo se hizo habitual, metódico, y venia á comer regularmente dos veces por semana. Despues de almorzar se presentaba siempre con su perrita y tomaba para sí las antiguas horas del chantre.

—Aunque le profeso mucha amistad, porque me favorece mucho, decia la San Juanera, no hay un dia en que me deje de acordar del chantre.

La San Juanera habia tambien acentuado mas sus devociones, y la hermana del canónigo, que vivia exclusivamente para la iglesia y para los intereses eclesiásticos, se habia hecho su amiga íntima, organizando ambas la asociacion de las

hermanas del *Santísimo Sacramento*, á la que tambien pertenecia doña Asuncion y las Gansozos.

La casa de la San Juanera, se habia convertido en un centro eclesiástico y tenia un olor repugnante á cera y á incienso. Habia imágenes de santos en el comedor. Se examinaba de doctrina á las criadas antes de admitirlas.

Allí se formaban reputaciones. Si se imputaba á cualquiera que no era *temeroso á Dios* todas aquellas beatas se juzgaban con derecho para desacreditarlo poco á poco.

Los nombramientos de coadjutores, campaneros, sepultureros y sacristanes, se hacian allí por sùtiles intrigas aunque con palabras piadosas.

El nuevo chantre habia venido tambien á aquel devoto centro, donde se habia adoptado una especie de uniforme, entre negro y rojo, y donde el lenguaje usual estaba impregnado de exclamaciones místicas y ademanes contritos.

Para imitar mas á la iglesia, perfumaban la casa con incienso. La San Juanera llegó á monopolizar el negocio de las hostias.

Amelia se encontraba bien en esta atmósfera de devocion y de intereses de sacristía. Su temperamento sensible, voluptuoso, la disponia á las exaltaciones. Postrábase como abrumada delante del Santísimo; y besaba ardientemente los piés de los Cristos crucificados; estaba en casa siempre de mal humor, impaciente por

volver á la iglesia. Tenia devocion á todos los altares, rezos para todas las horas; creíase culpable por cada idea que le venia al pensamiento y se imponia penitencia.

El aparato religioso impresionaba profundamente su naturaleza sensual y nerviosa; la gustaban las misas mayores con las hermosas capas de asperges recamadas de oro, el flameo de las luces y los apretones sofocantes de la iglesia, que producen desmayos y angustias lánguidas.

De resultas de esta educacion se le figuraba, en las horas solemnes, que los sacerdotes eran unos séres superiores. Sobre todo amaba la religion por su belleza y por la cantidad de elementos teatrales que trae á la vida, y sentia necesidad de impresionarse con agudas sensaciones para tener otra vida que no la rastrera y monótona de la costura y del hogar.

Necesitaba vivir ligada á un alto interés, convertirlo en su fuerza, en su ocupacion, en su sentimiento, y se entregó completamente á la iglesia, que era su amor, su lujo, su voluptuosidad.

Gustaba de vestirse, engalanarse, perfumarse para ir á sentarse en las alfombras del altar mayor junto á los ciriales dorados. Le gustaba ver los gestos sacramentales de los sacerdotes, relucientes bajo la vacilante luz de las velas de cera y los recamados de oro de sus capas; su olfato se recreaba con el olor de la cera

y del incienso; y se contraía de voluptuosidad al oír los unísonos del canto llano romper briosamente en los alegros triunfantes de la misa.

Se le figuraba la iglesia, por las relaciones de intimidad con tantos eclesiásticos, como un complemento de su casa, y cuando atravesaba para el altar mayor, lo hacía como quien en una fiesta se halla entre sus convidados. Algunas veces se sonreía en inteligencia con los padres; así como los hombres se ríen en las plateas cuando dan con caras conocidas. Lamentaba que la catedral fuese tan grande y construida de piedra con estilo frío y claustral: hubiera preferido una iglesia pequeña, dorada, cubierta de alfombras y forrada de papel.

Tenia caprichos de beata, y le disgustaba que los sacerdotes fuesen ordinariamente feos, porque para la belleza armónica de la religion, los paramentos hermosos debían brillar sobre figuras esbeltas, pálidas, de tipo simpático.

Había también adquirido gustos de beata, y le agradaban los toques de gloria y de difuntos, sobre todo en ciertos días nebulosos, en que al parecer estos toques exprimen tristeza en los aires.

Por este tiempo conoció al escribiente, un día del Corpus, en casa del escribano Nuñez, en cuya oficina estaba Juan Eduardo. Amelia, su madre y Doña Josefa Diaz, habían ido allí á ver la procesion. Juan Eduardo estaba rigorosamente vestido de negro, grave y silencioso.

Amelia lo conocía anteriormente; pero aquella tarde reparó en su fisonomía dulce, en la blancura de su piel, en la gravedad con que se arrodillaba, y como estuvo en la ventana junto á él observando sus dientes blancos y cierto olor de pomada que despedía su cabeza, lo conservó grabado en la memoria y además la circunstancia de que sus cabellos eran castaños, anillados y finos.

A la noche dió un té el escribano. Su hija mayor, mujer de seno enjuto y aplastado, nariz corva y quevedos de carey, se sentó al piano y con brio maquinal destrozó una mazurca.

Juan Eduardo se acercó á Amelia, invitándola á danzar.

—¡Ay, yo no bailo! escusó con aire seco la jóven.

Tampoco bailó Juan Eduardo y fué á recostarse sobre un quicio, con la mano en la abertura del chaleco, mirando á Amelia frecuentemente. Esta le miraba también de vez en cuando por entre las barillas del abanico.

Por fin quedó desocupada una silla junto á la jóven, en la que vino á sentarse Juan Eduardo. Amelia hizo lugar recogiendo su vestido. El escribiente, embarazado, y con una de las manos en la faltriquera, se retorcia el bigote. Amelia conversaba por lo bajo con una señora, que usaba gafas de oro y muchas cintas.

Por fin se volvió para Juan Eduardo.

—¿Tampoco baila, V.?

—Pero ¿y V., Amelia? replicó por lo bajo.

La jóven se inclinó hácia atrás y golpendo con el abanico los pliegues del traje:

—¡Ay! yo me siento ya vieja para estas diversiones. Soy mujer séria y madura.

—Pero ¿no se rie V. nunca? preguntó el escribiente, procurando dar á su voz una intencion penetrante.

—Me rio algunas veces cuando hay de qué, respondió Amelia mirando.

—De mí, por ejemplo.

—De V. ¡Buena está! ¿Por qué he de reirme de V.? ¡Vaya! ¿Tiene usted algo que haga reír? Y agitaba el abanico.

Juan Eduardo se calló, rebuscando ideas, galanterías.

—Formal, formalmente, ¿no baila V.?

—Ya le he dicho que no. ¡Ay, es V. muy pregunton! dijo Amelia riéndose.

—Me intereso por V. tanto.

—¡De veras! dijo la jóven haciendo un gesto indolente de negativa.

—¡Palabra!

Doña Josefa Diaz se enderezó embutida en su vestido con volantes.

Se levantó Juan Eduardo.

Al salir, estaba Amelia en el corredor, poniéndose el abrigo. Juan Eduardo se aproximó con el sombrero en la mano, y le dijo:

—Abríguese V. bien, no se resfrie.

—¿Continúa V. interesándose por mí? dijo

Amelia, ajustándose en torno del cuello su pañolón de lana.

—Muchísimo, créalo V.

Desde entonces fué el escribiente todas las noches á casa de la San Juanera, que lo apreciaba por su formalidad, su amor al trabajo, su honradez y el comportamiento que tuvo cuando murió su padre.

Amelia, por su parte, se mantenía reservada y admitía el amor de Juan Eduardo pasivamente, como una planta recibe el sol. Lo esperaba en el balcon para verlo pasar por la mañana y le sonreía; le bordó una cartera; miraba para él muchas veces durante la noche, y le escribió dos billetes cortos.

Juan Eduardo, tranquilo, sereno, aceptaba aquella situación, sin sentir impulsos interiores.

Habló á la madre de casamiento.

—Si quiere Amelia, yo por mí...

Amelia habia respondido:

—Mas adelante; por ahora no me parece.... y otras palabras de vacilacion, reserva y duda, que hicieron pasar á Juan Eduardo noches de inquietud y de suspiros. Por último decidió tácitamente resolver aquella situación cuando alcanzase un destino de amanuense en el gobierno civil.

XIV.

La carne conspira contra los votos.

Tal habia sido la existencia de Amelia. Aquellos recuerdos del pasado se le habian aparecido por partes, como pedazos de nubes que un viento invisible trae, forma y desvanece. Se durmió cuando ya los gallos cantaban; y despues, mientras su madre arreglaba en el comedor las tazas para el almuerzo, dormitaba todavía. Pero oyó decir á Russa:

—El señor párroco va á salir con el señor coadjutor, van á la catedral.

Y la jóven se levantó de repente; y en camisa y descalza fué á la ventana, levantó la punta de la cortina y quedó mirando.

La mañana estaba esplendorosa, y corria un vientecillo fresco.

Amaro iba por la calle conversando con el coadjutor, y su capa de cúbica se inflaba con el viento ampulosamente.

Amelia se volvió á la cama y desperezándose, bostezando, extendiendo los brazos, pensaba en los sucesos de la víspera, veía de bulto al padre Amaro y se recreaba en la blancura de sus dientes.

Todo el día estuvo tarareando.

La San Juanera había rodeado al párroco desde el primer momento de todas las posibles comodidades; era atenta, activa y desplegaba un trato alegre y maternal. Le ponía siempre servilleta limpia, se informaba de sus gustos respecto á manjares, y mandaba traer vino de Bairrada. De esta manera pasaba Amaro los días insensiblemente, con buena mesa, blandos colchones y en familiaridad íntima con mujeres. Con todo, alguna vez se entristecía y deseaba alejarse, vivir en una pequeña aldea solitaria, en el fondo de un valle, con gente pacífica, servido por una criada vieja, y tener una huerta con canteros de ensalada y gallos que cacareasen al sol.

Porque su espíritu no estaba sereno y le acometían impaciencias nerviosas.

Se le figuró al principio que su vida estaba llena; pero ahora observaba grandes vacíos, donde alguna cosa palpitaba y atraía, como ciertos agujeros oscuros que de noche lucen en el suelo con reflejos metálicos.

Desde el Seminario había sido siempre casto. Su temperamento era linfático, aunque sensible. Otras veces en los días primeros de la germina-

cion primaveral ó cuando por la noche se calentaba á la lumbre, le venian del fondo de su naturaleza ciertos entorpecimientos que le obligaban á estirar los brazos y á pensar en alguna cosa fijamente. Entonces era estrecha su vida y su pan escaso; casi no tenia ropa blanca y la opresora pobreza lo encogia, haciendo desinteresadas las satisfacciones de la carne.

Pero desde que estaba en Leiria, su existencia sedentaria y repleta, las noches muellemente aletargadas y el contacto continuo con las dos mujeres, le inspiraban ciertas ideas extravagantes que le hacían quedar largo tiempo absorto persiguiendo una ilusion cualquiera con los ojos fijos en el suelo.

Se le ocurría amar á alguna persona, procurarse un placer oculto. Pero ¿cómo? A nadie conocía. Para ello era menester intimarse con las viejas beatas murmuradoras que buscan hijas de confesion, recontando el rosario con manos trémulas.

Por otra parte, desde los primeros dias en que conoció á Amelia mas íntimamente, habia comenzado á palpitar en el fondo de su naturaleza alguna cosa que se queria escapar hácia la jóven. Recordaba á cada momento su esbelta figura, su abundante cabellera metida en una redecilla negra, que le caia un poco sobre la espalda, y hasta se le figuraba ver su vestido claro manchado ligeramente con la grasa del cabello. Le asaltaba despues la memoria de cuando

la vió en enaguas blancas y veia claramente el contorno blanco, duro y lácteo de su seno, y el sitio donde este principiaba, pulido como marfil, y sus brazos redondos con un bello suave.

Como Amaro era tímido, receloso y tenia escrúpulos de novicio, suspiraba y decia á melia voz:

— ¡Necedad, necedad!

¡Era sacerdote! y como Amelia iba á casarse pronto, sin duda, la consideraba inaccesible y casi la confundia con las esculturas, los grabados y las santas barnizadas. Pero ¡y si pudiera ser! deseaba siquiera darle un beso de refilon en el cutis liso y blanco de su cuello; ¡uno solo...! ¡Ay! Al pensar esto le oprimian lentamente ciertos terrores sagrados.

Se habia acostumbrado ya á las relaciones con aquella jóven hermosa y la veia en la trivialidad de la vida, por la mañana con un pañuelo en la cabeza fregando las tazas ó haciendo faenas; y hasta una vez recordaba haberla visto inclinada enteramente, con las enaguas sujetas entre las rodillas juntando en un rincón la basura.

A ocasiones se miraba en el espejo y se encontraba jóven y fuerte; y calculando á su favor las idealidades de su ministerio, encontraba cierta posibilidad; pero aun entonces no se atrevia á *hablar* ni siquiera consigo mismo de aquellas esperanzas, que vivian en su pensa-

miento como una semilla enterrada; y se entretenía con revolverlas solo paseando en su cuarto, viendo caer la menuda lluvia sobre el verde brillante y esmaltado de unas parietarias que habia en el muro de enfrente.

Llegó el invierno, y como llovía y venteaba de continuo, no podía pasear. Comía temprano, á las dos; bajaba despues á su gabinete, solo, con los piés algo frios, se arropaba en su capote y hasta el oscurecer se estaba paseando por el cuarto.

Como oscurecía temprano, le asaltaban pronto las tristezas de la soledad. La campana de la catedral tocaba el *Ave-María*.

Algunas veces rezaba sentado á los piés de su cama; pero inesperadamente la voz de Amelia se oía encima; sobre el techo sonaba el *tic tic* de sus botinas, y entonces Amaro suspiraba, exclamando:

—¡Qué linda, qué linda es, Dios mio!

Y extendía los brazos como para envolver su cuerpo. De esta manera se iba sumergiendo en el amor como en una atmósfera encantadora, irresistible, y era á un mismo tiempo feliz y desdichado con aquel placer que guardaba y escondía como una joya robada.

Levantábase temprano para decir misa; y como hacía frío se acurrucaba en el capote, llevando guantes de cachemira y medias de lana debajo de las botas altas de caña roja.

La iglesia estaba desierta todavía. Algunas

devotas con el pañuelo oscuro en la cabeza, encogidas, arrodilladas, se destacaban al pié de los altares sobre los frontales blancos. Amaro entraba en la sacristía y se paseaba al revestirse, batiendo los piés sobre las losas para calentarse: al mismo tiempo hablaba al sacristan.

Estaba siempre de prisa, porque no cenaba y á aquella hora con la sutil frescura del aire sentía ya apetito.

Leía rápidamente las primeras oraciones de la misa, saltando á veces los renglones, ó las murmuraba por lo bajo, con el pensamiento fijo en otra cosa.

Los ademanes eran breves, apresurados; y al volverse en el *Dominus vobiscum* se detenía á mirar, porque Amelia podía haber venido á misa ó á rezar un momento; pero las más veces no veía más que los rostros de las viejas, con los ojos levantados, murmurantes los lábios, con grandes rosarios pendientes de sus manos juntas contra el pecho, é iluminadas con el rayo de sol transversal, largo y sostenido, que penetraba por una ventana, lleno de polvo palpitante.

El sacristan recitaba á su lado monotonamente con voz adormecida las respuestas rituales en un latin silabeado; y cuando se inclinaba delante de él ofreciéndole las vinageras, sus cabellos lustrosos y aplastados despedían olor al aceite rancio que los empapaba.

Despues elevaba la hostia dirigiendo los ojos

hacia el Cristo agonizante, torcido sobre la cruz de madera negra; y al sonar entonces la campanilla con lentitud, las manos golpeaban los pechos con ruido cóncavo, y despues en el vacío del silencio se oían los carros de madera rodar cerca de allí sobre la calzada.

De ordinario decia la misa con apresuramiento, porque probablemente *ella*, ya vestida, lo estaria aguardando para almorzar y Russa habria ya pasado el café por el colador. En esto pensaba al quitarse las vestiduras; se acomodaba en su manteo y se sentia gozoso, porque iba á tomar tranquilo el café caliente, con los piés en el felpudo y viéndola, viéndola con el cabello fresco acabada de peinar.

Al medio dia subia al comedor, donde las mujeres cosian, con el objeto de charlar un rato, porque estaba aburrido. La San Juanera, sentada en una silla pequeña, cosía con las gafas en la punta de la nariz, junto á la ventana, con su traje de percal extendido, para que el gato se encamase. Amelia mas adentro trabajaba junto á la mesa con la canastilla de la costura en el suelo y sobre ésta un almohadon de satin descolorido con dos corazones bordados.

Amaro se sentaba en un pequeño taburete de lana, y apoyándose con los codos sobre la rodilla veía á Amelia con la frente inclinada: le llamaba la atencion la raya fina, rosada, de la cabeza un poco ahogada en el abundante cabello: sus grandes pendientes de oro, asemejando

gotas de cera, hacian temblar y crecer una pequeña sombra sobre la piel suave; y sus leves ojeras azuladas se disolvian delicadamente sobre el pulido cútis trigueño que la sangre animaba; su seno respirando se henchía lentamente con una elasticidad lánguida. A veces suspendia su trabajo, y clavando la aguja en la prenda, miraba distraida á cualquier parte ó se alisaba la cabeza con la punta de los dedos; entonces Amaro exclamaba con ternura bromista, «¡perezosa..... perezosa!» La jóven se reia.

La San Juanera estaba al corriente de las cosas notables del dia; si el *mayor* habia despedido á su criada; si habia quien ofreciera diez *moedas* por el cerdo de Cárlos el del correo.

De vez en cuando Russa venia á la alacena á buscar un plato ó una cuchara, y con este motivo se hablaba del precio de los géneros y de lo que habia que comer; la San Juanera se quitaba las gafas, cruzaba las piernas y nombraba los platos uno á uno.

—Los he escogido por variar: no sé si el señor párroco los encontrará á su gusto.

Pero Amaro todo lo encontraba bueno, y aun en ciertos manjares descubria afinidades de paladar con Amelia.

Mas entrometido el padre algunas veces revolvía la canastilla de la costura donde encontró un dia una carta. Entonces preguntó á Ame-

lia por el *entretención*, á lo que contestó la jóven pespunteando con viveza:

—¡Oh! nadie me quiere á mí...!

—En esto se equivoca V., dijo Amaro; pero arrepentido de estas palabras, se levantó agregando:

—Y yo que tenia hoy tanto que hacer...!

Y como si pensara en sus asuntos, se estuvo paseando por la sala con las manos en los bolsillos; pero se sentia perturbado y miraba ávidamente hácia las robustas espaldas de la jóven que remataban en unos hombros firmes, redondos y llenos.

Cuando Amelia estaba comunicativa, se tomaba confianzas y hasta un dia le pidió que le tuviese una madeja de seda que tenia que devanar.

—No haga V. caso de esta loca, señor párroco, dijo la San Juanera. ¡Vaya, en dándole confianza!

Pero Amaro habia admitido la madeja con apresuramiento.

Aquellos instantes eran dulcísimos.

Otras veces tenía la jóven el gato en la falda y Amaro muy junto pasaba la mano por el lomo del animal; y como éste electrizado, se arquease elásticamente, decía Amelia algo colorada y con los ojos bajos:

—¿Te gusta?

Amaro con voz amorosa y profunda lo arrullaba.

—Gatito, pobrecito, pobrecito gatito.

La San Juanera se iba muchas veces á dar el lamedor á la idiota que tosia, á arreglarle la cama ó á limpiarla. Entretanto quedaban solos; pero no hablaban; y para llenar el silencio, Amelia tarareaba por lo bajo el *Adios* ó el *Descreido*, y Amaro encendia un cigarro y escuchaba atento.

—¡Qué bonito es eso! exclamaba.

Y Amelia proseguia mas de recio, cosiendo de prisa; enderezaba el talle para mirar el hilvanado ó el respunte, y corria por cima de este su pulida uña, para asentarlo.

Amaro encontraba admirables aquellas uñas, como todo lo de ella, sus vestidos, sus ademanes, su voz. Nunca habia estado de aquel modo en intimidad con una mujer.

Cuando encontraba abierta la puerta del cuarto de la jóven que daba al corredor, miraba con ansiedad, como si fuera el cuarto la revelacion de un paraiso; y un traje colgado, una tohalla extendida, una liga olvidada sobre el baul, se le figuraban tesoros que codiciaba tanto como á la misma jóven. Sobre todo respiraba en aquel cuarto ese perfume embriagador, indefinible, que solo se encuentra en los aposentos de las mujeres.

No se saciaba de verla, hablando ó silenciosa, sentada ó golpeando los quicios de las puertas con las enaguas almidonadas al ir de un lugar á otro. Y le encantaba el tenerla allí tan

cerca, en habitaciones próximas, con la evidencia de todos sus atractivos.

Cuando estaba en su presencia no se acordaba de los *inconvenientes*; y la iglesia, el sacerdocio, el pecado, Dios, todo quedaba muy profundo, remoto, distante, y se desvanecía como se desvanecen en la sombra de los valles los caseríos cuando se está en lo alto de una montaña.

Amelia manifestaba interés por todas sus cosas, por las fatigas del servicio, por los emolumentos, y le compadecía cuando en las altas horas de la noche lo llamaban para administrar la Extrema-Uncion. Aquellas delicadezas lo encantaban; y llegó á considerar á la jóven como algo suyo, como una esposa indefinible; pero tiernísimamente amada.

XV.

Arreola la conspiracion.

Siempre acababa con luz la comida y aquel era su momento mas feliz.

Al principio, mientras la San Juanera trinchaba, comia aceitunas, y escupiendo los huesos en la palma de la mano, los ponía en hilera sobre el mantel. Russa, tosiendo, servía mal, y con este motivo la San Juanera se lamentaba de la falta de sirvientes, y Amelia tenía que ir á tomar alguna cosa del aparador, por lo que Amaro se levantaba presuroso y galante.

Estése V. quieto, señor párroco, estése usted quieto; decía la jóven, y para obligarle á permanecer sentado le ponía la mano en el hombro; y los ojos de ambos cruzaban una mirada profunda.

Amaro comía bien, sorbiendo con apetito la caliente sopa ó tomando con la punta del cuchí-

llo grandes porciones de arroz. A la mitad de la comida comenzaba á dilatarse en un bienestar físico.

Con las piernas estiradas, el plato bien lleno, el vaso hasta la mitad con los bordes empañados por el contacto de los lábios, sentia deseos de hablar, de comunicarse, de vivir con expansion. Con el vino se pronunciaba su energía, y el predominio de la ternura y los amores. Hablaba de los casamientos que se iban á celebrar y de los noviajos que se descomponian.

Cuando Russa traia los platos que exhalaban un vapor caliente, Amelia mojaba sopas de pan en la salsa del guisado; pero su madre la decia siempre:

—No me gusta que hagas eso delante del señor párroco.

Pero este la interrumpia diciendo:

—¿Y por qué no? Tambien me gusta á mí. Y mojaban los dos; y sin saber por qué daban grandes risotadas.

Cuando oscurecia, traian el reberbero, cuya luz aumentaba la alegría. Amaro, expansivo, rebuscaba jocosidades, llamaba *mamá* á la San Juanera, y la jóven lo miraba y se reia, mordiéndolo con la punta de los dientes cáscaras de naranja.

Poco despues venia el café; y el padre Amaro continuaba todavía partiendo nueces con el canto del cuchillo, y fumaba rompiendo la ceniza del cigarro en el borde de los platillos.

A aquella hora solia venir el canónigo, que subia pesadamente, gritando desde la escalera:

—¡Permiso para dos!

Incluia á su perrita llamada Trigueira.

—El Señor nos dé buenas noches, decia al llegar á la puerta.

—¿Gusta V. un sorbito de café? preguntaba la San Juanera.

El canónigo se sentaba, exhalando un profundo *uf* y golpeando en el hombro del párroco y mirando á la San Juanera.

—¿Cómo se encuentra por acá su niño? decia.

Se entretenia despues en relatar las historietas del dia y sacaba el *Diario Popular*, que acababa de recoger en el correo. Amelia se interesaba por la novela y el canónigo leia con predileccion las epístolas amorosas que venian en la seccion de anuncios.

—¡Qué poca vergüenza! exclamaba.

Con este motivo hablaba Amaro sobre los escándalos de la capital con palabras que en su memoria habian dejado los sermones, para imponerse á la admiracion de Amelia, que escuchaba con los codos sobre la mesa, mordiendo distraida la punta de un palillo.

Alguna vez indicó que iba á predicar, y las dos mujeres y el canónigo aprobaban el pensamiento, encargándole Amelia que lo hiciera sin sobrepelliz y solo con la sotana, porque en la Cuaresma última habia visto predicar así á

un profesor de la Universidad y lo habia encontrado, decia, *mucho mas bonito*.

De noche en su cuarto *pensaba solo*, y en su arrobamiento escuchaba cuando Amelia dejaba caer las botinas al desnudarse y hasta se le figuraba percibir el crugido de la cama. Entonces se le contraian los músculos del rostro; y con los labios secos se paseaba perturbado completamente.

Arreglaba en su imaginacion combinaciones tan terribles como seductoras y magníficas. Suponia que iba subiendo descalzo, despacito, que entraba en el cuarto de la jóven: de seguro la lamparilla estaría moribunda, en un rincon, dentro de una palangana, y en el suelo se destacarian las enaguas blancas... ¡Oh! y en aquel silencio profundo... Pero ah! la jóven podia gritar, lo cogieran.....

Entónces se acordaba de lo que se cuenta del opio, y se le figuraba ver el cuerpo de Amelia aletargado.....

Se proponia seguir estas ideas, pero inútilmente, porque volvian, como gorriones que se ahuyentan de un monton de trigo.

Se mojaba entónces la cabeza con agua fria, y hasta recordando el consejo de algunos libros de devocion, arrimaba un dedo á la luz; pero como de carne flaca lo retiraba vivamente, sensible al dolor.

Procuraba guarecerse en la divinidad como en una fortaleza inaccesible á las tentaciones, y

abria el Nuevo Testamento; pero la sencillez de su lenguaje no lo apaciguaba. Entónces cogia un libro que le había prestado el chantre con el título *Cánticos á Jesús*, y sentándose en el borde de la cama y el codo en la almohada, leia aquellas páginas palpitantes de amor divino.

Oh! ven, amado de mi corazon, cuerpo adorable; mi espíritu impaciente te busca. Te amo con toda mi alma! Abrázame! ¡Enciéndeme! Y otras expresiones de amor sobrenatural dilatadas en períodos ardientes y sonoros. Y las palabras *amor, delirio, gozo*, se repetian á cada momento con la monotonía lánguida de las olas que vuelcan sobre la arena incesantemente, penetradas de luz.

El padre Amaro devoraba aquellas páginas ansioso, con los ojos fijos; y en alta voz repetia. «Te amo, te amo, Jesus mio,» pero como el recuerdo de Amelia sostenia y avivaba su exaltacion, se le iba aproximando mas cada vez la imágen tentadora de la jóven, y concluia por exclamar. «Te amo, te amo, Amelia mia.»

Despues, inmóvil, con los ojos dilatados, se perdia en dolorosos sueños, porque bajo la violencia de su pasion encontraba siempre el vacío, como si se enamorase de una nube y mugiese y llorase por caminos imposibles, retorciendo los brazos de amor. A lo último se anonadaba y sentía ganas de llorar.

Por la mañana temprano abria la ventana. El sol heria los cristales; abajo las gallinas ca-

careaban sacudiéndose; los carros rodaban sonoramente en la calzada. Sentía que se apaciguaban sus excitaciones.

Con frecuencia venia el escribiente á pasar la noche en casa de la San Juanera. La madre y la hija cosian conversando junto al velador, y el escribiente se sentaba junto á ellas envuelto en su chal-manta. De ordinario hablaban de algo referente á sus ilusiones y propósitos del porvenir, de las naturales gracias de los niños, de las casas bonitas.

—Yo la quiero esterada, decia Juan Eduardo.

—Ciertamente, agregaba Amelia.

—En el Alentejo hay unas esteras de colores preciosas, continuaba el primero.

—En efecto, son muy bonitas.

Y el escribiente se sentia feliz.

Las noches eran duras y lluviosas.

—¡Quién andará ahora por esos mares! exclamaba la San Juanera.

—Pobrecillos ¡con este temporal! agregaba Juan Eduardo. Y á este propósito se acordaba tambien de los que mendigan por los caminos, de los que llegan á las puertas de los hospitales y en general de todos los desgraciados que padecen.

—Mucha miseria hay por esos mundos!

Amelia, conmovida, levantaba hácia él los ojos, ó clavándolos en la labor, cosia despacio. Habia largos silencios amorosos.

Cuando Amaro estaba presente se sentia en

aquella pacífica intimidad como un extraño, un extraviado, un solitario. Por instintiva justicia reconocía en Juan Eduardo buenas cualidades.

—Es un excelente chico, decía para sus adentros.

Después, cuando se recogía en su cuarto, le asaltaban escrúpulos y veía la situación en su desnuda realidad. Caminaba hacia el pecado, hacia el sacrilegio. Encontraba á Amelia pudorosa, amada de un jóven digno y trabajador, que la haría feliz en el matrimonio, y disfrutar con los hijos que tuviera los placeres puros de la familia en la práctica del deber.

Cuando esto pensaba, quería olvidar á la jóven, apartarse de ella, abandonar la parroquia; pero como no tenía dinero, ni colocación, triunfaba el egoísmo. Como recurso imploraba á Dios la gracia de una revelación y rezaba. Su razón le aconsejaba que rompiese con violencia aquel encanto penetrante; pero para obedecer la determinación de su inteligencia necesitaba que Dios se la confirmase directamente, porque había sido educado en la creencia de que la razón es insegura, tenebrosa y culpable, que se debe desconfiar de ella como de una vanidad; y que no debe aceptarse sino lo que Dios comunica desde los espacios superiores.

En esta virtud no obedecía el dictado de su razón y aguardaba una órden sobrenatural.

XVI.

Comediantes entre bastidores.

Un jueves en la noche estaban en la habitación de Amaro varios sacerdotes, el canónigo Diaz y los padres Natario y Brito, que tenían la costumbre de bajarse después de haber tomado el té con las mujeres.

Se desabrochaban las sotanas, encendían los cigarros, y unos cabalgando en las sillas, y sentados otros en la cama, con las antiguas expansiones estudiantiles del Seminario despojándose de las austeridades religiosas, se abandonaban á conversaciones alegres y libertinas. Contaban anécdotas interesantes, referían historias escandalosas, relataban intrigas, y entre risotadas, dejaban salir su respectivo carácter de la prision sacerdotal.

La luz de un candelero de petróleo con *abat*

jour verde, colocado sobre la cómoda, exparcía una penumbra pesada: cerradas estaban las puertas: el humo de los cigarros llenaba la habitación de vapores sofocantes, y en el suelo se destacaban á la luz los esputos diseminados al fumar.

El padre Natario se habia sentado á los piés de la cama. Era amarillento, de semblante lánguido, cabello algo crecido y fisonomía trivial y apagada, que se hacia visible por una enorme nariz encorbada, debajo de la cual se hundía la boca, destacando al abrirse unos dientes ennegrecidos en medio de pálidos lábios.

El canónigo Diaz, sentado junto á él en medio de la cama, balanceaba sus gordas piernas, doblando la cintura, agachapado, inerte y triturando el puro.

Amaro paseaba á lo largo de la habitación y el padre Brito, el eclesiástico mas estúpido de la diócesis, á caballo en una silla, lucia, bajo la clara luz que lo inundaba, su rostro relleno, trigueño, azulado, su nariz porrona, sus lábios gruesos, su cuello corto, su cabello encrespado y caido hasta las cejas, y su mano gorda, negra, blanda, que oprimia el cigarro.

Estaban callados porque el canónigo Silva habia salido en aquel momento y aun se le oia hablar fuera á Russa que le alumbraba y tosia con violencia.

— Buenas noches, pequeña: no salgas á tomar frio; vete..... Toma cocimiento de altea y ten

cuidado que las constipaciones abandonadas...
Adios, adios!

Y se le oía bajar con paso pachorreño.

El canónigo Silva, hijo de un negociante, era benévolo, tranquilo, paciente, y cumplía sus obligaciones con regularidad minuciosa. Tenía una naturaleza delicada con inclinación á aconsejar y proteger; y había en sus maneras un tacto femenino, casi maternal.

Era exclusivamente sacerdote, y encerrado en el recato de su canongía, se aislaba de los enredos de la ciudad y de todos los intereses mundanos.

Tenía pasión por el latín, poseía una biblioteca de gran valor, y se decía en la ciudad que estaba traduciendo el libro de Tácito *De Germania*; pero como vivía entre personas sin ilustración, á nadie hablaba de sus trabajos. Se recogía á las nueve de la noche, y sus compañeros y las beatas decían: «Va á meterse entre las sábanas.»

Estaba olvidado en el cabildo de Leiria hacía veinte años. Los demás sacerdotes no lo estimaban, porque la ingenuidad y honradez de sus costumbres irritaba aquellos temperamentos carnales; las beatas se escandalizaban de sus expresiones risueñas é irónicas, y sin embargo, su ciencia, sus talentos jurídicos, su amor á los pobres y su gran energía, le daban una autoridad incontrastable.

Los demás sacerdotes se recataban en su

presencia. El padre Natario se levantó y encogiendo los hombros, dijo por lo bajo:

—No lo puedo remediar. Este imbécil me pone furioso.

El padre Brito se levantó para encender el cigarro en el tubo del reverbero, y con voz indecisa dijo:

—Y siempre con ese *ñau, ñau!* un almibarado que parece una babosa.

—Tiene que ver! dijo el canónigo Diaz. Yo soy su amigo, si señor; pero ¡qué demonio! parece que no hace caso de la gente y que se cree un santo.

—¡Qué diablo! La verdad es que no somos facinerosos.

—Ah! para lo que hace, santo soy yo también.

—Y yo! afirmó vigorosamente el padre Brito; y eso que me gustan las espaldas.

—Salgado, que es íntimo suyo, continuó el padre Natario, me ha dicho que hace mucho tiempo, á poco de venir, habia cerca del castillo una viuda...la Rita...

—Muy bien que la conocí, interrumpió el canónigo Diaz ¿No se acuerda V., Brito? Una bajita... que habia estado con el gobernador civil Mendoza.

—Ya, ya! dijo el padre Brito.

—Pues esa, continuó Natario.

—¡Y qué y qué! dijo Brito ávido de escándalo.

—¡Cosas del mundo! Parece que este santito, que vivia enfrente...

—Sí, bien me acuerdo: vivía enfrente, es verdad: confirmó el canónigo.

—Pues ahí tiene V..... agregó Natario. Y volviéndose hácia Amaro concluyó. Esto de santos, amiguito, sólo en la Corte Celestial.

—Amen, dijo Brito riéndose.

—Por esto cuando me vienen con santidades ¡hum! no pega. Yo digo que estoy conforme y tal..... porque es vicio mio; pero para mis adentros, ¡olé! es tan santo como los demás.

El padre Amaro, recostado en la cómoda, fumaba silencioso.

—Pero ello es, dijo al fin, que todo el mundo tiene á Silva por un sugeto virtuoso.....

—Es V. un novato, amigo mio, como yo lo fui al salir del Seminario. Yo era todo un niño Jesús, rezando siempre, con los ojos en el suelo; y si unas faldas pasaban por aquí..... yo huía por allá.....

E interrumpiéndose un momento para encender el cigarro, prosiguió:

—Oiga V.; se lo quiero contar. Estaba yo una vez en Alcobaza, tendría como veinte y cinco años; cuando un dia se presentó en mi casa una mujer de unos treinta, buena presencia, ojos negros.....

El padre Brito, aproximándose, escuchaba impaciente.

El canónigo Diaz se habia tendido en la cama.

—La mujer me tomó por su cuenta, comenzando por decir que era devota de la Virgen de

la Concepcion, y prosiguiendo con la historia de que su marido la pegaba, que absolutamente no hacia caso de ella.....; ya Vds. comprenden....., unas cosas! Despues tiró por otro lado, diciendo que deseaba encontrar una casa donde servir para verse libre de su marido; y ¡cada ojo para mí! echando atras su capa de bayetilla y suspirando.... Pues, señores, fuí tan tonto que me levanté y la dije secamente:—Haga usted el favor de retirarse, señora.

Despues estuve en oracion toda la noche, golpeándome el pecho. ¡Bien! pero aquella mujer no me salió del pensamiento; en vista de lo cual me decidí y fuí á ver al prior de la Catedral, que era un hombre de cincuenta años y tambien, como nuestro amigo Silva, una doncella, un santo. Le refiero lo sucedido y lo que habia hecho. El hombre se abrazó á mí, dijo que era la honra del clero, modelo de sacerdotes, ejemplo de los más virtuosos, etc.

¡Diablo! Ahora quieren Vdes. ver? Púes pasó á preguntarme quién era ella y dónde vivia, por que pensaba llamarla, reprenderla..... y tal..... En fin, para acortar razones, ¿saben ustedes la reprension que dió á la mujer? Pues fué llevársela á su casa, lo que escandalizó al pueblo. Con que ahí tiene V., amiguito.

—Así sucede siempre; agregó brutalmente el padre Brito.

—Mire V., querido, continuó Natarío, despidiendo gran bocanada de humo. Yo me sentia

dispuesto á ser lo que se llama un sacerdote ejemplar; mas cuando ví que con toda mi buena conducta me eternizaba en una parroquia de aldea, mientras los otros sacerdotes menos escrupulosos, uno por medio de las beatas, otro por servicios electorales, alguno por circular representaciones políticas, iban subiendo, subiendo..... y pescaban las buenas *parroquias* y las buenas *cóngruas*..... abrí el ojo, Nada; al presente mucha decencia; si señor, respetar las apariencias; pero privarme de mis comodidades, de ningun modo.

Amaro estaba sorprendido.

—Admito que sea verdad todo eso; pero dígame tambien ¿cree V. que un sacerdote que ha hecho votos, puede estar con el diablo de noche é ir al otro dia á decir misa sosegadamente? ¿Es, ó no es esto pecado mortal?

—Tiene razon, tiene razon, dijo gravemente el canónigo, tendido en la cama y desabrochado con amplitud.

—¿En qué tiene razon? Tiene razon en que... mí... exclamó Natario frenético. Mira, mira, mejor es que te calles.

Amaro miró al canónigo pasmado; pero Natario prosiguió diciéndole, dejando caer su mano en el hombro del párroco y acentuando las palabras lentamente y con entonacion irónica.

—Vaya, dígame V. con franqueza, ¿no le sucede nunca cuando reza en el breviario y aun diciendo misa, que está pensando en mujeres?

—Perdone V., no se trata de eso, le interrumpió Amaro subido de color y queriendo explicarse.

—¡Malo! ¿sí ó nó? insistía el otro con la boca abierta.

—Cada cual... en fin... no puede...

—Sí ó nó, querido, decía Natario implacable, vibrando las palabras.

Amaro calló un momento. Natario entonces encogiendo los hombros y con una franqueza cándida,

—Claro está que ha pensado V. Era una tontería decir que no: ¡Qué diablo! Tiene V. 37 años y es hombre. ¡Qué diablo!

—Aun siendo así, replicaba Amaro, contrariado... las cosas se ocurren á veces sin voluntad... son tentaciones... son... en fin, ideas que no están en nuestra mano: yo no tengo la culpa. Pero el merecimiento á los ojos de Dios está precisamente en resistir las tentaciones, en ahogar los malos pensamientos.

Natario levantó el *abat-jour* del reverbero para que diera la luz clara en el pálido rostro de Amaro.

—¿Y ha conseguido V. ahogarlos del todo, dijo friamente.

—Pues en eso consiste la energía: yo los ahogaré. ¿Debemos abandonar como animales nuestro espíritu? El merecimiento á los ojos de Dios...

—¡Y vuelta con el merecimiento á los ojos de

Dios! interrumpió Natario, encogiendo los hombros y paseando con las manos en los bolsillos.

—Vuelvo, si señor, vuelvo.

Y seguía á Natario persiguiéndole con argumentos, recordando la teología, citando textos de santos, con grandes gesticulaciones.

—Y por último, concluyó: si se dá mal ejemplo ¿con qué cara se mete uno en el confesionario á imponer penitencias? Dígamelo.

—Sigue por ahí, Amaro; sigue por ahí: decia el canónigo.

El padre Brito, sentado á los piés de la cama y con la fisonomía bestialmente curiosa, seguía la cuestion.

—Oh ¡criatura! gritó exasperado Natario: me habla del ejemplo como si yo propusiera que nos paseáramos de bracero con las mozas.

—Pero las cosas se pueden saber, ponderó con recogimiento el canónigo Diaz.

Natario se rascaba impaciente la cabeza.

—Señores, aquí estamos solos, sin que nadie nos oiga. Y fué á cerrar la puerta interior de la ventana. Quiero, que Vds. me digan, repitió golpeando en el espaldar de una silla con la palma de la mano, si toman en serio la confesion.

Sobresaltóse el padre Amaro.

—¿Si la tomo en serio....? ¿Si tomo en serio la confesion....! Hombre está buena la pregunta.

—¡Malo! replicó Natario. No digo yo que la confesion sea una farsa completamente. Lo que pregunto es, si, por ejemplo, V. que acaba de

almorzar, que ha bebido su café, que ha fumado su cigarro, que se ha afeitado y vestido; y despues vá á sentarse en el confesionario acaso con dolores de cabeza ó de barriga; si V. está persuadido de que por el hecho solo de haberse ordenado, se encuentra allí, como si fuese Dios, con poderes para perdonar.

Amaro estaba en pié, estático.

—Buena es, hombre! exclamaba.

El canónigo se incorporó sobre un codo y levantando el otro brazo, dijo cómicamente: *Hereticus est!*

—*Hereticus est!* digo tambien yo, exclamó Amaro con seriedad.

El padre Brito se rascaba la cabeza con su rolliza mano.

—En verdad ese caso de la confesion es fuerte por demás, decía. Cuando uno es sacerdote. Natario agregaba paseando.

—Cuestiones son estas que nos llevarian muy léjos, y que no es prudente tratar con franqueza.....! y poniendo la mano en el hombro de Amaro despues de un silencio, pronunció estas palabras terribles:

—Pero, hombre, aquí *inter nos* te digo, que la mujer es como el pan.

Hubo un instante de silencio. Amaro pálido, abrochaba y desabrocha maquinalmente la pechera de su sotana.

—Es el diablo, es el diablo esta cuestion; dijo sordamente.

—Ay! amigo mio! agregó Natarío como presintiendo que las convicciones de su contendiente retrocedían. Ay! amigo mio, voy á poner á V. un ejemplo aquí para nosotros.

—¿Qué hora es? interrumpió bostezando y desperezándose el canónigo Díaz.

—Deje V. la hora, hombre, y escúcheme. Imagínese V., amigo Amaro, que cuando salimos de aquí empieza V. á leer en su breviario, y que de repente se abren las puertas de su habitación y asoma una muchacha bonita, muy bonita, como Amelia la de acá, por ejemplo, que viene un pié tras otro pié y que le echa los brazos al cuello ¿qué hace V., amigo mio? eh! qué hace V.? observe V. que esta es una pregunta que se hacía cuando yo estudiaba en el Seminario, cuando yo estudiaba.

Amaro quedó silencioso, pero se estremecía interiormente. La habitación estaba impregnada de humo, y bajo aquella influencia mórbida sentía un zumbido extraño, necesidad ardorosa y dulce, aunque terrible, de pecado y de besos.

Se callaba y estaba sudando.

—Responda V., hombre, gritaba Natarío.

—Oigame, amigo, dejemos la conversacion; contestó Amaro con entonacion seca.

Natarío descolgó la capa para irse y poniéndose delante del padre Brito le golpeó el hombre con aire zumbon.

—Oh! Brito, y tú? Si te se apareciera una buena muchacha ¿qué harías?

El padre Brito sintió que todo su sér se conmovía y abriendo los ojos, la boca y la nariz, dijo con una risa insensata:

—Esas gangas no son para mí.

Los tres sacerdotes dieron una carcajada.

Se oyeron entonces voces en la escalera. Las Sras. Gansozos bajaban, y Amelia y su madre las venían acompañando.

La San Juanera se acercó á la puerta del cuarto.

—Ah! Qué humareda! Bien podian Vds. abrir la ventana. ¡Cuánto han hablado y reido ustedes! Los hombres en encontrándose solos.....

—Se han discutido hasta las estopillas, señorita Amelia, dijo Natario aproximándose á la jóven y tocándole en el hombro. Le aseguro, querida, que tiene aquí un párroco que es un fenómeno. ¡Eh! ¡eh!

Y dando apretones de mano descendió arriándose al pasamanos de la escalera.

Entretanto, Amaro miraba rápidamente á Amelia. Como la jóven tenía la vela en la mano aparecía su rostro en la claridad y se destacaba en relieve la voluptuosa curva de su pecho.

Cuando volvió á su habitacion se fijó en el breviario, en el manteo de cúbica colgado en la percha, en el bonete que estaba sobre la cómoda, y se sentó á los piés de la cama en una prolongada, silenciosa é íntima abstraccion, sin memoria y perdido como el que se sumerge

en las profundidades de su temperamento y de su conciencia.

De repente se levantó, dió una patada en el vacío y exhaló una imprecación terrible, pero se persignó deseguida y abrió el breviario.

XVII.

El párroco se balancea entre Dios y unas faldas.

Un día que el párroco había comido temprano se fué á pasear por la carretera de los Marzases para respirar el aire puro y al volver encontró abierta la puerta de la casa.

En la meseta junto al felpudo estaban las zapatillas de Russa, que probablemente habría ido á la fuente por agua.

La escalera estaba oscura y reinaba un silencio crepuscular.

Amelia había ido á pasar la tarde en una hacienda junto á la Piedad.

Amaro pensó que la San Juanera había salido también y sintió recelo porque estando la puerta abierta algún mal intencionado podría haberse introducido.

Salió con cautela y como las calles estaban

húmedas todavía con la lluvia de la mañana traía chanclos de goma y no se sentían sus pasos.

La puerta del cuarto de la San Juanera estaba también de par en par, aunque corrida la cortina de indiana rameada—Amaro la entreabrió; pero la dejó caer inmediatamente sorprendido, confuso, avergonzado. La San Juanera estaba de pié un poco inclinada, con las manos atrás metiendo por los ojetes el cordón del corpiño, y junto á ella, en la intimidad de aquel desaliño, un hombre gordo, en mangas de camisa, en el que reconoció al canónigo Diaz.

Amaro bajó de puntillas y ya en la escalera oyó decir:

—¿Quién anda ahí?

No contestó, y cuando estuvo en la calle cerró nuevamente y caminó al acaso hácia la catedral.

Comenzó á encapotarse el cielo con amenazas de lluvia.

Amaro estaba confuso. Seguía viendo al canónigo en el cuarto en tan elocuente intimidad, y á la San Juanera enseñando las rollizas rosas de su cuello de piel blanda, colgante y amarillenta.

¡Quién lo diría!

El canónigo había sido su maestro de moral, lo tenían por teólogo y virtuoso, el cabildo lo respetaba, y sin embargo vivía con aquel escándalo en las cercanías mismas del templo.

Era un anciano ya en el sosiego de la edad y de las dignidades eclesiásticas. Recordaba entonces las conversaciones del Seminario acerca de las costumbres del clero.

Ya en este camino, le parecía su amor á Amelia menos criminal, casi legítimo. Sentía dentro de sí como todos los demás sacerdotes, las energías ineludibles de la naturaleza y era natural que concluyese como ellos. Podría sin inconveniente alguno ascender á dignidades, entrar en los cabildos, regentar los Seminarios, dirigir las conciencias, envuelto en Dios como en una absolucion permanente; y esto no obstante tener en calle escondida una mujer hermosa junto á la cual depusiese la autoridad del oficio besando á satisfaccion sus furgentes megillas.

Sus escrúpulos se iban disipando. Aquellas dos mujeres no eran, por cierto, impecables; al fin recibian huéspedes y vivian en intimidad con los hombres. Amelia iba á la iglesia sola y tambien á otras partes algunas veces: su temperamento parecia vivo y curioso, y quién sabe si habia tenido ya algun amante.

Clasificaba entonces, filiaba ciertos recuerdos. Un dia le estuvo enseñando la jóven en la ventana de la cocina un tiesto de rainúnculos: se encontraban solos; ella se encendia de color, suspiraba y áun parecia más devota.

Al recordar estos pormenores sentia esperanzas infinitas.

Presa de agitacion interior caminaba muy de prisa y sin cuidado, por lo cual sumergía sus piés en las lagunas. Venia la noche y en el Poniente se conservaba una claridad dura entre los rasgados celages.

Magnífico! magnífico! exclamaba y arreglaba á su placer una existencia gozosa. Seria el amante de Amelia como el canónigo lo era de la madre; fumaria puros; de noche se quedaria en su cuarto esperándola y la jóven bajaría ya tarde, despacito y envuelta en un pañolon. Ya juntos oirian caer la lluvia, y la mariposa proyectaría una claridad redonda en el techo, dejándolo todo en una penumbra amorosa.

Con estas cavilaciones paseó largo tiempo.

Cuando volvió á su casa comenzaba á caer una lluvia menuda. Había vuelto Amelia y la luz estaba encendida.

Oh! ¡qué frio viene V.! dijo la jóven, sintiendo al tenderle la mano la helada humedad de la lluvia.

Estaba cosiendo sentada junto á la mesa con un chalmanta sobre los hombros. Juan Eduardo, cerca de ella, jugaba á la brisca con la San Juanera, que segun habia dicho, se sentía sin ganas de trabajar.

Amelia de cuando en cuando se inclinaba hácia su novio para verle el juego, y Juan Eduardo le hablaba bajito señalando las cartas.

La jóven se reia y sus dientes de tan blancos parecían puntos luminosos.

Se veía hervir la tetera en la cocina.

—V. juega, decía la San Juanera á cada momento.

Juan Eduardo se distraía, y unas veces se le olvidada de *robar cartas* y otras tenía dos ó tres sobrantes. Había por este motivo que bajar, y la San Juanera regañaba exclamando:

—Ay niño, niño! y se reían todos sin saber por qué.

Amelia cosía seriamente con la cabeza inclinada. Tenía un pequeño gaban negro con botones de azabache que ocultaba las gracias de su busto. En su rostro se retrataba la honestidad.

El escribiente hablaba de una casa que quería y discutían minuciosamente ciertos arreglos domésticos.

Amaro se fastidiaba.

Traéme una luz, gritó á Russa y se bajó á su cuarto.

Ya en él, se miró al espejo y se encontró afeado, ridículo, con su cara rapada, el cabello corto, el cuello apretado en el collarín, y la corona ancha, luciente y repugnante.

Entró en comparaciones. El otro tenía bigotes y todo el cabello. Era un hombre.

Y con el vago deseo de la venganza, lleno de tedio, casi de odio, comenzó á leer en el breviario; pero con frecuencia se distraía cayendo en una abstracción profunda. Pensaba que era completamente inútil vivir en la impaciencia

de la pasión hacía aquella que iba á casarse, á establecerse. El otro era un hombre, un marido que se poseía por completo, mientras el era un ser indefinible, un sacerdote solitario que habia hecho voto de castidad: el otro podria dar á Amelia el natural y legítimo complemento de la familia, el placer, el orgullo y la dulce expansión de la maternidad, él podria ofrecerle tan solo los terrores del pecado y las amarguras del crimen.

Sin embargo la jóven quizá lo prefiriera aunque sacerdote..... pero no, ántes que todo y sobre todo prefiriera casarse; y nada mas lógico que viéndose bonita, sola y pobre, desear un estado legítimo, agradable y duradero.

—Ah! si yo fuera rico! mayorazgo, comerciante siquiera! Pero sacerdote y viviendo de una miserable cóngrua.

Debía olvidar á Amelia y huir de aquella casa.

XVIII.

Un banquete edificado.

Días despues, Amaro y el canónigo fueron á almorzar con el abad de C...., que era un viejo gordo, picado de viruelas y excelente cocinero: toda la vecindad conocía su pepitoria de aves. Fué tambien convidado el padre Narciso, antiguo misionero que habia heredado de una hermana y se habia venido á vivir tranquilamente á Leiria con dos sobrinos á quienes llamaba «las dos rosas de su jardin.»

Era conocido por su avaricia y tenia una criada vieja, macilenta y delgaducha, con saya corta de bayeta, que dejaba ver sus canillas morenas y el talon grieteado batiendo la madera de los chanclos. Jamás le habia dado un vestido, ni la pagaba jornal.

Cuando ya iban á sentarse en la mesa llegó el último convidado, el Sr. Silverio Gorijas,

oficial del gobierno civil que entró riéndose y hablando por los codos para explicar que habia tardado por haber tenido una conferencia con los de la comision del distrito para librar á un recluta.

Me regalan un cerdo por el favor, dijo impudicamente.

Todos se rieron, y la vieja criada del abad principió por servir un capon relleno.

El Sr. Silvestre se sentó ruidosamente, llenó un vaso de vino, vaciando desde alto, y habló de los escándalos del gobierno civil.

Era alto, delgado, calvo, con bigote gris quemado por el cigarro, vestia gaban claro y bufanda oscura: su aspecto era libertino y sucio, truan, intrigante, servil, corrompido, jugador, se emborrachaba con ginebra, pegaba á su mujer y la tenia sin pan. Esto no obstante los sacerdotes lo apreciaban mucho, porque se confesaba todos los meses, ponía por las nubes al Padre Santo; y cuando habia fiestas religiosas cantaba en el coro con voz gangosa, batiendo pomposamente el compás.

El almuerzo era abundante y los convidados elogiaban continuamente la habilidad del abad.

El buen hombre estaba enrojecido de gloria. Era un eclesiástico modesto, estúpido, puntual, que tenia la absorbente preocupacion de la cocina. Habia leído todos los *cocineros completos*, y sus recetas de guisados y dulces, escritas en papel ya amarillento, enchian las gavetas y

andaban entre las hojas del breviario y de los evangelios.

Vivia para comer; engordaba puercos y aves y hacia embuchados excelentes. Cocinaba con frecuencia y le acontecía tener que quitarse el delantal de coco rayado con que estaba al fogon, para llevar los Sacramentos á un moribundo.

Sus conversaciones recaian siempre sobre la cocina, y en medio de las pláticas del domingo enseñaba el modo de preparar el bacalao. Absolvía los pecados mas enormes, si el penitente le mandaba un par de pavos.

Todos comían con gravedad; el Sr. Silvestre hablaba y sus jocosidades se confundian con el ruido de los tenedores en el borde de los platos. Las ventanas se abrían al corral; el cielo estaba de un azul metálico y duro con luz fria; los deshojados árboles se destacaban vivamente; se escuchaba el grito de los pavos y á lo lejos el golpeteo de las lavanderas, batiendo la ropa. Oíase tambien el chirrido de una noria.

En torno de la mesa, cubierta de blanca loza y llena de luz, se destacaban aquellas figuras vestidas de negro, con los collarines desechos, las coronas abiertas bien rapadas y con una media tinta ligeramente azul. Sobre una cómoda llena de libros viejos, torcía la ascética delgadez de su cuerpo espirante un Cristo de marfil en una Cruz barnizada. De la pared colgaban imágenes de mártires; bienaventurados y santos. Un gato mallaba en rededor de la mesa.

Todos comían serenamente con satisfaccion sensual, y vaciando los vasos; mientras un pobre pedía á la puerta murmurando oraciones.

Entonces habló el abad de la miseria que habia en Leiria.

Una sexta parte de los feligreses eran mendigos. Los tributos eran insoportables.

A este propósito el padre Narciso observó que los pobres abundaban y que en su mayor parte eran ladrones y tenían llagas fingidas.

—Un dia ví yo.

Pero ántes de contar la anécdota le interrumpió Silverio para decir que cuando se le acercaba un pobre le daba con el baston y lo mandaba á trabajar; pero en cuanto á *las pobres*, si no eran viejas....

—Y lo mismo si lo son; concluía riendo y escarbándose los dientes con las uñas.

Silverio se vanagloriaba de ser terrible para las mujeres y contaba historias libertinas y obscenas. El padre Narciso se desternillaba de risa.

Entonces á propósito de la mujer del alcalde de C., que era bastante aceptable, segun el canónigo, hablaron de las elecciones. Todos los presentes, menos el padre Amaro, habian trabajado en ellas y habian pedido votos en la iglesia, en el átrio, en los entierros y despues de los sermones. Sabian el modo de seducir á las mujeres en el confesionario, de amenazar á los hombres con el apremio por las rentas, y aun de invocar á Jesucristo en la Sagrada Eucaris-

tía para que se dignase intervenir en el nombramiento de un diputado.

En este momento quiso Silverio que le contaran la historia de una jóven á quien el diablo habia seducido en la parroquia del Norte.

Hasta referian que habia quedado escaldada por los besos y que se le veian las señales.

Todos se rieron, y el canónigo Diaz manifestó que se contaban semejantes cosas para fortalecer la religion.

—Sin religion no hay vergüenza, exclamó Natario ya enrojecido.

Habia traído el criado arroz con leche, y todos sirviéndose con abundancia, estaban conformes en que la religion es un freno.

Se iban animando. Narciso hacia citas en latin. El abad explicaba al canónigo la manera de rellenar un pavo. Silverio refirió que una vez habia dado de bofetadas en plena sesion del Consejo del distrito á un secretario general. Hablaba gesticulando mucho, mientras Amaro, recostado en un silla, henchido de satisfaccion, miraba maquinalmente los árboles del jardin. Estaban alegres y se habian desabrochado los chalecos y alargado los collarines, entre regüeldos.

Suscitábanse discusiones religiosas sobre santos que habian sido libertinos y hasta ladrones. No estaban conformes en política. Se quejaban de que les pagaban mal y de los escándalos que habia en los palacios episcopales.

Aunque ninguno de ellos era bebedor, la excitacion de las palabras, la viva expansion de la naturaleza física habituada á comprimirse, el idealismo en que viven siempre los sacerdotes por la nerviosa tension que imprimen los rezos, las confesiones, el culto y la misa, todo esto los impulsaba á beber abundantemente y á excitarse.

Al cabo de una hora solo el padre Amaro estaba en la pacífica posesion de sí mismo, aunque contento, bullicioso y desatado.

Quisieron ir á una hacienda que el abad tenia á alguna distancia de la poblacion, y por el camino estrecho y pedregoso que á ella guia-
ba, se iban bamboleando y riéndose y parándose para disputar.

Narciso reprendió á un anciano que llevaba un buey, porque no se habia apartado. El anciano, confundido, se quitó el sombrero.

—Perdone vuestra excelencia, balbuceaba.

Se veian al aire sus cabellos blancos. Era derecho, de semblante tranquilo y bondadoso; probablemente seria abuelo, y se habia tenido que detener con su cayado al hombro para dejar paso por la angosta vereda á aquellos tres clérigos alegres y excitados por el vino.

Amaro no quiso acompañar á sus compañeros borrachos, y se volvió solo para Leiria, de donde distaba cerca de media legua.

XIX.

El primer beso.

Estaba el día resplandeciente y diáfano: el suelo enjuto. Amaro caminaba de prisa y contento por una senda entre vallados erizados de zarzas, donde habían abierto dos surcos las ruedas de los carros.

Todo yacía en el entorpecimiento glacial del invierno. A distancia se redondeaban pequeñas colinas y pinos verdinegros en el fondo de los valles.

El cielo tenía la tersa frialdad de una piedra azul sin transparencia.

En medio del silencio que reinaba se oía á veces el chirrido de un carro ó el ladrido de un perro.

La naturaleza aparecía reposada, seca, fría, esplendorosa. Al lado del camino se alzaba un

muro tosco cubierto de musgo y defendido arriba con fragmentos de vidrio reluciente.

De pronto el párroco vió á Amelia en la portada de una quinta, abierta en este muro. La jóven vestia un traje de lana verde oscuro con guarnicion encanutada, y una pañoleta de malla en la cabeza, doblando sus puntas en el cuello.

El viento fuerte y puro que corria le coloreaba la piel.

A su lado una muchacha con saya corta de bayeta, llenos los piés de fango seco y con sombrero de alas extendidas, debajo del cual salian las puntas de un pañuelo colorado cayendo sobre la espalda, arreglaba coles dentro de un canasto, inclinada hácia delante.

Amaro se detuvo.

—¿V. por aquí? exclamó sorprendido.

Amelia se ruborizó.

—Vine á esta quinta con una vecina..... la mujer del escribano de Hacienda.

Quedaron silenciosos.

La jóven tenia en la mano una sombrilla y con el regaton golpeaba las plantas de flores azules que crecian junto á la puerta, al pié de la pared.

—¿Es esta la quinta de V.?

Y Amaro entró mirando á todas partes. Habia un árbol sin hojas, y de una de sus ramas pendía la chaqueta de un trabajador.

—No señor; nuestra hacienda está al otro lado; pero se entra por aquí... ¡No te entretengas Juana!

La muchacha tomó el camino de la población con la canasta en la cabeza; y el movimiento de sus caderas hacia balancear como un péndulo el ancho ruedo de sus enaguas de bayeton.

—Si señor.... si señor, decía el párroco mirando para dentro de la quinta.

—Venga V. á nuestra hacienda, le dijo la jóven. Es un palmo de terreno: se entra por aquí mismo.

Amelia echó á andar delante por una vereda donde algunos alcornoques viejos torcían sus secos brazos, y á cuyo fin se asentaba pesadamente una casa tosca de un solo piso. A lo largo de la pared maduraban al sol grandes calabazas, y en el techo, ennegrecido con las lluvias, revoloteaban los palomos.

Cerca, detras de un naranjal, que formaba una masa de follaje verde metálico, chirriaba una noria monotonamente.

Pasó un pequeñuelo, con la cara sucia y unos calzones largos, que casi le tapaban los piés, de aspecto retraido, bestial, espantado, trayendo en la cabeza un haz de leña.

—¿Por dónde anda la señora? le preguntó Amelia.

—Está hácia el olivar; respondió el muchacho con voz pausada y abriendo mucho los despavoridos ojos.

El olivar estaba distante, en el contrario extremo de la quinta; y como habia grandes lagunas, no se podía ir allá sin chanclos.

—Lo mismo es; dejémosla! Vamos nosotros por aquí.

Amelia abrió una puerta verde que habia sobre unos escalones de piedra descoyuntados, musgosos y entró en una calle emparrada que corria junto á la tapia. Al pié de ésta crecian rosales de todo el año; y al lado opuesto, entre los pilares de piedra que sostenian el enverjado y los torcidos piés de las parras, se veia lleno de luz, con tintas amarillas, un dilatado campo de yerbas. En el fondo los techos bajos de la cuadra, hechos de paja, se destacaban sobre oscuro; y una leve humareda blanquecina se disolvía en el azul del espacio.

Amelia habia arrancado una rosa, y siguiendo adelante, se volvia de cuando en cuando hácia el párroco para darle explicaciones. Decíale que en un lado se sembraba la cebada, que en otro los melocotones se habian perdido; y que en el demás allá el cebollino estaba precioso.

Amaro la oia hablar distraido. El sol iluminaba las espaldas de la jóven por entre los brazos secos de las vides, y el párroco miraba el contorno de sus hombros y sus sacudimientos al andar, cuando para saltar las lagunas levantaba el vestido y descubria á continuacion de la botina de becerro una parte de la blanca media. Y esto lo perturbaba tanto como si viera una especie de desnudez.

Llegaron á un sembrado, ceñido en parte por un vallado cubierto de zarzas y otras vegeta-

ciones espinosas. Allí el horizonte era extenso y se respiraba ámpliamente. Se veían campos, olivares y algunos techos oscuros. Mas allá la elevación del vallado interceptaba el panorama, y entre los enredados zarzales se veían algunas flores pequeñas.

—De la parte allá de estas zarzas está nuestra hacienda, señor párroco; se entra por una angarilla.

La jóven quería enseñar también la hacienda, porque estaba alegre, y al aire puro la hacía expansiva, accesible, y gozaba en demostrar que como propietaria era inteligente en cosas de cultivo.

Pero la angarilla estaba cerrada por el otro lado. Consistía en varios maderos juntos entre dos pilarotes clavados en el suelo, que tocaban á los zarzales.

—Buena está! exclamó desconsolada.

Y al través de los maderos, la jóven daba gritos, inclinada y con las manos huecas á los lados de la boca, arrastrando la voz.

—¡Antonio.... o.... o....! ¡Antonio.... o.... o....!
Nadie respondía.

—No importa, se puede pasar, porque me acuerdo que yo he saltado por aquí mismo otras veces, cuando pequeña. Era entonces un diablillo! Ay! qué tiempos! qué tiempos....! y ahora ya una vieja.... ¿no es verdad?

Y se volvió hácia Amaro.

—Sí.... sí....!

El párroco se encontraba aturdido. El vino le habia congestionado el cerebro; y aquella temperatura tibia, la amplitud del espacio y el contacto con la naturaleza lo estimulaban.

Habia en efecto un portillo en el vallado; pero como el suelo estaba muy hondo por el lado de la hacienda, era preciso saltar, con el inconveniente de que una reguera de agua habia cubierto la tierra de lama resbaladiza con yerbas mojadas y relucientes.

—Dianche! dijo la jóven asomada y sonriéndose.

—Espere V., dijo el párroco subiendo. Y despues de haberse balanceado saltó, aunque resbalando al caer sobre la tierra mojada.

Amelia se reia desde lo alto.

—Tengo miedo, dijo inclinándose como para saltar.

Y echaba adelante la parte superior del cuerpo, con los codos separados.

Amaro, desde donde estaba, la veia destacarse completamente en la luz, rodeada de zarzas; y reparaba conmovido su pequeño pié groseramente calzado, su megilla suave y la blanda redondez de su blanco cuello.

—Vaya! dijo Amaro ¡vaya!

—Allá voy; deme V. la mano.

Mas como estaba de por medio la reguera, no podia la jóven aproximarse y tenia ya mojados los piés.

—Ay! qué medrosa! exclamó el párroco.

—Con que medrosa.... eh!

Y Amelia, con ademan decidido, saltó. Amaro había abierto los brazos para favorecerla, y la jóven vino á caer contra su pecho lanzando un gritito.

Amaro se resbaló, iba á caer, y al afirmarse la oprimió estrechamente contra su seno. Desvanecido, olvidado de todo, dió á la jóven un beso en el cuello leve, rápido.

Amelia se desprendió de pronto y quedó delante de él silenciosa, ruborizada y arreglando los pliegues del pañuelo en la cabeza. De seguida tomó el vallado adelante con paso ligero, casi á la carrera, y haciendo un ruido seco con las enaguas almidonadas.

Amaro la siguió: le zumbaba la cabeza y sentía como una especie de desequilibrio confuso en todo su ser.

La llanura se extendía hasta un campo cercado de olivos; la menuda yerba estaba matizada de blancas flores: una vaca negra y pintada, comía con el pescuezo extendido; y encima de una vara curva caían en girones unos trozos de ropa, que en el tiempo de la cosecha habían servido para espantar los pájaros.

Una luz fría llenaba el paisaje. Amaro temblaba. De seguro iba á oír palabras crueles de reproche; tendría que irse de casa de la San Juana; el chantre lo reprendería y quizá hasta lo suspendería... Se le figuraba que iba á comenzar para él un destino de amarguras infinitas.

Habian llegado á la angarilla. Amelia con la mano sobre la llave aguardaba mirando á lo lejos.

Amaro queria hablar, humillarse; pero la jóven abriendo la angarilla pasó al otro lado y entraron otra vez silenciosos en el estrecho callejon de las parras, por donde habian venido.

Pasaba un criado de la quinta con la azada al hombro y un cesto en la mano.

—Antonio, enseñe V. la portada al señor párroco. ¿Anda la señora por allá abajo todavia?

Y al través de las tierras mojadas, sin levantarse el vestido, casi corriendo, se encaminó hácia el fondo de la quinta con direccion al olivar.

Iba hondamente perturbada: retrocedia sin darse cuenta, y andaba dos veces el mismo camino.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

APÉNDICE.

Á LOS LECTORES MIS QUERIDOS HIJOS EN JESÚS.

Habreis leído en la portada de esta obra que el original se debe al ingenio de un portugues y la traduccion al trabajo de un jesuita. Pues bien; este jesuita soy yo, de hábito más largo ó más corto; que esto del uniforme no tiene mucha importancia, y os voy á comunicar la razon de mi ingerencia en EL CRÍMEN DE UN CLÉRIGO.

Me he decidido á hacer y publicar la traduccion, no porque considere saludable su lectura, ni mucho ménos; sino porque como todo en estos tiempos se traduce y propaga, y más seguramente lo dañino á las conciencias católicas y á las buenas costumbres jesuíticas, discurrí que no faltaría algun escritorzuelo podrido que por una cucharada de garbanzos entretuviera los ocios de su hambre en traducir del original portugues una novela que muerde á la sordina

las costumbres de nuestros hermanos en el oficio los sacerdotes, y de las beatas, nuestras hijas predilectas.

En el camino ya de las reflexiones hice tambien esta otra: si yo mismo, y no un editor codicioso, me encargo de dirigir la publicacion de la novela, puedo poner en un apéndice el contraveneno para la malicia por medio de algunas observaciones oportunas, que es lo único que há menester la obra para su cabal descrédito.

Esto sentado, no hay dificultad, hijos míos, en que leais la novela; pero os encargo cautela en la digestion; y sobre todo una confianza absoluta en lo que os diga por mi parte. Esto último es lo principal.

No vayais á deducir de estas prudentes prevenciones que la novela contiene cosas de extraordinario bulto en los hechos, ni tampoco juicios furibundos y enconados acerca de las costumbres clericales que pone en escena; nada de esto: se conoce que el autor es ladino en que solapa siempre la crítica, y he aquí el único peligro de la lectura, pero peligro grande; porque no hay asesino mas temible que el que esconde el puñal aun en el mismo instante de hundirlo en las entrañas.

Ha presentado el autor, con intencion maquiavélica, como héroe ó principal personaje, un sacerdote sin experiencia, apasionado, bonachon, palurdo, que siente y obra segun la

naturaleza; un hombre sencillo que no sabe lo que es el mundo, ni ha aprendido, de nosotros los jesuitas, la manera de vivir á las anchas sin escándalo, de dar gusto á la carne sin compromiso, de nadar, digámoslo así, entre dos aguas por el mar de la vida, procurando que la serpiente del pecado, aunque tenga siete cabezas, ninguna asome; de suerte que en definitiva, si el tiro de la novela dá en alguna parte, es solo en los sacerdotes de misa y olla, espontáneos, inocentes, cerriles.

¡Y cómo ha huido el autor de poner en escena un jesuita, que lo hubiera chasqueado en la hora de pedirle una barbaridad!

Porque hace falta manifestarlo, por supuesto de buena manera y en el mejor sentido, los clérigos llanos conservan en el sacerdocio una parte de la corrompida naturaleza; en ciertas cosas parecen hombres todavía, y así pueden estar, como se les ve, rollizos, plácidos y hasta zumbones.

¡A qué no se encuentran muchos jesuitas gordos!

Pero volvamos á la novela.

No relata, como os he dicho, ningun suceso extraordinario, ni increíble respecto á las costumbres de los eclesiásticos y demás gente adherida á la Iglesia; en sus páginas encontrareis lo que entre nosotros estais viendo todos los dias, ni ménos, ni más; pero el escándalo y mala intencion consiste en haber puesto seme-

jantes cosas en letras de molde, sin embargo de que la imprenta es invencion de Satanás; y para convenceros de que la culpa consiste, no en lo que hacemos, si no en publicarlo, os invito á reflexionar que vosotros sin duda alguna ejecutais muchas cosas con el espíritu reposado y la conciencia en calma, y con todo sentiríais vergüenza y aun indignacion si las viérais divulgadas en esas hojas y páginas malditas que la imprenta prepara y la impiedad difunde.

Ni una palabra os diré, hijos míos, explicando las costumbres de los devotos y beatas, que en la novela se critican, porque sois del gremio y las conoceis bastante por práctica meritoria. El autor os presenta como egoistas, murmuradores, chismosos, faltos de caridad, soberbios é implacables; pero bien sabeis que esta crítica es infundada y perversa, aunque parece mansa y sin intencion. El réprobo novelista llama murmuracion y chisme á la censura de las impiedades; falta de caridad, al despego con los pecadores; soberbia á la santa ira, y endurecimiento feroz á la mas justa venganza; y aparenta desconocer que el mismo Dios con la eternidad de sus penas nos indica cómo debemos tratar á los impenitentes enemigos de la santa religion.

¿Acaso basta tener buenas costumbres para merecer el reino de los cielos? Se equivoca quien lo crea. Algo importantes son las virtudes; pero no tanto como se supone, porque de

todas maneras para enderezar los entuertos está la omnipotente absolucion del sacerdote. Lo que justifica, lo que salva, lo que lleva al cielo sobre seguro, es tener una vida católica; es decir, asistir al templo con frecuencia, confesarse (esto es de mucha importancia) y sobre todo obedecer ciegamente á los directores espirituales; y con mas razon si son jesuitas.

No continúo, hijos míos, con observaciones innecesarias para vosotros sobre los beatos y las beatas, y pasaré al objeto y punto principal de la novela, que es la conducta de un sacerdote, que de esto debo yo entender, como podeis calcular.

Vamos á ver qué descubre el autor de importante á este propósito. Para que no se diga que examino las cosas de soslayo, lo haré con el mejor orden imaginable, y con la debida detencion.

Principia criticando que no se consultara la voluntad, ni se estudiara la vocacion del niño Amaro para dedicarlo ó no al sacerdocio, como si fuera natural, ni de costumbre, consultar á los muchachos sobre el oficio que se les dá para toda su vida.

Además para hacer un beneficio no se necesita la aceptacion anterior; y que es beneficio y grande el ser sacerdote lo puedo asegurar por experiencia. ¿Qué vida aguardaba á aquel pobrete? Gazpacho para alimento, por cama una estera, trabajo duro entre las dos puntas del dia,

y una mujer súa y desgredada por compañera. ¿Qué vino á tener mediante su oficio de cura? Gorda gallina en el plato, colchones mullidos en el catre, por única ocupacion algunos rezos y gesticulaciones, y como solaz supremo una muchacha bien parecida, aseada y amorosa. ¡Pues no es nada la diferencia entre las amarguras del hambre y los frutos sabrosísimos de la viña del Señor!

Pero la intencion del novelista parece enfocada en el celibato de los sacerdotes católicos; todos los demas accidentes son como remaches de su crítica á esta sábia disposicion de la verdadera Iglesia!

¡A qué armar tanto ruido con el celibato y sus consecuencias! El celibato consiste sencillamente en no casarse y no en otra cosa. ¿Quién puede dudar que yo soy célibe y que cumplo con el precepto de la Iglesia? Pues entonces..... y no digo mas.

El padre Amaro se siente mordido de continuo por la lascibia; y aunque se quiere defender de las mordeduras, sucumbe al fin, y con la desgracia de quedar su amante en cinta. ¿Qué hace? Pues nada; deja pasar el tiempo y arregla las cosas de modo que él mismo viene á zambullir en un rio el fruto de sus amores. Y ya se vé; disponiendo así los sucesos se ocurren objeciones infinitas contra el celibato; porque si aquel clérigo se hubiera podido casar no es probable que tirara su hijo á la corriente.

Pero yo os digo, ¿era necesario hacer barbaridad semejante, aun supuesta la pasión amorosa y la imposibilidad del matrimonio? De cierto que no. Pues entonces ¿cómo atribuir la culpa al celibato!

El autor prepara desde lejos los resortes de la catástrofe; pero con artificio visible.

Brotan en el aprendiz de clérigo los gérmenes naturales de la lascivia desde el Seminario; pero el autor los comprime con el peso de los deberes, y de este modo los concentra y prepara la explosión para cuando más adelante le conviene. Oculta, y aquí está su malicia, que en el Seminario mismo, la costumbre ha dispuesto válvulas de descarga, que impiden las condenaciones.

Al fin Amaro, ya clérigo, viene á vivir cerca de Amelia, se enamora y lucha; mas como convenia al autor llevar á lo peor las cosas, finge una castidad inverosímil, y el enamorado clérigo resuelve huir de la jóven, que era precisamente la determinación mas inconveniente y absurda, porque sabe el menos práctico que la separación, como todo vacío, atrae... atrae... y con mayor fuerza á los que tienen sus deseos comprimidos, como los tenía el cura desde el Seminario.

¿Quién es tan torpe y ciego que desde el principio no vea el desenlace?

Y el desenlace vino.

Sin embargo, la situación pudo quedar arre-

glada y tranquila como de costumbre, sin malas consecuencias; pero el autor se habia propuesto exhibir una catástrofe y para conseguirlo prosiguió falseando los caractéres de la naturaleza y violando el sentido comun.

Que los amores del clérigo fueran naturales, lo reconozco, pues aun en las novelas son de carne y hueso los sacerdotes: que con el amor vienen los apetitos y que estos impulsan á satisfacciones carnales, no lo pongo en duda; pero no puedo admitir de ninguna manera que sea forzoso el que cuaje un chiquillo cuando es corriente que... y basta.

Pero pasemos por todo para seguir adelante. Tenemos en lontananza el chiquillo. ¡Y qué! ¿Es motivo este para perder el juicio y para aturdirse y desatinar como lo hizo el escrupuloso padre Amaro? Cincuenta mil cosas podia hacer que se transparentan de claras; y si no queria lastimarse la cabeza en arreglar ninguna, pudo recurrir al vulgar expediente de hacer á Amelia su sobrina, que siendo ya parienta y por lo tanto de casta religiosa y compasiva, á nadie podia llamar la atencion que recogiese un recién nacido abandonado por madre sin entrañas, y lo cuidara, acariciase y aun amamantase, con biberon por supuesto.

Se me figura, hijos míos, que no tengo necesidad de probaros lo que feneis tan á la vista.

Pero el autor quiso dar el espectáculo de un clérigo parricida y no tuvo mas remedio que

inventarlo estúpido. La responsabilidad y la censura recaen, pues, sobre la estupidez, no sobre la clerecía.

De qué diferente modo se conduciría el mismo padre Amaro cuando mas adelante aprendió á vivir. No sé en verdad cómo se han escapado al novelista las últimas palabras de su obra que significan una absoluta regeneracion y la prueba de mis observaciones. Preguntó el canónigo Díaz al padre Amaro guiñándole para una buena moza que pasaba:—«¡Eh, padre, que tal!»—«¡Chito...! ya pasó aquello: ahora no confieso mas que á las casadas» Lo cual en sustancia quiere decir: «Ya sé buscarme la vida sin responsabilidades.»

El padre Amaro tenia ya sentido comun. Imposible que no se hubiera hecho jesuita en sus últimos tiempos.

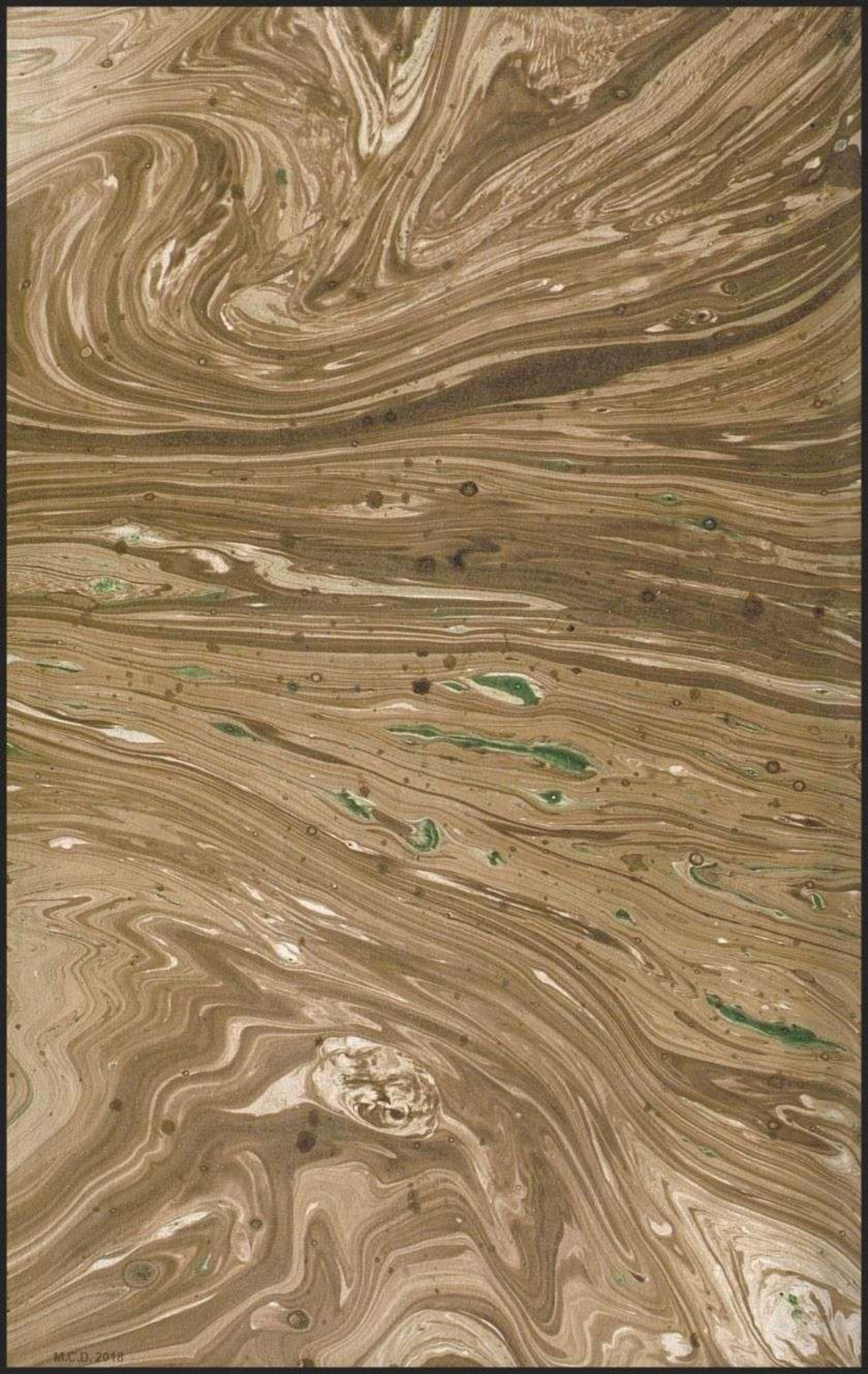
Terminadas mis advertencias, y seguro de que las habeis entendido y aprovechado, me despido de vosotros, hijos mios, echándoos la bendicion en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y del santísimo Ignacio de Loyola.

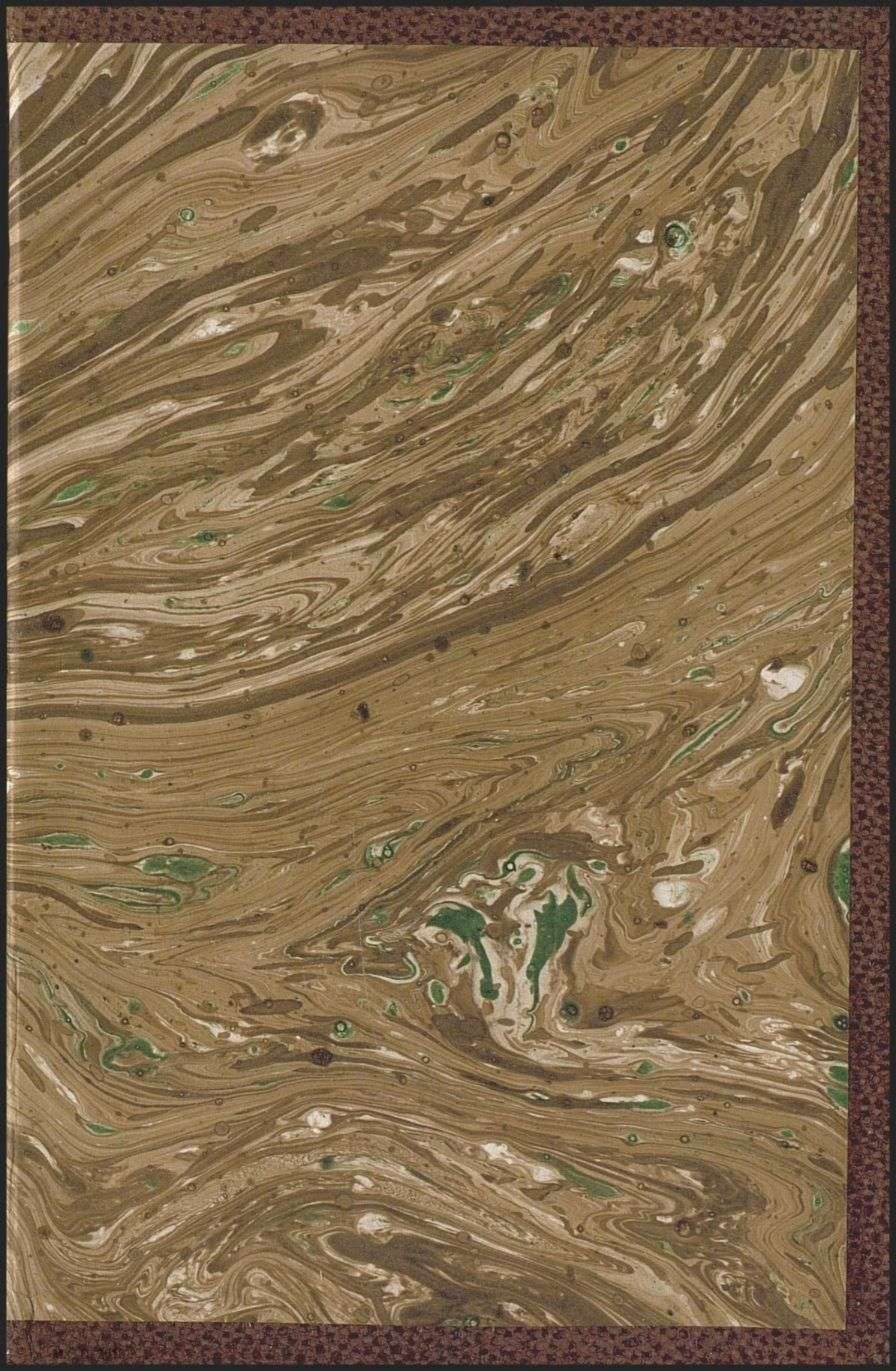
UN JESUITA.

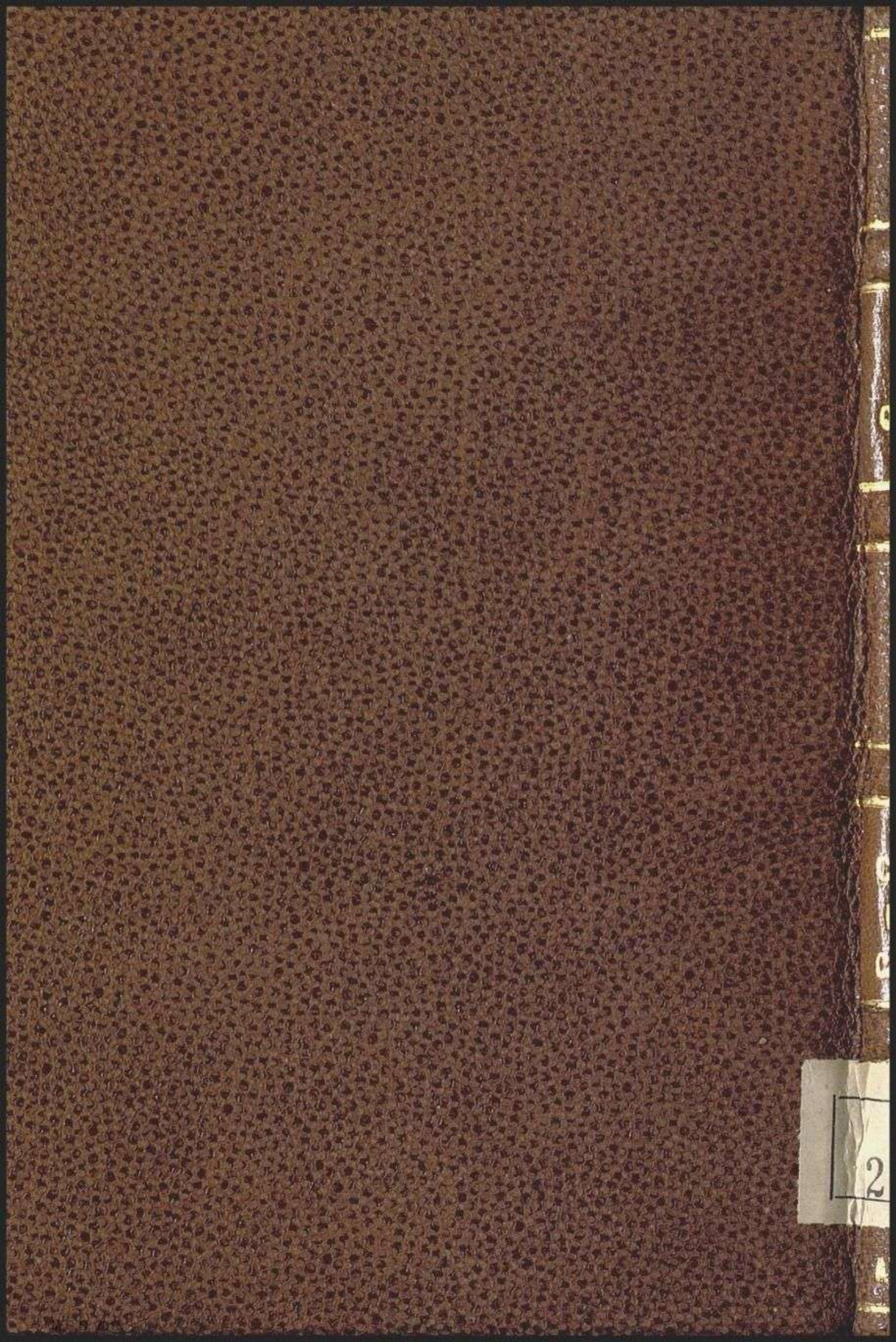
ÍNDICE.

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas.</u>
I. De cómo conviene á los curas saber equitacion.	5
II. A cura muerto, cura puesto.	16
III. La colacion.	28
IV. Antecedentes. Amaro en el Seminario.	34
V. El cura de aldea.	52
VI. Distracciones aristocráticas.	65
VII. Un ministro entre dos hermosas.	73
VIII. Las beatas se divierten.	80
IX. Prosigue la misma materia.	91
X. El fuego junto á la estopa.	102 —
XI. Infancia de Amelia.	111
XII. Los primeros amores.	123
XIII. La religion en lugar de un cura perdido.	134
XIV. La carne conspira contra los votos.	141
XV. Arrecia la conspiracion.	160

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
XVI.!. Comediantes entre bastidores.....	174
XVII. El párroco se balancea entre Dios y unas faldas.....	177
XVIII. Un banquete edificante.....	180
XIX.. El primer beso.....	186
Apéndice.....	195







2

EÇA
DE
QUEIROS

EL
CRIMEN
DE UN
CLERIGO

D
2965

ATLANTIC

— 76 —

Chantre de Leiria encargado del obispado
ñor Valladares, es amigo mio.

—Está concluido, dijo Teresa.

—Conforme, agregó el ministro; aunque
medio de la tiranía.

— *Thank you*, dijo Teresa tendiendo
mano.

—Amiga mia, la desconozco á V.

—Estoy muy contenta, replicó Teresa riendo.

—Pero de repente se tornó seria, miró al
lo distraida, se golpeó suavemente en el ve
de seda y levantándose con un movim
brusco se fué á sentar al piano.

El ária del *Rigoletto* volvió á sonar otra
en el teclado tristemente.

El conde se habia acercado á Amaro, q
levantó.

—Es negocio concluido, le dijo. Yo escr
al Chantre, que es de mi confianza, y p
V. estar descuidado.

Amaro hizo una genuflexion, é inclinán
fué á decir á la Condesa:

—Doy á V. infinitas gracias, señora.

—Agradézcalo á Teresa, que segun p
quiere ganar indulgencias.

—Señora mia, dijo Amaro dirigiéndo
Teresa.

—Téngame presente en sus oraciones, s
padre Amaro, respondió la jóven.

Y continuó tocando aquella música m
cólica.

xrite

colorchecker CLASSIC

100mm